

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Abraham Valenzuela: *Frente al mar* □ Víctor Giraud: *Las hermanas de los grandes hombres. Enriqueta Renan* □ Arturo Torres Riosco: *Motivos* □ Carlos Keller: *La vida espiritual de los antiguos mexicanos* □ Raúl Silva Castro: *Notas Freudianas* □ Luis Roberto Boza: *La Grúa* □ Fernán Silva Valdés: *Los Potros* □ Enrique Molina y Pedro Prado: *Misión en Bolivia* □ Mariano Picón Salas: *La locura de Ernesto* □ Hombres, Ideas y Libros: E. M.: *Don Benjamín Vicuña Mackenna* □ Marta Vergara: *Grieg* □ ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS: *Funciones de una Universidad Moderna* □ Aída Larraguibel: *Del Curso de Antropología Pedagógica* □ Luis D. Cruz Ocampo: *«Poemas Breves» «Arco Iris»* □ *Ex-libris* □ *Libros Recibidos* □ *Glosario de Revistas*: S.: *Las obras inéditas de Eça de Queiroz. Diccionario de la Lengua Francesa* □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Octubre. 31 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

OCTUBRE 31 DE 1925

NÚM. 8

Abraham Valenzuela

Frente al mar

EL sol, que ya secaba la yerba, penetraba aún de calor el
aire inmóvil.

Por la tarde, los tres habían hecho el camino que va del
Direo a la ciudad «en donde a la razón le es grato habitar».

Marco Emilio juntaba a la orgullosa austeridad de su ascen-
dencia patricia, cierta ligereza y libertad de inteligencia, que
trascendía ya de su espíritu desde los años de su educación en
las escuelas griegas. Sus antiguos amigos decían que recitaba
a Anacreonte con los ademanes de un centurión; en Roma se
temía encontrar en el descendiente de los generales de la Repú-
blica, un filósofo que conduciría la administración con vanas
sutilezas de pensamiento, y no con la rígida conciencia que
impone la obediencia de las leyes.

En el puerto, debía tratar con el capitán de sus naves, que

seguían la ruta de aquellas que llevaron a Italia los vinos y el pensamiento de los griegos. Como gustaba de las compañías agradables, había llevado consigo a Crates, filósofo, y a Lisipo, de quien se decía que sus versos serían más suaves que los de Simónides, si no fueran más libres que los de Anacreonte.

Los tres amigos descansaban del viaje del día. El romano los había conducido al jardín de la casa, y desde allí divisaban el mar azul y quieto, que las velas manchaban de cien colores. Marco Emilio tendió hacia el mar griego su mirada orgullosa y fuerte. En la calma intensa de la tarde, el mar tomaba ya el color profundo con que lo penetran las sombras.

—¡Oh, admirable armonía! dijo Marco. Por toda la extensión de la tierra conocida, y más allá de la línea perdida del mar, todo gira en torno de la ciudad. Roma parece tender hacia el mundo, para inspirar a los hombres y regir los acontecimientos, su pensamiento y su voluntad invisibles. Roma es la fuerza, la inteligencia y el orden. La vela que levanta esa nave fenicia es un himno a la paz augusta del Imperio y al hombre sabio que nos gobierna. Sabio, rodeado de sabios, él hará reinar la paz donde quiera que haya llegado la lanza de un legionario; los pueblos serán, en sus manos, más dóciles que la arcilla entre los dedos del alfarero. La fuerza de la organización romana, la admirable perfección de sus leyes, cuyo imperio es el poder de la razón misma y de la equidad natural, harán que el movimiento de los pueblos, antes caprichoso y torpe, se ajuste al ritmo de la razón, que es el de la inteligencia universal.

El mundo no tiene ya nada que esperar; ninguna inquietud puede trastornar el orden que ha creado la ciudad de Rómulo.

— El mundo tiene que esperarlo todo, dijo Crates. Las fuerzas infinitas cuyo enlace suscitó el extraño fenómeno de la vida, deben combinarse en infinitas formas, porque sólo obedecen a las leyes de la materia y del número. Y nosotros no podremos jamás preverlas, ni mucho menos dirigir las, porque la parte no comprende ni gobierna al todo.

Me complace concederte desde luego que esta paz que nos permiten gozar los hombres de la ciudad, es grata a los dioses,

es decir, a los hombres. Pero esta paz que tanto enaltecemos será la muerte del Imperio.

Las naves que mandas a la ciudad del César abandonan en estas playas una muchedumbre que llega de las cuatro partes del Imperio. Y esta muchedumbre que desconocemos y despreciamos, algún día despreciará también todo lo que hace agradable y noble nuestra vida. Hasta aquí trae nuevas costumbres, nuevos dioses y nuevos vicios. Su espíritu, incapaz de comprender el enlace de las ideas, es en cambio rico en pasiones fuertes y en instintos groseros. Y las pasiones gobiernan la vida de los pueblos.

La pasión de la fuerza, de la conquista y del poderío hizo la grandeza de la Ciudad; la pasión de la destrucción y del odio, que es la gloria de los pequeños, se ha entrado por las cien puertas del Imperio. Temo, joven romano, que la ciudad se haya elevado demasiado para impedir que las ratas la socaven por los cimientos.

—Te engañas, dijo Marco Emilio. Los hombres sólo somos arrastrados al mal por dos fuerzas que la razón puede suprimir: el dolor y la ignorancia. La gloria de Roma reposa en la majestad de sus leyes, y hay en ellas tal sabiduría, tan imponente y natural elevación, que todos comprenderán la dicha de obedecerlas; porque no se es feliz sino cuando se es libre, y la libertad sólo se alcanza sometién dose a los principios de la razón, cuya expresión más pura es la ley.

—No veo, objetó Crates, cómo se gobiernan los hombres por la razón. Si estudias las necesidades esenciales de tus semejantes, cuyo juego, armonioso a veces, violento e incomprensible las más, rige la vida de un pueblo, verás que la existencia del hombre no necesita de la razón y del ideal más que la vida de una rata o de una mosca.

Todo lo que hemos agregado son entretenimientos de la imaginación, con que la humanidad ha llenado sus momentos de ocio. Si miras a tus propios actos, a tus palabras, a tus pensamientos, te persuadirás de que sólo en algunos momentos, que no son, por cierto, aquellos que determinaron tu destino, te has

dejado guiar por la razón; con lo cual hiciste bien, porque ésta es más incierta y caprichosa que el pensamiento de la mujer.

Si la razón tiene tan poca importancia en ti, que te has formado en el estudio de las más elevadas doctrinas, ¿quién podrá imponerla al respeto de la multitud?

—La fuerza, dijo Marco; y agregó a la violencia de su mirada, el ademán de su brazo, que parecía imponer la potestad del Imperio. La fuerza, que es contingente cuando va sola, y es armoniosa y divina cuando sirve a la razón, como las legiones del César.

Crates miró hacia el suelo. En sus ojos pequeños y ágiles se percibía ya el cansancio de los años; apenas pesaba en ellos la materia, traspasada por el fuego vivo de su espíritu.

—Sí, replicó, la fuerza dominada por la razón; el movimiento, obedeciendo a la ley interior de la armonía; la voluntad inteligente con que la Naturaleza parece haber creado en el hombre la realidad que es más grato concebir al espíritu: Herakles, hijo de Zeus, he aquí uno de los símbolos más sabios que nos ha dado esta religión en que ya no creemos. Pero la justicia no ha logrado jamás escapar de la prisión de nuestro pensamiento. El pensamiento y el deseo, he ahí el principio y el fin de lo justo.

La fuerza de que hablas tiene un poder harto débil. Puede cambiar las señales que separan el territorio de los pueblos y extender las fronteras del Imperio. Pero esto es muy poco. La venganza del vencido es a veces tan seductora, que no hay poder que logre resistirla. Tu abuelo Pablo dió a Roma la provincia de Macedonia; pero el oro que los legionarios recogían en sus escudos ha debilitado las antiguas costumbres y el poder del ejército.

—Dudas del imperio de la ley y de su fuerza inviolable, dijo Marco, algo molesto, porque has nacido en un pueblo vencido que no estaba destinado a gobernar el mundo.

—Dudo de la fuerza de la ley, repuso el filósofo, porque he estudiado la naturaleza humana y carezco de orgullo. Crees

que la ley puede preverlo todo, y no prevé nada. Nada impone la fuerza a las costumbres del pueblo, como nada les impone tampoco la razón. Los hombres a quienes habéis dado el poder consagran las costumbres en la ley cuando ya es inevitable que así sea; tal es su razón de existencia y su comprobación; los que unen al poder la prudencia, conceden que aquello que es necesario se realice con su consentimiento, para que su poder no resulte ridículo. Cogen el fruto cuando ya cae de maduro, pero no elaboraron ni descubrieron la semilla, ni la hicieron germinar.

Si la verdad es la percepción de la realidad por el espíritu, no se ve qué puede agregar nuestro pensamiento a la realidad, si no es el error. Lo que concebimos como la libertad y potestad de crear, no es sino nuestra permanente facultad para el error. ¿Cuál es nuestro poder para penetrar en la infinita complejidad de la vida? Más pequeño aún sería el que tuviéramos para dirigirla y dominarla. Pensamos regir la Naturaleza, y sólo contamos con lo que ella ha querido concedernos. Pienso, decía Sócrates, que un hombre puede hacer en la ciudad lo que le parezca bien, sin que eso signifique que tenga el poder de hacer lo que desea. Así es la verdad. En el encadenamiento continuo e indivisible de las causas, separamos las que logra divisar nuestra limitada inteligencia de los hechos; toca a las demás burlarse de nuestra previsión. Acaso sea más cierto que la idea de causa, impuesta por la naturaleza de nuestra inteligencia, es el signo de nuestra impotencia para percibir la esencia de lo real.

Los acontecimientos nos sorprenden a cada instante. La más pequeña de nuestras acciones nos acarrea a veces resultados asombrosos; no sabemos dirigir nuestra vida, y, no obstante, no dudamos de nuestras fuerzas para gobernar el Imperio, porque el orgullo del hombre sólo es comparable a su infinita impotencia.

El Universo no está organizado para la práctica de la razón y del bien. Lo que fácilmente concedemos para los animales y las cosas, lo negamos al referirnos al hombre; y, sin embargo,

todo es lo mismo. Como nos maravilla la armonía que creemos descubrir en la vida civil, creemos que sea un producto de la razón y la voluntad humanas.

La Naturaleza no se ha combinado según las leyes de nuestra razón; somos nosotros quienes estamos incorporados al ritmo general de las cosas; he aquí por qué el mundo nos parece armonioso y cuál es el valor de la inteligencia humana.

—¡Oh, Crates!, dijo Emilio, ¿cómo ocultarte que es grato oírte jugar aun con las ideas que son más caras a nuestro espíritu de ciudadanos y de hombres instruidos? Pero no lograrás persuadirnos de que la sociedad de los hombres sea tan oscura y tan ciega como la vida de estos árboles a cuya sombra te agrada reposar.

—Las ideas tienen, agregó Crates, un valor que reposa sólo en ellas mismas, y que no está sujeto a la contingencia de la persuasión, siempre engañosa. La existencia de que has hablado no es menos maravillosa que la del hombre; estos árboles germinan, se desarrollan, fructifican y mueren; y no han necesitado una conciencia para conocerse ni una voluntad para gobernarse, por lo menos en la única forma en que podemos concebir estos fenómenos transitorios. Las leyes que rigen su vida no nos son más conocidas que aquellas a cuyo imperio estamos encadenados. Estos árboles se cubrirán de flores en el mismo tiempo en que Lisipo nos hará oír un himno nuevo. Y la belleza es un misterio profundo.

Las sombras de los árboles se alargaban bajo la luz de la tarde, las hojas temblaban, estremecidas por el viento del mar.

En silencio, los tres amigos parecían esperar la muerte lenta del día. Un brillo único, apagado, enlazaba en un tono profundo el cielo y las aguas. Sobre la bahía, comenzaban a encenderse los fuegos de los barcos.

Junto a los bancos en que descansaban, se alzaba una estatua de Afrodita, hija de las aguas. La fuente rozaba apenas los pies de la diosa, y adornaba su cuerpo soberano una gracia tan esbelta y ligera, que parecía sostenerse en el aire sutil. Entreabría sus labios el fuego inextinguible del deseo.

Marco Emilio había ordenado traer el vino que sus naves buscaban en las islas. Lo ofrecía a sus amigos.

—A tu salud, ¡oh, Crates!, dijo el romano, porque tú me recuerdas la ciudad que nos ha enseñado la gracia del espíritu y la nobleza del pensamiento, a nosotros, que sólo éramos la fuerza.

—También por el Imperio, que nos da la paz, agregó el filósofo. Y que los dioses, dijo, botando al suelo una parte del vino dorado que llenaba su copa, quieran defenderlo de sus enemigos escondidos.

—¡Oh!, dijo Lisipo, no creo que los dioses quieran mezclarse ya en nuestras inquietudes; las suyas no son menos dignas de ocuparlos. La vida de los dioses es efímera como la de los hombres.

¿Cómo defenderemos la religión, si hemos destruido las viejas leyendas, que sólo aprovechamos en nuestros versos, más armoniosos, aunque menos sublimes que los 'de Homero?

Siempre me agradó frecuentar el trato de las gentes humildes. En el campo, en las tiendas, en el mercado, en las tabernas del puerto y en los figones de la ciudad, he conocido hombres sencillos de cuyo lenguaje recogí muchas expresiones que en mis versos se han admirado como refinamientos y elegancias. Sus costumbres, más espontáneas y libres, nos enseñan a veces más que el trato de los sabios. Creo que, más pronto o más tarde, terminan por imponer a los de arriba su lenguaje y sus hábitos.

En esta multitud que hoy llena las ciudades, he visto cómo ciertos hombres dotados de una humildad soberbia y de una sombría piedad, han esparcido el culto de un dios extraño. La leyenda de nuestros dioses ha sido siempre incierta y caprichosa; pero éste es incomprensible; hay en él una curiosa confusión de los mitos de Adonis, Herakles y Orfeo. Sus sacerdotes seducen a las mujeres y a los esclavos. Ellos son los que destruyeron los templos de Eros y profanaron las fuentes sagradas. Han suplantado a los dioses ciudadanos, y creo que ante ellos huirán también los dioses agrestes. Les exasperan la alegría, la belleza

y el amor, y exaltan el mal y la ignorancia. Su locura apasionada es verdaderamente temible. Si nos abandonan los dioses antiguos, temo que la muchedumbre que ha llenado ya nuestras tiendas y nuestras costumbres de objetos extraños, logre llevar hasta el Olimpo desierto su dios siniestro y obscuro.

Joven, alegre, fuerte, no hería su corazón la inquietud del misterio ni el ensueño interior, por donde el dios execrable penetraba en los espíritus.

—No, dijo, tú lograrás salvarnos, hija de las aguas. Si el mundo ha de ser un día el imperio de los bárbaros, tú elevarás de nuevo al hombre hasta la gracia y la armonía, porque la sonrisa de tus labios es poderosa y eterna.

Las hermanas de los grandes hombres. Enriqueta Renan.

(Conclusión)

POR fin, el 11 de Abril de 1845, animado por estas tiernas advertencias, Ernesto Renan escribe a su hermana la carta decisiva que dará libertad a su espíritu. Verdaderamente, él ha sufrido, pero «se ha consolado, pensando que padecía por su conciencia y por la virtud. La idea de ese Jesús del Evangelio, tan puro, tan ideal, tan sereno, pero tan poco comprendido por los mismos que lo adoran, le servía, sobre todo, de admirable sostén». «Además, declara, jamás llegó a alejarse de su corazón toda la esperanza; y aun *en estos extraños momentos* en que la muerte me parecía ser el único remedio para mis males, ¡y bien!, *aun entonces había en el fondo de mí ser un rincón bastante sereno*». Desde luego, «de acuerdo con los consejos» de Enriqueta, rehusó «llevar adelante» ese año el sub-diaconado. En el hecho, «la carrera eclesiástica ya no le agrada». El único motivo de este cambio de actitud es, «en una sola palabra», que «*él no cree lo bastante*». Desde el día en que su razón ha despertado, ha «emprendido la verificación racional del cristianismo»; y «todo ha debido ceder a la percepción de la verdad».

«Dios me impida decir que el cristianismo es falso... Pero

una cosa es decir que el cristianismo no es falso, y otra, que sea la verdad absoluta, por lo menos para el entendimiento como comprenden los que se dan por sus intérpretes. Lo amaré, lo admiraré siempre... Su moral será siempre mi norma... Sobre todo, Jesús será siempre mi Dios. Pero, cuando descendamos de este cristianismo puro... a toda esta mitología que se derrumba ante la crítica... Enriqueta, perdóname que te diga todo esto *, no puedo adherir a este pensamiento, y dudo, y no depende de mí ver las cosas de manera distinta que las veo. Y sin embargo, nos dicen que es necesario admitir todo esto, que no se es católico sin esto... Pero todo debe dar paso al deber. Sólo nuestra madre me desgarró el corazón; por este lado no hay salvación».

En lo que se refiere a sus proyectos para el porvenir, Renan era aún algo vago: deseando crearse la posibilidad de un retorno, creía «en conciencia» poder permanecer en el seminario, y recomendaba a su hermana la mayor prudencia en las resoluciones que buscaba para él.

«No podría ser más grande la ternura con que me preocupo por ti, mi Ernesto muy querido, le responde Enriqueta; pero si esto fuera posible, nada habría sido más natural que tu última carta». Y después de hablarle de los propósitos que se ha formado, escribe: «¿Cómo podría, mi querido Ernesto, reprocharte la duda que agita tu pensamiento? *¿No sé, acaso por experiencia, que no somos dueños de rechazar lo que nos sugiere nuestra conciencia, lo que nos inspira el amor de la verdad?*». En el fondo, ella se priva, con notable discreción, de decir nada;

* ¿Será preciso ver en esta palabra fugitiva el delicado escrúpulo de un incrédulo que teme escandalizar a un alma creyente? No lo creo; y mejor que todo lo demás, la ausencia de este sentimiento, tan natural en tal carta, me hace creer que, desde hace tiempo, Renan ha adivinado que su hermana ha perdido la fe, y que es, como él lo dice, «una inteligencia capaz de comprenderlo». Se advertirá también que en esta carta importantísima, no se hace cuestión de las «razones de orden filológico y crítico», que, según Renan, serían las únicas que lo habrían separado del cristianismo, sino sólo de las de carácter filosófico. Cuando, en Issy, M. Gottsfrey había dirigido a Renan su apóstrofe apasionado: «¡Usted no es cristiano!», éste aun no había estudiado el hebreo.

pero, no obstante, no resiste a agregar: «Te confieso que, después de lo que he entrevisto, *no puedo creer que logres volver a tu primera manera de pensar*, a tus disposiciones precedentes. Ciertas ideas, cuando han sido puestas en actividad, siempre dejan alguna marca, y *la menor* (ella es quien subraya) de estas marcas, debe bastar, Ernesto mío, para detenerte». Después considera diversas soluciones que puede tomar el problema del porvenir: preceptorado en Alemania o estudios libres en París; y a este respecto, calma los «delicados temores» de su hermano: «Crearte un porvenir, le dice, es el primero de mis pensamientos, mi primer deseo, *el único objeto de todos mis trabajos*; ¿podría, pues, detenerme la consideración de un gasto mínimo, cuando pienso que se trata de toda tu existencia?». En cuanto a su madre, sus cartas prueban que no está «ni sorprendida, ni afectada» por este cambio de orientación: «Como presentía lo que ha sucedido, varias veces le he dicho que era preciso esperar, y ella jamás ha dejado de decirme que ante todo quería verte obrar libremente». «¡Cuánto te agradezco, amigo mío, concluye, *haber escuchado mis palabras* y la voz de tu conciencia, haber rechazado los compromisos que ya habían querido imponerte! Y diría algo más, si no estuviera «convencida de que el secreto de su correspondencia no es respetado», en lo cual, según el testimonio de su hermano, se equivocaba en absoluto.

Desde este momento, los acontecimientos se precipitan. Está provisionalmente descartada la idea de un preceptorado en Alemania, y de común acuerdo, se admite que Ernesto abandone San Sulpicio y opte a sus grados universitarios. Enriqueta insiste tenazmente para que acepte hacer en París la vida libre del estudiante; insiste ante todo para «reanimar su valor», imprimirle la «determinación», la «energía», la «fuerza de voluntad», para «ponerlo en guardia contra la debilidad»; sus censuras son a veces conmovedoras: «Querría dar a mi palabra el acento persuasivo, *enviarte la voz de mi alma*». Tiene fe en el porvenir de su hermano: «quiere a todo precio que desenvuelva las dotes que la Naturaleza le ha concedido»; en cuanto

depende de ella, le cierra toda posibilidad de regreso: «Te lo repito; *hay ciertos velos que, una vez levantados, ya no se corren más*»; multiplica las más minuciosas recomendaciones prácticas, como una madre que se desvela porque su hijo ha de ingresar al colegio. Verlo «precipitarse en lo irrevocable» sería para ella «un dolor que pesaría sobre toda su existencia». En el fondo de su alma escucharía una voz decirle: «¿Qué has hecho de tu hermano?» Pero se le va a ahorrar semejante dolor, y esto, ella «no sabrá agradecerlo bastante al cielo»: «Doy a Dios, dice, mis más fervientes acciones de gracias, por haber hecho nacer en ti, cuando aun era tiempo, los pensamientos que han determinado tu resolución».

El 10 de Octubre de 1845, frente a la necesidad de dar una respuesta inmediata a Monseñor Affre, que reclama su colaboración para la Escuela de los Carmelitas, Ernesto Renan desciende, «para no volverlos a subir vestido de sotana», los escalones de San Sulpicio. Del hotel vecino de Mlle. Celeste, a donde entró para cambiar su traje, iba a salir un hombre enteramente nuevo.

No tenemos,—y debemos lamentarlo—las cartas que escribió Enriqueta en respuesta a éstas en que su hermano le anunciaba el rápido desenlace del drama de conciencia de que ella había sido confidente y, a su pesar tal vez, la secreta inspiradora. Pero no es difícil representarse la emoción y la alegría con que hubo de acoger esta noticia. Por fin lograba su propósito; la obra capital de su vida comenzaba a cumplirse. Acaso ella no había pretendido deliberadamente,—¡domina tanto lo inconsciente en cada uno de nosotros!—apartar a su hermano del cristianismo; pero, en el hecho, había procedido como si tal fuera el lejano propósito de sus esfuerzos. Por sus previsiones, por sus reticencias, por sus objeciones, por sus discretos consejos de prudencia mundana, por sus sugerencias, por sus estímulos, por sus ruegos apasionados por su ejemplo, en fin, y por toda su actitud moral, en resumen, por los mil sortilegios de una diplomacia femenina tanto más activa cuanto más inocente, llevó y mantuvo al joven seminarista de Issy y de San Sulpicio

en un estado de espíritu cada vez menos favorable a la vocación sacerdotal y a la creencia cristiana. Y seguramente Ernesto Renan, como todos los hombres, no ha sido dominado sino por influencias que estaba destinado a recoger; había entre su hermana y él toda suerte de afinidades electivas, y era muy natural que evolucionara en la misma forma en que ella había evolucionado. Pero es innegable también que una voluntad más fuerte que la suya haya precipitado, estimulado, dirigido su evolución personal, suprimido, aniquilado o roto los obstáculos que la hubieran retardado o quien sabe si detenido en su curso. No podría afirmarse que, sin Enriqueta, Renan habría sido sacerdote y habría continuado en el cristianismo. Y, sin embargo... Alguien, que los conoció muy bien, ha podido decir de Enriqueta: «Ella es quien ha guiado a Renan en su crisis primera y capital, cuando su natural inclinación y la cualidad de su temperamento tal vez no le habrían conducido a desprenderse completamente de las sugerencias poderosas de la disciplina clerical». Es difícil no suscribir este testimonio de Marcelino Berthelot.

Podemos creer, pues, que Renan se forja singulares objeciones cuando escribe: «Había avanzado mucho en mis estudios filológicos; mis opiniones religiosas se hallaban seriamente quebrantadas. Enriqueta fué también mi apoyo en este caso. Ella me había dejado atrás en el camino; sus creencias católicas habían desaparecido por completo; pero se había guardado siempre de ejercer sobre mí ninguna influencia a este respecto. Cuando le hice saber las dudas que me atormentaban, y que me imponían el deber de abandonar una carrera que exige la fe absoluta, *se alegró excesivamente* y me ofreció hacerme fácil este difícil tránsito». Que ella se haya «alegrado» por la decisión de su hermano, es por demás cierto; pero que se haya guardado siempre de ejercer sobre él ninguna influencia, es una leyenda que no ofrece más consistencia que la que atribuye no ya a la «filosofía», sino a la sola «filología» el derribamiento de las creencias de Renan: los hechos y los textos prueban precisamente lo contrario.

Ya fuera de San Sulpicio, entregado por entero a la enorme labor que exigía la preparación de sus exámenes universitarios, Renan asocia permanentemente a su hermana a todos los grandes y pequeños hechos de su nueva vida, y es para ella una alegría de todos los instantes ver cómo este hermano querido entra por fin en el camino que ella ha soñado siempre. «No ha pasado un día sin que me haya sentido más feliz por el acuerdo que hay entre tu pensamiento y el mío en lo que toca a tu carrera y a los medios de hacerla. Esto me prueba, mi buen amigo, que ni uno ni otro nos equivocamos». Sigue todas sus resoluciones, aplaude todos sus éxitos con el anhelo apasionado y orgulloso de la más solícita de las madres. Cuando es admitido en la agregación de filosofía, su corazón desborda del más ardiente lirismo, y, para expresarlo, vuelve a encontrar el mismo lenguaje de su juventud religiosa: «Lleno el corazón de tu pensamiento y de la más dulce emoción, no puedo, en las dos horas que releo tu carta, sino derramar lágrimas de alegría, agradecer a Dios los bienes que te concede, ofrecerte interiormente todo lo que la más viva ternura puede inspirar como satisfacción y casi como reconocimiento... ¡Ah, que el cielo te conceda siempre tales retribuciones! Creo que hoy es el mejor ruego que podría hacerle. ¡Qué feliz va a ser nuestra anciana madre!... ¡Gracias, Dios mío, por haberme concedido algunas alegrías! ¡Gracias sobre todo por haber elegido a mi Ernesto tan querido, para ser portador de ellas! ¡Oh!, ¿por qué he de estar sola en la noche de hoy?».

A decir verdad, estas expresiones tan religiosas no deben sorprender en ella. Si había terminado por repudiar el catolicismo, Enriqueta Renan había conservado por él cierta inclinación. Protestantismo liberal o deísmo, ¿cómo podría denominarse la religión simplificada que se había formado para su uso personal? Es lo que sería, sin duda, harto difícil de precisar. El hecho es que, en las circunstancias importantes de la vida privada o pública, su pensamiento, con toda naturalidad, se inclina a las concepciones que el cristianismo ha popularizado. Por ejemplo, los acontecimientos de 1848 que, en el fondo de

su Polonia, le dan la impresión de un cataclismo universal, le inspiran los pronósticos más sombríos: «Espero, escribe, que gracias al cielo, no será necesario llegar a esto; se lo pido a Dios con todas las fuerzas de mi alma... No puedo creer, no puedo admitir que la humanidad se guíe por sí misma, que no haya una fuerza superior que la mueva y la obligue a actuar. Esperemos, pues, en esta mano divina que tantas veces nos ha sido propicia.»

Mientras tanto, el rudo clima polaco probaba cada vez más la salud de Enriqueta. En 1850, mientras su hermano, encargado de una misión ministerial, viajaba maravillado por Italia, una afección de la laringe de que padecía desde hacía algún tiempo tomó repentinamente el carácter de alarmente gravedad. Fué a hacerse cuidar a Varsovia; y desde allí, creyéndose sin duda perdida escribió a «su muy querido» algunas cartas infinitamente conmovedoras de pasión fraternal: «Amigo, amigo, ten valor al leer estas tristes líneas. Espero, joh, espero! que el cielo conservará a tu vieja amiga, a la que siempre te ha amado con tanta ternura.... *Con las manos juntas, mi ídolo*, te suplico que soportes valerosamente mi destino; todo no ha sido en él rigores: ¡te he querido tan apasionadamente!... Noche y día converso contigo en mi corazón y mi pensamiento. En medio de mi soledad, soledad sin igual, no me aparto un instante de tu recuerdo, y *cogiéndote idealmente la mano*, sufro los dolorosos remedios que se emplean contra mi mal...» «¡Oh, hermano mío, *mi alma*, mi bien más querido de la tierra, ten valor, aunque suceda cualquier cosa, pero cree sobre todo que es por ti por quien me ligo a la vida.» «Querría, mi hermano muy querido, no perturbar tu porvenir; pero sobre todo, sobre todo, deseo volverte a ver. ¿Qué será de mí después? No lo sé, mi pobre amigo. *Tú serás mi Providencia mientras esté en la tierra*. ¡Ah!, Dios sabe que mi mayor temor en medio de mis sufrimientos es serte gravosa en tu juventud.» «Con la más viva insistencia, mi querido amigo, te pido que lo que sufro no cambie en nada tus fines ni tus proyectos. Tengo fe en tu porvenir; *que sea o no testigo de él, es hoy el todo para mí, Te su-*

plico, pues, con toda mi alma no considerarme para nada; esto sería causarme el más grande de los dolores. Conmovido por estas cartas, en que la pobre Enriqueta ha puesto toda la ternura y la consagración que un alma de mujer puede dedicar a otro ser, Ernesto Renan decidió que terminara el destierro de su hermana; irá a encontrarla en Alemania para retornarla a Francia. «Su deber, por lo demás, nos dice él, había terminado; las deudas de nuestro padre estaban totalmente extinguidas, las pequeñas propiedades que nos había dejado se encontraban, libres de toda carga, en poder de nuestra madre; mi hermana había conquistado por su trabajo una posición que prometía la riqueza.» El 1.º de Agosto de 1850 él estaba en Berlín. Algunos días más tarde, su hermana estaba con él. La condujo a París, y ambos se instalaron en un pequeño departamento al fondo de un jardín, en la calle Val de Grace, 9. La valiente mujer iba a cumplir los cuarenta años: llegaba por fin a la tierra prometida.

III

«Estos diez años de destierro la habían transformado por completo. Las arrugas de la vejez se habían impreso prematuramente sobre su frente; del encanto que aun tenía cuando me dijo adiós en el locutorio del seminario de Saint Nicolas, no le quedaba sino la deliciosa expresión de su bondad inefable.» Así habla Renan, y no nos cuesta trabajo creerle. Ha descrito con una gracia incomparable y un extraño acento de emoción estos gratos y fecundos años de la vida común, cuyo recuerdo aun le arrancaba lágrimas. Lo que él no ha dicho y lo que adivinamos a través de sus cartas y de los «fragmentos íntimos y novelescos» que se han publicado, es que su casta y laboriosa juventud se abría desde hacía algún tiempo a aspiraciones menos austeras; imágenes de mujeres poblaban sus sueños, y en páginas de una poesía un poco ingenua se complacía en evocarlas; las cosas del amor le turbaban deliciosamente y su imaginación se recreaba en ellas complacida. Enriqueta ha venido a purificar lo que había tal vez

de algo malsano en estos ensueños solitarios. Ella trajo a su hermano lo que, en su triste habitación de estudiante, vagamente aspiraba. Al rededor de su pensamiento, reconstituyó el cálido ambiente familiar. Fué la serena sonrisa femenina de sus años de estudios.

En Abril de 1851 Renan había sido nombrado supernumerario de la Biblioteca Nacional, con una remuneración de cinco francos diarios. Enriqueta dirigía la casa, y, gracias a sus prodigios de economía, nada faltó jamás allí. Evitó formarse relaciones: su hermano le bastaba. Arregló su vida de acuerdo con la de las Carmelitas vecinas cuyo jardín veía a través de sus ventanas; escribía, ocultándose con un seudónimo, algunos artículos para el *Diario de los jóvenes*; copiaba—¡con qué tierna minuciosidad!—los manuscritos de Ernesto. Cuando éste volvía de la Biblioteca y se ponía al trabajo, ella permanecía literalmente en el estado de espíritu del creyente que ve realizarse bajo sus miradas algún misterio sagrado. «La he visto, nos dice Renan, por la noche, horas y horas a mi lado, conteniendo la respiración para no interrumpirme; mientras tanto quería verme, y siempre la puerta que comunicaba nuestras habitaciones estuvo abierta. Sus ideas, si hemos de creerle, se desenvolvían «tan al unísono» que apenas tenían necesidad de comunicárselas. «Nuestras consideraciones generales sobre el mundo y sobre Dios eran idénticas, agrega. No había aspecto, por delicado que fuera, en mis teorías de aquella época, que ella no comprendiera. En varios puntos de historia moderna, ella había estudiado en las fuentes, y me aventajaba.» En esto, no sé si Renan exagera en parte la originalidad intelectual de Enriqueta; y tal vez ella no habría hecho eco tan armonioso a su propio pensamiento, si anteriormente no hubiera sufrido intensamente su influencia. Era muy natural que después de haber influido muy profundamente en las ideas y el destino de su hermano, ella se afiliara espontáneamente a su escuela y se penetrara de su filosofía. Según el testimonio de este último, fué durante el viaje a Italia que hizo con la familia Zamoyikia en la primavera de 1846, cuando se completó su evolución personal. Roma, que

ella llamaba con Byron, «la amada ciudad del alma», y a la cual perdonaba «los detalles insustanciales y pueriles» que llevaba consigo la institución del papado, Roma la había fascinado. «Esta ciudad, tan profundamente dominadora, la llevó a concebir con mucha serenidad la separación que todo espíritu filosófico se ve obligado a hacer entre el fondo de la religión y sus formas particulares.» Poco a poco, su religión había llegado al «último grado de depuración», y talvez de inconsecuencia, «Rechazaba absolutamente lo sobrenatural, pero conservaba una elevada adhesión al cristianismo», y no sólo al cristianismo, sino al catolicismo, de que conservaba un «recuerdo encantador». «No deseaba que se redujera la religión a una mera abstracción... Me detenía en la pendiente de las fórmulas de un Dios inconsciente y de una inmortalidad puramente ideal a la que yo me dejaba arrastrar». En la práctica, todo esto, a sus ojos, se armonizaba, se esclarecía; hacer el mayor bien posible era su divisa. En una palabra, «era una santa, menos en lo que toca a la fe precisa en el símbolo y a las estrechas observancias», Tal era, si es preciso creer a su hermano, el «renanismo» de Enriqueta Renan.

Tenía un sentimiento muy vivo de la naturaleza y del arte; pero el arte idealista llevaba todas sus preferencias: la brutalidad, la violencia, la desagradaban soberanamente. Fué ella quien reunió con admirable conciencia los materiales del Discurso sobre el estado de las bellas artes en el siglo XIV, y casi siempre su hermano no tuvo sino adoptar los resultados que sus investigaciones le sugerían. Con este motivo, hicieron juntos un interesante viaje al país que fué la cuna del arte gótico, Valois, Beauvaisis, la región de Reims. Estos trabajos la apasionaban y desplegaba en ellos una admirable actividad. *In angello, cum libello*; se complacía en repetir esta frase de Tomás de Kempis. Y no se conformaba de ser para Ernesto «un secretario incomparable»; fué para él el más valioso de los críticos. La debe mucho en lo que toca al estilo. A este respecto, los ensayos que había compuesto lejos de ella le parecieron, cuando ella los vió, bastante defectuosos: «descubrió en ellos rasgos excesivos, tonos duros, una forma muy poco respetuosa de considerar la len-

gua». La manera de escribir que ella tenía, inspirada en los grandes maestros de otro tiempos, y que se transparentaba sobre todo en sus cartas, era la precisión y la pureza misma. Convenció a su hermano de que «puede decirse todo en el estilo simple y correcto de los buenos autores, y que las expresiones nuevas, las imágenes violentas, vienen siempre de una pretensión impropia o de la ignorancia de nuestras riquezas reales». Renán se sometió a esta disciplina, haciéndola leer como prueba lo que escribía, aventurando ciertos rasgos para ofrecérselos como ensayos, sacrificando sin piedad todo lo que la desagradaba. «Todo me predisponía al romanticismo del alma y de la imaginación», ha dicho muy justamente de sí mismo; Enriqueta dominó este «romanticismo moral»; lo encerró en una forma clásica.

En otro punto prestó un gran servicio a su hermano. Como era muy buena y caritativa, detestaba la burla, la malignidad, el sarcasmo. «Un rasgo que la hirió en mis escritos, fué un sentimiento de ironía que me obsesionaba y que yo mezclaba a las cosas mejores... Esta costumbre la hería y yo se la sacrificué poco a poco». ¡Quisiera Dios que se la sacrificara por entero! No nos sentiríamos molestos a nuestra vez por esa perpetua sonrisa que nos agría tantas páginas entre las mejores del autor de *El Anticristo* y que, queremos creerlo, habrían hecho sufrir a su hermana si hubiese podido conocerlas.

Con todo esto, en esta vida modesta, obscura, laboriosa y útil que le agradaba y que ella amaba, al lado y como a la sombra de este hermano adorado que se absorbía por entero en su obra, ¿era ella feliz, enteramente feliz? ¿No tenía ningún pesar? ¿Estaban satisfechos todos sus deseos? Renán nos dice que ella, «tan exigente en su corazón, tan celosa, se contentaba con algunos minutos del día, siempre que estuviera segura de ser la única en su espíritu». Pero en otro pasaje se pregunta si ha hecho «todo lo que ha estado en su poder para asegurar su felicidad», y se reprocha «no haber sido con ella bastante expansivo, haber cedido demasiado a su inclinación por la concentración taciturna». ¿Será necesario acusar de esta disposición sólo a «su larga educación clerical» y «a un impropio

sentimiento de respeto que le hacía evitar todo lo que hubiera parecido una profanación de su santidad? Son estas explicaciones harlo sutiles. Hay algunas cartas de Enriqueta a Berthelot —quien «mostraba un corazón de mujer en sus afectos» y se quejaba también de ciertas negligencias—que no dejan de ser inquietantes: «El dolor que usted siente, dice ella, también *lo he sentido yo muy a menudo, oh, muy a menudo*. He dicho con frecuencia: «Sus ambiciones le preocupan más que sus afectos, y sus afectos nuevos, más que los antiguos... Parece capaz de todo por los que ama, excepto de consagrarles algunos instantes....» Y en otra ocasión: «Usted y yo, señor, buscamos en él a alguien que ya no existe, el amigo para quien éramos el primero de los pensamientos, los primeros confidentes y en cuya alma nos habíamos habituado a leer sin testigos ni intérpretes. Usted y yo hemos permanecido los mismos, mientras él se ha metamorfoseado por completo, y queremos hallar en él lo que ya no es más que un fantasma o un recuerdo». ¿Era demasiado exigente Enriqueta? ¿O bien es preciso admitir que en la realidad cotidiana de este mutuo afecto fraternal, ella ha dado más de lo recibido?

Es que, a decir verdad, por buena y consagrada que ella fuera, cada vez bastaba menos a su hermano. Por más que amaba la vida y se unía a ella casi sonriente; por más que a veces, con «encantadora actitud de mujer», «volvía a ser una muchacha» y a dejarse arrastrar por «deliciosas debilidades»: había sufrido y padecido mucho; «acogía, cultivaba casi cualquier motivo de llanto»; había entre ella y el mundo una verdadera «pantalla», y a menudo mostraba «algo rígido y torpe» en los ademanes. «*Había envejecido antes de tiempo*, y tenía por costumbre exagerar aún más su edad por la manera de vestirse y por sus modales». En una palabra, la juventud de Ernesto Renán reclamaba sus derechos. Enriqueta se había dado cuenta de esto muy espontáneamente. Desde los primeros tiempos de su nueva unión, había insistido mucho en que su hermano contrajera matrimonio; volvía a menudo sobre este punto, y aun trató con un amigo, contra la voluntad del interesado,

un proyecto de unión que no llegó a realizarse. Conozco otro proyecto que fracasó igualmente, en que ella fué el actor principal. Evidentemente, habría querido dar a su hermano una mujer que ella misma hubiera escogido habría deseado que él la debiera su felicidad. Las cosas ocurrieron de manera muy distinta. Engañado por el aparente desinterés de Enriqueta, Renán, con esa extremada ingenuidad con que encaraba los asuntos de orden práctico—y aun de orden intelectual,—creyó poder escoger impunemente la mujer que le convenía. Enriqueta fué herida en el corazón. «Deseaba ardientemente, escribe muy bien Renán, el cáliz amargo que sus propias manos habían preparado; dudó sin embargo ante aquel que yo le ofrecía, aunque hubiese puesto yo todo mi arte para hacérselo más dulce». Hubo escenas violentas de desesperación; se cambiaron ardientes reproches. «Fueron para nosotros días harto amargos. Atravesamos todo lo que puede haber de tempestuoso en el amor». Enriqueta no podía, por otra parte, hacer valer la menor objeción contra la unión soñada por su hermano, y Mlle. Cornelia Scheffer pronto comenzó a serle muy simpática. Pero ¿razona un corazón apasionado lleno de un solo sentimiento? Cansado de la lucha, Renán tomó el partido de «sacrificarlo todo al afecto más antiguo, a aquel que se aproximaba más al deber». Un brusco cambio se produjo en la desgraciada mujer. «Corrió a casa de Mlle. Scheffer; pasaba largas horas con mi novia; lloraron juntas y se separaron felices y ya amigas». Se mantuvo la vida en común; sin las economías de Enriqueta, por otra parte, no habría podido establecerse la joven pareja; y ya que Renán nos confiesa que la «inocencia» de aquella conducta no fué comprendida por él sino mucho después, debemos dar fe a su palabra.

Como era de prever, hubo aún, en este interior algo para-dojal, muchas tormentas, muchas vueltas ofensivas de celos femeninos, seguidas de lágrimas y arrepentimientos. La amabilidad, la alegre serenidad de la joven terminaron por tranquilizarlo todo: «llegamos a abrazarnos los tres juntos». Sobre todo el nacimiento de un niño fué, para la pobre Enriqueta, la tranquilidad suprema. «Tuvo para este pequeño ser una adoración casi

religiosa». La muerte, al cabo de algunos meses, de una niña que vino en seguida, le dió ocasión para ejercitar todos los recursos consoladores de su alma. Muy amada por su hermana política, feliz y orgullosa por la notoriedad creciente de su hermano, que, a los treinta y cuatro años, ingresaba al Instituto, se consideraba útil y casi necesaria, envejecía apaciblemente entre estos tres seres que cuidaba.

En Mayo de 1860 el Emperador ofreció a Renan una comisión científica en la antigua Fenicia. Tan liberal como era, Enriqueta insistió mucho para que su hermano aceptara. Ella debía acompañarle; su colaboración, su atención de las cuestiones prácticas, le eran, según él, indispensables. Tan contenta como debió estar en el fondo por tener a su Ernesto sólo para sí, le costó algún sufrimiento abandonar al querido y pequeño Ary, y se preguntó a veces si volvería a verle. La joven Mme. Renan debía unirse a su marido un poco más tarde, si esto era posible. Renan y su hermana llegaron a Beyruth hacia fines de Octubre. Enriqueta hizo casi todas las expediciones, sin dejarse intimidar por las molestias de los caminos difíciles, ni por las privaciones de todo género, escalando sin arredrarse a lo largo de horribles precipicios, haciendo ocho o diez horas de marcha por día. Sostenida por una indomable voluntad, resistía su débil salud, no sin una violenta tensión nerviosa que le acarrearba atroces neuralgias. Dos o tres veces, en pleno desierto, su estado inspiró a sus compañeros las más vivas inquietudes. Su valor la permitía levantarse nuevamente.

Por lo demás, este viaje le procuró profundas alegrías. «Fué, dice Renán, el único año sin lágrimas, y acaso la sola recompensa de su vida». Sin lágrimas es tal vez mucho decir: Enriqueta vió venir en Enero de 1861, y parece que sin alegría, a su cuñada; habló de «volver a Francia»; observó también que su hermano, demasiado absorbido por sus investigaciones, olvidaba en parte su presencia y «concedía más tiempo al general y al pachá que a la vieja amiga que había abandonado todo para seguirlo en aquellos parajes lejanos». Pero, en fin, tuvo deliciosas compensaciones. El clima y el aspecto de Siria, que en

otoño y en primavera cobran maravilloso encanto, la atraieron intensamente. Sintió cariño por los maronitas, y le agradaron infinitamente las ciudades de Amschit y de Sarba. Pero sobre todo su viaje a Palestina fué para ella una fuente de emociones incomparables. Cuando vió por primera vez la región del alto Jordán y del lejano lago de Genezaret, «me dió sus agradecimientos, dice Renan, y me dijo que yo le había retribuido el precio de toda su vida al mostrarle esos lugares». Jerusalén, el Carmelo, Galilea, ¿cómo pudiera no haberse sentido en esos lugares llenos de alma, como transportada a otro universo?

Llegó Julio; Mme. Renan había debido regresar a Francia; las excavaciones estaban terminadas; el ejército francés había evacuado Siria. Renan, que deseaba visitar el alto Líbano, y preparar para el Otoño una última excursión a Chipre, decidió permanecer algún tiempo más. En esta época de terribles calores era una grave imprudencia. Enriqueta padeció mucho con la residencia en el Líbano; fué atacada de terribles dolores nerviosos; su ojo izquierdo estaba afectado. En cuanto pudo cabalgar, volvieron a Amschit. Pero el calor era sofocante. Volvieron a subir hasta Ghazir, «uno de los más bellos lugares del mundo», situado a grande altura sobre el mar, en el fondo de una bahía deliciosa. Allí, en una casita provista de una hermosa parra, Renan y su hermana pudieron alcanzar algunos días de reposo. A los quince días, los agudos sufrimientos de Enriqueta se calmaron. Con las intensas impresiones de su viaje por Palestina, tuvo Renan la idea de aprovechar el descanso que había podido procurarse para «escribir su *Vida de Jesús*, tal como la concibiera en Galilea y en el país de Sour»: «este grueso fragmento en cartera», pensaba, «iba a ser toda su fuerza», y con tal que le fuera permitido publicarlo a su hora, había llegado a «despreocuparse de todo lo demás». «¡Horas deliciosas y muy pronto desvanecidas, escribe, oh, que la eternidad os vuelva a reunir. De la mañana a la noche, *estaba como embriagado por el pensamiento que se desenvolvía ante mis miradas*. Con él me adormecía, y el primer rayo de sol que brillaba detrás de la montaña me lo hacía más claro y más vivo

que la víspera». Enriqueta, confidente de este trabajo por el cual se interesaba apasionadamente—¿no era acaso, en gran parte, obra suya?—volvía a copiar estas páginas apenas escritas; en la noche, sobre la terraza, bajo la claridad de las estrellas, insinuaba sus reflexiones, tan finas y penetrantes, que muchas de ellas fueron para su hermano verdaderas «revelaciones»: «Amaré este libro, me decía, en primer lugar porque lo hemos escrito juntos, y también porque me agrada». Era dichosa; pero sus sufrimientos volvían a veces, arrancándole algunas quejas.

A principios de Septiembre hubieron de bajar nuevamente a Beyruth; las noches eran deliciosas; Enriqueta hablaba a menudo del regreso, de la alegría que tendría al abrazar nuevamente al pequeño Ary y a su anciana madre, y este pensamiento la traía a todos sus recuerdos de familia. La posibilidad de ir a buscar ocho días de reposo a Amschit, los hizo encaminarse hacia allá el Lunes 16 de Septiembre. Al día siguiente, Enriqueta se sintió algo mal; sin ninguna inquietud, Renán se había dedicado nuevamente con pasión a su *Vida de Jesús*. El Miércoles el mal se agravó; animado por el cirujano del *Catón*, Renán pudo bajar el Jueves a la rada de Gebel. Al regresar, se sintió herido a su vez. El médico no supo diagnosticar la fiebre perniciosa que padecían. El Viernes y el Sábado fueron días muy horribles. Enriqueta tuvo el presentimiento de su fin, dictó algunas disposiciones testamentarias, tuvo algunos recuerdos para todos. «Te he amado mucho, dijo a su hermano; alguna vez mi afecto te causó pesares; he sido injusta, egoísta; pero es que te he amado como ya no se ama, *acaso como no debe amarse*.»

El Domingo por la noche ambos quedaron sin conocimiento. Los socorros no pudieron llegar sino el Lunes por la mañana. Era demasiado tarde para Enriqueta. Expiró el Martes 24 de Septiembre a las tres de la mañana. Llamado en los últimos momentos, el cura maronita la ungió según su rito. Renán no recobró alguna conciencia sino una hora antes de esta muerte. No volvió a ver a su hermana: se le condujo en una camilla

a Beyruth, y sólo dos días después tuvo plena conciencia de la pérdida que había sufrido. Un amigo, el doctor Gaillardot, veló en los funerales. El cuerpo de Enriqueta fué depositado en la bóveda de Mikhael Tobia, situada en el extremo de la ciudad, próxima a una hermosa capilla: ahí reposa todavía. Ninguna inscripción. «Con mis ahorros, había dicho a su hermano, quiero que hagas una sepultura de familia; es preciso que nos acerquemos, que estemos próximos unos de otros». Su último deseo no ha sido ejecutado.

En el delicado opúsculo que dedicó a la memoria de su hermana Enriqueta, Renan deplora que haya muerto casi sin recompensa. «La hora, agrega, en que se recoge lo que se ha sembrado, en que se descansa para recordar las fatigas y los dolores pasados, no sonó para ella». Es verdad. Pero, por otra parte, su obra estaba terminada, su hermano era lo que siempre deseó ella que llegara a ser; alcanzaba la gloria; se había casado y era feliz; su pensamiento, hijo del suyo, iba a expresarse íntegramente en un libro cuyas páginas ella había leído, copiado, amado y en parte inspirado. Pudo decirse al morir que su vida de duros sacrificios, de alta abnegación, había cumplido su fin, había tenido su secreta significación. No había vivido sino para su hermano, sobre quien había acumulado todas las varias ternuras que un corazón de mujer puede reservar: él reemplazaba al padre que había perdido, al marido que no quiso darse, al hijo que no tendría jamás, y aun al sacerdote que él debió ser y que hasta al separarlo de su camino, su alma bretona veneraba todavía. Era aún algo más para ella este hermano querido con tanto apasionamiento; era su pensamiento profundo realizado, su pensamiento liberado de la santa tutela hereditaria y que se expresaba con la audaz sinceridad que su modestia femenina tal vez habría repudiado en sí misma, pero que en otra persona aprobaba; él era, a su pesar, como el desquite de las largas y severas represiones que su educación religiosa y la organización social habían hecho pesar sobre ella. De aquí esa forma exclusiva y absoluta que había en su afecto fraternal; de aquí los celos, las amarguras, las violencias, las

inquietudes, los remordimientos y el ardor amargado de esta casta pasión que tuvo algunos de los caracteres de la más ardiente pasión amorosa. No estoy seguro de que Renan haya amado a su hermana como ella le amó. Como ocurre casi siempre en estos casos, ambas naturalezas eran a la vez análogas y diferentes. El hermano y la hermana se asemejaban por la forma de su espíritu y de su sensibilidad, pero había en Enriqueta cierta virilidad de pensamiento y de voluntad que faltaba casi por completo a Renan, naturaleza más imaginativa, más receptiva y más femenina. Este sufría fácilmente las influencias de fuera. Entregado a sí mismo, es muy dudoso que hubiese dirigido su carrera y organizado su obra como fué conducido a hacerlo. Enriqueta ha deseado por él. Ha adivinado su genio de escritor; hizo todo lo que estuvo en su mano para asegurar su libre desenvolvimiento; con toda su cálida y sombría ternura, veló sobre el desarrollo laborioso de esta flor magnífica y rara.

Los que aprecian el pensamiento renaniano deben estarle profundamente reconocidos por haberse consagrado hasta la muerte a una obra que consideran buena. Los que, sensibles como cualesquiera otros, al prestigio de la palabra, a la gracia sinuosa, a la sutileza ondulante del pensamiento, no se resignan a «vivir de la sombra de una sombra, del perfume de una copa vacía», éstos podrán lamentar que tanta virtud femenina se haya gastado finalmente en quebrar la copa vacía y en desvanecer el perfume.

Arturo Torres Rioseco

Motivos

(Para ATENEA)

(A la memoria querida de Raimundo Echevarría y Larrazábal, poeta fino e intenso y compañero de mi juventud).



UNA palabra, una sonrisa, un beso:
Palpitación sutil del Universo.
Estamos en nosotros y la vida
se nos mete en el pecho florecida.

Todo el paisaje es una poesía
del simbolismo, claro como el día.
Lo que decimos repercute adentro
sin siquiera cortar el aire denso.
Cuando miráis a la mujer amada
¿no os sentís como tallos en albarda?

2

Todo esto ha de morir en su momento:
calla la lengua y se detiene el viento.
Pero de nuestros ojos que comprenden
sabed que las luciérnagas se encienden.

Y de nuestras palabras otoñales
hacen canciones buches aurorales.
Nuestros labios caerán, pero la viña
tiene más sangre que una boca-niña.
¡Oh muerte vida, oh transición segura!
Levadura de nuestra levadura.

3

¿Qué fué nuestra pasión violenta
sino un designio natural?
Pan para la boca hambrienta...
para el enfermo su hospital.
Y sin embargo tuvo tanto
nuevo atractivo elemental,
que ha de llenar todo mi canto
de una frescura matinal.
En el correr de las edades,
repetición de no acabar.
Oh, Schopenhauer, hay verdades
que no debemos enunciar.

4

Sobre el tallo fresco
—brasa viva—la espiga
se inclina. La fuente
—sonrisa y refugio—corre
jubilosamente.
Ya te anda buscando
fuentecita Muerte

esta espiga rellena de tanta
lujuria perversa.
La fuente
se aleja cantando jubilosamente.

5

La melancolía
se aprieta y me chupa como una sangría.
Lluvia de amarguras;
sol de muerte, duras
y petrificadas noches de pavuras.
Bocas de mujeres,
pan que me envenena
los amaneceres.
Hoy, brasas ardidas,
mañana, podridas, podridas.
Muerte amarga, vida que no es vida...
La melancolía me chupa como una sangría.

6

(ADAPTACIÓN)

El cisne vivo
es como un canto con acompañamiento
imaginario.
A través del lago,
hacia la sombra de los sauces,
va acompañado por la imagen:
como por «Reflets dans l'eau»

de Debussy.

El cisne vivo

se refleja en el agua—pecho a pecho
con la duplicidad:

EL OTRO

y se confunde pecho a pecho.

¡Oh boda imaginaria, oh, majestad en marcha!

Va acompañado por su misma imagen,
solo.

Por la noche

el lago es un silencio vasto
sin imaginación.

7

Gozo de albada que se siente
a las cinco de la mañana,
con el aire delgado
y la luz blanda.

Gozo del primer balido
vertical como un dardo
y luego dilatado.

Gozo del primer trino
sobre hoja trémula:
plata y verde.

Brisa seca y ruda
que golpea en la cara
y resbala.

Gozo de los ojos:

en el camino blanco,
en la yerba mojada,
en el humo de los hogares,
en la pera de agua,
en el higo abierto,
en el resuello cálido
de los terneros,
en la leche rizada...
Lejos las palomas...
cerca los rebaños...
Tanto gozo que se siente
a las cinco de la mañana.

Estados Unidos de América.

La vida espiritual de los antiguos mexicanos

EN lo más íntimo de su existencia, cada cultura está caracterizada y determinada en todas sus manifestaciones por su sentimiento cósmico. Cada una de las grandes culturas ha encontrado una peculiar manera de concebir la grandiosa majestad del universo que nos encierra. Desde los tiempos más primitivos, el hombre se ha esforzado en explicar los fenómenos de la naturaleza que lo llenan de espanto y terror. Vese como pequenísimo grano de arena en las orillas de aquel océano cósmico inmenso, bramante a veces y también tranquilo y suave. Sus sentimientos palpitan frente a los problemas que le ofrece, su cerebro comienza a raciocinar y a buscarle una explicación que le satisfaga, que le tranquilice.

Cada grande cultura ha formado una imagen espiritual de ese cosmos, ha tratado de encerrarlo dentro de un sistema, de dominarlo. Lo que llamamos religión, arte, filosofía, economía, etc., no son sino otras tantas respuestas que hemos encontrado para explicar las eternas preguntas que nos hace el universo. Toda la cultura humana no es, pues, sino un reflejo, una imagen cósmica. Nuestra técnica moderna no es sino una última manifestación de aquel anhelo hacia el infinito que se había presentado por primera vez en Occidente, en los piratas que descubrieron nuestro continente americano hacia el año mil. Estos sentimientos del hombre son los verdaderos causantes

del movimiento que llamamos cultura. La cultura debe, pues, su origen, a la tensión que se forma entre el individuo y el universo; es la resultante de aquella tensión. En cada obra cultural, de cualquiera índole que sea, el hombre ha encerrado, encadenado, una parte del cosmos, o, dicho en otras palabras, lo ha dominado espiritualmente, ha tranquilizado los sentimientos apasionados que le inspiraron terror.

Cada una de las grandes culturas que nacieron, florecieron y perecieron en nuestro planeta estaba penetrada de una determinada concepción del cosmos, de un sentimiento cósmico peculiar a ella. Al principio de su desarrollo se manifiesta en forma verdaderamente emocionante; pero en el curso de la vida cultural, pierde su terror primitivo, el cual se extingue finalmente por completo. La vida cultural de los pueblos no es sino ese espacio de tiempo, relativamente corto, transcurrido desde que nace el sentimiento cósmico hasta que se extingue.

Ahora bien, se ha pretendido que existe un solo sentimiento cósmico de toda la humanidad, el cual sería, por supuesto, el nuestro, es decir, el occidental. Todas las demás cosmologías son consideradas por la mayoría de nuestros sociólogos como fantásticas, arbitrarias y faltas de realidad.

La crítica se limita a declarar que las cosmologías de las demás culturas no son científicas, por no encontrarse en armonía con las nociones absolutas que pretendemos tener del universo. Pero este método egocentrista no nos puede satisfacer ya. No podemos admitir que todos los demás tiempos y todas las demás épocas hayan errado por el solo hecho de haber concebido el universo en una forma diferente de nosotros. ¿De dónde tomar la varilla mágica que nos indique dónde está la verdad? No es precisamente necesario ser escéptico para admitir la relatividad de los valores culturales. El escéptico duda de todo. No osa dar una respuesta categórica a una pregunta que se le dirija. Admite dos o más soluciones para cada problema. El sociólogo relativista puede admitir muy bien la existencia de valores absolutos dentro de cada cultura y para cada época; pero niega que esos valores absolutos de

cada cultura lo sean también para otras culturas y otros tiempos. Toma por base de sus estudios la igualdad de las diferentes culturas en cuanto a su rango espiritual y averigua simplemente el carácter de sus respectivos valores culturales, sin calificarlos, es decir, sin aplicar a ellos su criterio personal.

Estudiada desde este punto de vista, la historia, la civilización indígena americana está adquiriendo un interés cada vez mayor. Puede decirse que se está restableciendo el criterio de la España colonial frente al indio americano. En realidad, para el conquistador español y para el legislador de las Leyes de Indias, el indio no era un ser inferior sino igual al europeo. Sólo más tarde, los anglosajones comenzaron a tratarlo como algo despreciable y salvaje. De otra parte, es cierto que para el español de la Colonia, el indio era un simple europeo a quien se atribuían iguales sentimientos y vida espiritual, mientras que nosotros lo consideramos hoy en día como una entidad sociológica diferente de nosotros.

Esta nueva apreciación del hombre no europeo se le debe quizás en primer lugar al arte expresionista, el cual dedicó un especial interés al arte exótico, descubriendo valores artísticos desconocidos hasta entonces. La etnología ha venido igualmente a preocuparse de las civilizaciones indo-americanas, después de haberse proporcionado, con las numerosas excavaciones hechas en los últimos decenios, un material maravilloso, jamás imaginado.

Entre la cultura occidental y la indígena americana pende sin duda todo un mundo, pero se trata simplemente de una diferencia de formas, de ideas; no de una diferencia en la calidad de las obras producidas.

Esta afirmación puede comprobarse fehacientemente estudiando el desarrollo y las ideas que determinan la cultura prehispánica en nuestro continente. Entre las diferentes obras modernas que pueden servir de base metódica a este respecto, merece especial mención una del doctor Theodor Wilhelm Danzel sobre la vida espiritual de los antiguos mejicanos, aparecida en 1922

(Folkwang Verlag, Hagen y W., Alemania). En ella fundaré las siguientes exposiciones. Debo agregar que, en varios conceptos, no estoy de acuerdo con el autor del libro a que me acabo de referir, de manera que no todo lo que voy a exponer aquí se encuentra en él.

* * *

Oswald Spengler estudia en su *Decadencia de Occidente* (traducción española publicada por Calpe, Madrid), el concepto del tiempo y del espacio que se han formado las diferentes culturas, llegando a la conclusión de que el hombre antiguo y el occidental conciben el tiempo y el espacio en una forma completamente diferente. Dice él que en la Antigüedad predominó la tendencia a reducir el espacio y el tiempo a un solo punto. Para el hombre antiguo, el tiempo se compone del presente eterno y el espacio de cuerpos materiales, tangibles y visibles. El concepto cósmico de la Antigüedad corresponde a este orden de ideas; el universo forma un «cosmos» perfecto; es decir, un globo limitado y siempre igual, no expuesto a evolución alguna.

Para nosotros, los hombres occidentales, en cambio, el universo es infinito, ilimitado; se encuentra en evolución y está, en consecuencia, dominado de energías que lo impulsan hacia adelante.

Vemos, pues, que el sentimiento cósmico occidental y el antiguo son dos formas contradictorias de concebir el universo. Y esta idea fundamental que nos manifiesta cada una de estas dos culturas, no es una mera abstracción sin vida real, sino, por lo contrario, penetra los valores culturales de cada una, hasta los más insignificantes detalles.

Si esta teoría de Spengler es exacta, los indígenas americanos deben estar caracterizados por un sentimiento cósmico diferente del que han desarrollado las demás culturas. Y en realidad, la obra de Danzel nos ofrece un rico material para comprobar esta tesis.

Para nosotros, existe una absoluta separación entre el mundo subjetivo (lo que se encuentra dentro de nosotros) y el objetivo (lo que se encuentra fuera de nosotros). Consideramos el universo como entidad independiente del individuo. Para el antiguo mexicano, no existe esta separación. Para él, el universo y el individuo forman una unidad, una totalidad. No hay, en consecuencia, leyes especiales para el individuo y para el universo: ambos están regidos por iguales fuerzas. Contemplando el mundo espiritual del mexicano desde nuestro punto de vista, podemos decir, pues, que en él se efectúa una proyección de sensaciones subjetivas en el mundo objetivo, y viceversa. Lo objetivo se lo imagina el mexicano en forma subjetiva, y lo subjetivo en forma objetiva. Fenómenos astronómicos, como por ejemplo, un eclipse solar o lunar, son explicados como una lucha entre el dios solar y el dios lunar. (Uitzilopochtli y Coyolxauh). Es decir, se emplean los elementos netamente subjetivos, como ser el odio, la venganza, etc., para explicar fenómenos objetivos. Los factores psíquicos, en cambio, son materializados. Así, los soldados colocaban en su rodela un dedo de una mujer muerta en el alumbramiento, para adquirir la cualidad de invencibles. Se suponía, pues, que el heroísmo de la mujer que había dejado su vida para dar vida a un niño, podía transmitirse a otra persona en la forma indicada.

Fuera de este orden de ideas, existe otro muy singular y que se refiere a la formación de conceptos complejos. Nosotros tratamos de discernir claramente las diferentes ideas que nos formamos de las cosas. El mexicano, en cambio, trata de unir constantemente diferentes ideas para formar conceptos complejos. Los fenómenos cronológicos son por ejemplo unidos con otros especiales. El universo se consideraba compuesto de los cuatro puntos cardinales y de la quinta dirección de abajo hacia arriba. A cada una de estas diferentes direcciones le corresponde uno de los cinco grandes períodos en que se divide el desarrollo del universo. A cada punto cardinal le corresponde además un determinado color, y cada uno le obedece a un determinado dios. Al referirse el mexicano a uno de estos diferentes conceptos,

piensa al mismo tiempo en todos los demás. De aquí se deriva la enorme dificultad que existe para poder interpretar fielmente cualquiera manifestación de la cultura mexicana, pues no se sabe jamás exactamente cuáles son en cada caso los conceptos primordiales a que se refieren estos conceptos polifónicos. En el mundo espiritual mexicano se efectúa una continua metamorfosis de los conceptos. Así se explica también el curioso fenómeno de que existan en la literatura tan diferentes interpretaciones de un mismo hecho. Al referirse a un mismo documento, de dos autores occidentales uno puede declarar, por ejemplo, que se trata de un color y el otro que el respectivo documento habla de una dirección: y ambos pueden tener razón.

Sabemos que, en sus principios, todas las culturas poseen tales conceptos complejos. Toda la mitología primitiva está caracterizada por una confusión de los afectos subjetivos del amor, del odio, del temor y de la esperanza, con fenómenos objetivos. En el fondo, ninguna de las diferentes culturas ha logrado independizarse por completo de ella. También nuestro pretendido mundo objetivo no es sino una imagen de nuestra alma. Ni el sistema de Darwin ni cualquiera otro, nos ha podido presentar el mundo objetivo, porque este mundo jamás se nos revelará. Desde el punto de vista de la eternidad, no hay diferencia entre el mito de Darwin y cualquiera otro inventado por un hombre prehistórico. La lucha por la vida: eso es algo eminentemente occidental, que se manifiesta por primera vez en los piratas medioevales que vinieron a descubrir nuestro continente por el año 1000, que encuentra su más grandiosa manifestación en las catedrales góticas, que domina nuestro industrialismo y nuestro expansionismo y que ha encontrado su última, más materializada y superficializada expresión en el sistema de Darwin.

Y tampoco las demás teorías «exactas» occidentales dejan de ser algo netamente occidental, una mera manifestación de nuestra manera de concebir el universo. Podemos presentar el problema en la siguiente forma más explícita: Nuestro aparato nervioso está rodeado de un sinnúmero de ondas de diferente

amplitud que producen en él la sensación de colores, de olores, de sonidos, etc. Todas estas sensaciones no existen sino en nuestra alma y no tienen ninguna existencia objetiva, fuera de nosotros. Ningún individuo percibe la totalidad de las ondas, etc. que llegan hasta él, sino sólo una parte de ellas. Esta parte viene a formar su universo, su medio ambiente. El mundo objetivo presenta, pues, una infinidad de posibilidades de diferentes medios ambientes, de las cuales en cada individuo sólo se realizan unas pocas. Depende de la disposición del alma de cada individuo, cuáles sensaciones llegarán a realizarse en él. Lo mismo pasa con las culturas. Debemos concebir a éstas como individuos. Cada una de ellas tiene disposiciones especiales para concebir una parte de la infinidad de posibilidades que encierra el universo. Así se explica que cada cultura haya creado una imagen peculiar a ella del universo y diferente de las demás culturas.

De otra parte, cada individuo y cada cultura tiene la tendencia de generalizar su imagen cósmica y de considerarla absoluta y perfecta, o dicho en otras palabras, de atribuirle un valor objetivo. Tal exageración se explica en el antropomorfismo y egocentrismo que es quizá el más fuerte aliciente de la evolución histórica, pero que precisamente no debe encontrarse en un historiador. Para el historiador no existe una cultura superior a otra cualquiera. Cada una de ellas es, en todas sus manifestaciones, la realización de un conjunto reducido de las infinitas posibilidades que ofrece el mundo objetivo. Así la teoría de Darwin o de Comte y la manera de interpretar el universo de los antiguos mexicanos se encuentran a un mismo nivel y representan valores culturales de igual importancia subjetiva.

Existe, en el desarrollo de las culturas, una grandiosa unidad de ideas. Ya me había referido más arriba a la teoría de Darwin y sus diferentes aspectos predarwinianos. Primero encontramos en todas partes los mitos, en los cuales la idea cósmica de cada cultura nos ofrece su primera grandiosa manifestación. Mitos son simplemente encarnaciones vividas del alma de cada cultura. En las épocas posteriores, la razón comienza a destruir

los mitos. Así al menos se nos manifiesta la evolución. En realidad, no se destruyen los mitos, sino que se les interpreta simplemente de otra manera, racionalmente. Y en las otras culturas se repiten esos mismos mitos infinitas veces en las más diferentes formas. Llega el momento en que la razón humana se cree única dueña del hombre. Entonces la duda empieza a predominar y destruye los valores culturales producidos. El reino de la duda es, empero, la época de decadencia, es el ocaso de las culturas.

En nuestra cultura occidental es fácil demostrar esta evolución. En la obra de Spengler se encuentran las grandes líneas de nuestro desarrollo. Vemos surgir con toda claridad el imperio de la razón, en el siglo XVIII. Y Comte nos presenta, a mediados del siglo pasado, un sistema de nuestra evolución, sistema que se puede aceptar en general, pero siempre que se diga «Occidente» donde él habla de la «Humanidad».

Pero es tiempo de que volvamos a ocuparnos de nuestros mexicanos. Aquí se nos presenta la misma situación. Primero tenemos que ver con la creación de mitos, con la condensación de ideas religiosas de la concepción cósmica, más tarde encontramos la interpretación racional de esos mismos mitos. La diferencia que pende en Occidente entre la así llamada Edad Media y la Moderna, existe también en México. La Edad Media mexicana es el período de los mayas y chichimecas del siglo V, y la Época Moderna, el período de los aztecas del siglo XV. La misma diferencia que hay entre Santo Tomás de Aquino y Darwin, existe entre un filósofo maya y uno azteca. Más adelante vamos a llegar a conocer un ejemplo al respecto.

Consideremos ahora algunos ejemplos interesantes que nos permitirán demostrar algunas peculiaridades de la vida espiritual de los antiguos mexicanos.

Uno de sus dioses más importantes era Quetzalcouatl, identificado más tarde con Cortés. Es identificado también con la luna. Cuando la suave luz de nuestro mayor astro nocturno se confunde con el esplendor del sol, Quetzalcouatl se quema y sacrifica. En este mito se manifiesta el de la introversión y del

segundo nacimiento. La introversión consiste en el retiro de este mundo para condensar las fuerzas del alma, con el fin de producir la regeneración del hombre, la renovación de su personalidad. Así la luna se sacrifica frente al sol, para volver a desarrollar su plena claridad. Por eso Quetzalcouatl es representado con los utensilios de un penitente, de un asceta, en los geroglíficos mexicanos.

El calendario mexicano (tonal-amatl) consta de 260 días que se distribuyen en 13 semanas de 20 días cada una. Cada día de la semana lleva el signo de un animal, etc., símbolos que tienen un determinado sentido, como por ejemplo, fertilidad, paz, pobreza, muerte, vejez, etc.

Sabían los mexicanos que el año astronómico constaba de 365 días, repartidos en 18 semanas de 20 días, más cinco llamados «Inútiles».

Entre estas dos diferentes cronologías y otra tercera, basada en el año de 584 días que emplea el planeta Venus para circunvalar el sol, existía una relación matemática, comenzando los diferentes sistemas cronológicos en el mismo día, cada 52 años, de manera que estos 52 años formaban un período más amplio.

Cada año, estación y día estaba coordinado a un dios. Cada una de las diferentes estaciones correspondía a uno de los cuatro puntos cardinales.

La cosmogonía mexicana constaba de los siguientes cinco períodos:

1.º Atonatiuh, o sea, sol de agua. En este período el mundo estaba poblado de gigantes. Se produjeron grandes inundaciones. Los hombres fueron transformados en peces. A este período le corresponde el Oeste.

2.º Ocelotoniuh, o sea, sol de jaguar. Se derrumba el cielo, el sol permanece inmóvil a fines del período, los jaguares se devoran a los hombres. Un gigantesco jaguar se devora al sol, es decir, se produce un eclipse. Este período le corresponde al Norte.

3.º Quiauhtoniuh, o sea, sol de fuego. Cae fuego del cielo y quema a los hombres. Le corresponde al Sur.

4.º Ecatonalih, o sea, sol de viento. Se producen grandes tempestades. Los hombres son transformados en monos. Le corresponde al Este.

5.º Olintonatih, o sea, sol de terremoto. Nuestro período terminará con un gran terremoto que destruirá la tierra. Comenzó este período en 726. Nuestro sol fué creado en el año 751.

Existen trece cielos y nueve infiernos. El Stix mexicano se llama Chicunauhapan; las almas lo cruzan con el auxilio de un perro rojo. El universo era concebido en la forma de una enorme pirámide que descansa sobre una culebra.

También aquí tenemos que ver con una confusión de afectos subjetivos y objetivos. El estado despierto de un individuo representa la tierra y el sublimar, el infierno. El estado de potencialidad intuitiva nos hace concebir el cielo. Es la misma concepción cosmológica que encontramos en la Divina Comedia del Dante.

Sumamente complejos son aquellos conceptos que se refieren a los puntos cardinales.

1.º El Este tiene los siguientes calificativos: primera estación del tonalamatl, región del amanecer, casa colorada, país rojo, región de los colores rojo y negro, país de la escritura, lugar donde se quema, lugar donde desapareció Quetzalcoatl. Es la región donde viven los guerreros caídos en el campo de batalla o sacrificados a los dioses. Ellos saludan al sol cuando sale en Oriente, le ofrendan bailes y lo acompañan hasta el cenito, donde se lo entregan a las mujeres muertas en la nacencia. Se encuentra en el Este el gran hoyo de que salieron el sol y las estrellas.

2.º El Norte es la región de la muerte, de los cuchillos de piedra, de la guerra y de los sacrificios, la casa de las lanzas, el lugar de la obscuridad. En él se encuentran los «400 boreales» (quizás se refiera este concepto a determinadas estrellas.).

3.º El Oeste es la región de las mujeres muertas en la nacencia, las cuales eran veneradas en la misma forma que los guerreros muertos en el campo de batalla. Es la región de la diosa de la tierra. En ella se encuentra el gran océano en que

se pone el sol, para dar luz a los muertos. Y el gran hoyo en la tierra de que han salido los hombres. Se le califica además: casa del nacimiento, patria de las naciones, patria del maíz, lugar de las flores. Aquí fueron despeñados los dioses por haber cortado flores sin permiso. En sus límites se encuentra el chicunauhapan.

4.º El Sur es la región del fuego y de las espinas, el lugar de la penitencia o de las flores (símbolo de la sangre; el corazón humano se llama casa de flores). Aquí viven los dioses del placer, de la música y del baile. Aquí se encuentran los «400 septentrionales».

En el centro del universo habita el dios solar. Los cuatro puntos cardinales son representados también en la forma de cuatro árboles. Al Este le correspondía además el color rojo, al Norte el amarillo, al Oeste el azul y al Sur el verde. Fuera de las cuatro estaciones le estaban también coordinados a los cuatro puntos cardinales, los cuatro periodos en que se dividía la época de 52 años.

Otro sistema muy interesante de coordinaciones de conceptos que existen separados los unos de los otros para nosotros, está representado por los órganos del cuerpo humano. Efectivamente, el antiguo mexicano se imagina relacionado cada uno de nuestros órganos con todo el universo. Existen jeroglíficos en que cada órgano lleva el signo de un determinado día, y como cada día estaba a su vez relacionado con un sinnúmero de diferentes conceptos, resulta un sistema sumamente complicado.

Tampoco en este caso se trata de ideas netamente fantásticas. En realidad, investigaciones recientes han demostrado que el alma del hombre posee ciertas disposiciones para producir disociaciones o emanaciones fantásticas (condensadas en la forma de imágenes) relacionadas con determinados órganos del cuerpo. El mexicano les atribuye a estas disociaciones una realidad igual a la de las demás cosas.

El día mexicano constaba de 13 horas y la noche de 9, las cuales estaban a su vez coordinadas a los 13 cielos y 9 infiernos y a los cuatro puntos cardinales.

Cada día estaba además caracterizado por ciertas cualidades que podían favorecer o dañar al hombre. Tampoco estas relaciones son meras fantasías. Desde las publicaciones de los célebres trabajos de Kemmerer, Fliess y Swoboda (véase *Revista de Occidente*, N.º IV) sabemos que existen ciertas periodicidades de la vitabilidad, de manera que la antigua creencia en días de buena y mala suerte no carece de ciertos aspectos científicos. El antiguo mexicano formaba un concepto único de estos para nosotros diferentes fenómenos.

En cuanto a los sacrificios, que como se sabe se practicaban en grande escala en México, no los debemos apreciar con nuestros ojos racionales. Eran ellos de la mayor importancia para la vida mexicana, y quizás sólo se hayan mantenido hasta el siglo XVI debido al exceso de población que había en el reino de Tenochtitlan. No estaban basados en sentimientos de crueldad, sino se practicaban con un espíritu devoto y humilde. Según las creencias mexicanas, estos sacrificios eran necesarios para hacerle posible la existencia al sol, de la misma manera como el cristianismo considera necesario el sacrificio de Jesucristo para la redención de la humanidad, el cual se repite, como es sabido, en cada misa, aunque en forma simbólica. La necesidad de los sacrificios humanos para la existencia del sol nos explica también la suposición de los mexicanos de haberse creado el sol después de los hombres. El mexicano estaba dominado de un terrible temor de que el sol se podía eclipsar algún día para siempre. Según su mitología, todos los dioses se habían sacrificado ya una vez para impedir este hecho. Todos los años se efectuaba una ofrenda de todo el pueblo a favor del sol, la cual consistía en la extracción de sangre del cuerpo. (Se llamaba esta fiesta «cuaresma a favor del sol»). El sacrificio significa la muerte del demonio dentro del hombre y la resurrección de éste en una forma purificada. Tenemos aquí, pues, una relación con la penitencia y la renovación del hombre interior. Por esta misma razón sólo los más grandes héroes eran dignos del sacrificio. Precisamente los mejores del pueblo mexicano no se ofrecían voluntariamente para ser sacrificados.

También los mismos juegos nos demuestran una ideología muy interesante. El más importante era el de la pelota o de la chueca, que se encuentra en todo el continente, y que se ha conservado entre nuestros mapuches hasta nuestros días. En México, la cancha tenía la forma de una doble T. La pelota tenía que pasar por una argolla que se encontraba en el centro. La pelota significaba la luna o el sol. Existía una relación entre este juego y la vida sexual. El ganador, por ejemplo, era llamado «el gran adúltero».

Todas estas fiestas, sean profanas o religiosas, tenían un enorme alcance para el mexicano, un alcance que también tenían para nuestra propia civilización en los periodos anteriores. Para nosotros, los hombres del siglo XX, es difícil concebir la devoción con que el hombre de otras épocas las celebraba. Por supuesto que los actos religiosos no producen efectos en el mundo objetivo, pero su importancia para el mundo subjetivo es enorme. La contemplación del culto tranquiliza los demonios que viven en su pecho, destruye las imágenes perturbadoras que se habían apoderado de él. Es decir, el culto altera las condiciones psíquicas subjetivas del individuo.

Este mundo mexicano a que me he referido hasta ahora, se nos presenta en los escasos documentos de la época de la conquista y en las obras arqueológicas conservadas. A la primera vista tenemos la impresión de ocuparnos de una cultura extraña y separada por todo un mundo de la nuestra. Pero una vez que hayamos penetrado en su rica vida, vemos manifestarse ante nuestros ojos toda una maravillosa concepción cósmica, no menos desarrollada que la de cualquiera otra de las grandes culturas.

Lo que he presentado hasta ahora no es sino nuestra interpretación de los documentos culturales mexicanos, aplicando a ellos los métodos de la etnología y psicología modernas. No debemos olvidar que estos documentos nos presentan solamente aquellas formas de la cultura mexicana que se han conservado hasta nuestros días. En su mayoría, se trata de simples eróglificos. ¿Cómo averiguar en qué forma los mismos mexicanos

interpretaban estos documentos? Sin duda, esa interpretación ha variado mucho en el curso de la evolución de su cultura. Primero se interpretaban mitológica, más tarde racionalmente. Quizás hayan existido un Darwin y un Comte mexicanos. Si consideramos la antigua mitología mexicana, vemos que ella nos presenta como etapas prehistóricas del hombre una en que sus ascendientes eran peces y otra en que eran monos: es lo mismo que nos dice Darwin.

Si debido a una catástrofe parecida a la que experimentó México en el siglo XVI se destruyera la civilización occidental, digamos por una invasión de la raza amarilla, quizás sólo se conservarían unos pocos monumentos pétreos del período gótico, del barroco y de la civilización moderna, los cuales formarían un conjunto poco ordenado y disperso sobre grandes territorios. Sobre esta base un historiador futuro tendría que reconstruir la cultura occidental, sin tener la menor posibilidad de llegar a conocer nuestra mentalidad en el curso de los siglos. Toda la vida espiritual habría desaparecido por completo, y no existiría medio alguno para determinar nuestra situación frente a los monumentos conservados. Y considérese qué alteraciones ha experimentado nuestra mentalidad en el curso de los siglos. Una cultura jamás es algo fijo y estable, sino bien al contrario, como dice Bergson, debemos concebirla en la forma de un torrente. Es decir, hay movimiento dentro de cada cultura, evolución hacia el futuro.

Muy difícil sería reconstruir esa evolución de la cultura mexicana. Pero no cabe la menor duda que la interpretación racional de los jeroglíficos estaba perfectamente desarrollada entre los mexicanos. Poseemos una valiosa prueba al respecto en las oraciones recolectadas por Sahagun, cronista español de los primeros tiempos de la conquista, que nos ha conservado una serie de oraciones mexicanas en su forma y lengua originales, sin alterar su sentido. Estas oraciones nada tienen que ver con las fantásticas ideas de los jeroglíficos. En su espíritu francamente «puritanas», corresponden exactamente a la ideología del hombre occidental moderno. Ellas nos revelan la exactitud de la

tesis, sostenida en este ensayo, de que la cultura mexicana nos demuestra las mismas etapas en su evolución que encontramos en Occidente.

Como ejemplo de estas oraciones le presentaré al lector una de ellas:

«Señor, poderoso y piadoso socorridor, invisible e imperceptible, tú eres el que da la vida. Señor del universo y de las batallas, aquí me ves delante de tí. Te quisiera decir unas pocas palabras sobre la miseria del pueblo, del pueblo que ni tiene fortuna ni razón. No tienen nada (los pobres) cuando se acuestan de noche y nada cuando se levantan de mañana. La oscuridad y la luz los encuentran en igual pobreza. Oyeme, señor, tus súbditos y servidores padecen de una miseria tan grande que sólo se la puede llamar la mayor pobreza y la mayor miseria. Los hombres no tienen vestidos y las mujeres no tienen nada con que cubrirse, fuera de unos pocos harapos rotos y que dejan pasar el aire y el frío. Con gran trabajo y sacrificio reúnen todos los días lo que necesitan para poder vivir. Van a los cerros y a las regiones despobladas en busca de víveres. Son tan débiles que sus entrañas golpean contra sus costillas y su cuerpo resuena por estar hueco. Se mueven como el pueblo desesperado. Su cara y su cuerpo semejan a la muerte... Observan la boca de los hombres que pasan y esperan que alguien les diga una palabra. Dios piadoso: el lugar en que duermen no es lugar para descansar, sino para padecer... Cuando descansan cerca de un fuego, no sienten el calor. Oh señor piadoso, invisible e imperceptible: te ruego que veas acá y que te compadezcas de aquellos que andan míseros y lamentosos ante tí, de aquellos que buscan compasión en el temor de los corazones. Oh señor, en cuyo poder está darles a todos felicidad, bienestar y riqueza, pues tu sólo eres el dueño de todo lo bueno, ten compasión con ellos, pues son tus servidores. Te imploro que les des un poco de tolerancia, de compasión y de dulcedad, pues les falta todo... Si este pueblo para que te imploro el bien no quiere reconocer lo que le has dado, le puedes quitar otra vez todo el bien y condenarlo...

¿Con quién hablo? ¿Dónde me encuentro? Ah, hablo contigo, oh rey, y sé bien que me encuentro en un lugar solemne y que hablo con un ser de gran majestad. Una corriente vasta hay entre nosotros, un valle de enorme profundidad nos separa. Me encuentro en un lugar peligroso de que muchos se precipitan, pues nadie es reconocido como perfecto frente a tu majestad. Yo, como hombre provisto de poca razón y falto de elocuencia, tengo la osadía de dirigirte estas palabras. Me encuentro en el peligro de precipitarme en este valle y en la cueva de este río. Señor, he venido a quitarme con mis manos la vista de mis ojos, con el fin de soportar el pudrimiento de mis miembros, la pobreza y la miseria de mi cuerpo, el cual merece esta bajeza. Pero tú, señor, nuestro refugio, piadoso, invisible e imperceptible, tú vive y reina eternamente tranquilo y en paz.

Notas Freudianas

 A lectura de Freud nos produce una impresión interesante: nos hace creer que los objetivos y los procedimientos científicos del psicólogo vienés son absurdamente fáciles. Aun más: llegamos a pensar que todo eso que él dice nosotros también habríamos podido decirlo. Y es así, sólo que en haberlo dicho él primero que nosotros, estriba el mérito que le acordamos...

Cuando hemos leído a Freud con algún defenimiento nos encontramos impregnados de su obra, reparamos en los hechos que interpreta y—en forma instintiva casi—aplicamos a la realidad sus teorías psicológicas. Si antes nos pasaron inadvertidas, siempre una equivocación, un acto fallido, cualquiera, en fin, de esos hechos que sirven a Freud de materia experimental, ya no nos volverá a suceder lo mismo. Freud estará siempre presente en un caso así, y si hemos logrado penetrar un poco en su obra, podremos aplicar su análisis y sorprender, siguiendo sus métodos, importantes secretos de la subconciencia.

No haremos esto en la ocasión presente. El objeto de estas líneas es sólo recoger algunos hechos que caen dentro de las teorías freudianas. La interpretación ofrece diversos inconvenientes de carácter casi puramente personal y por eso imperativo.

Comenzaremos por agruparlos para introducir en ellos cierto orden: los tres primeros casos son simples sustituciones de nom-

bres; el cuarto y el quinto son olvidos motivados por disgustos, y el último es una rebelión del pensamiento reprimido.

1. En una oportunidad un joven pretendiente a un puesto ministerial se presentó a hablar con el jefe de la repartición, un señor de apellido Montenegro. Llevaba una carta de presentación que el señor Montenegro leyó con detenimiento. Terminado este trámite, el Ministro le interrogó sobre sus capacidades, sobre su educación, sobre varios detalles más que eran de interés. El candidato pudo advertir que la frialdad del señor Ministro iba en aumento a medida que pasaba el tiempo y creyó conveniente retirarse.

Cuando iba por la calle, siguió pensando en el asunto y reconstruyó mentalmente algunas frases de las que le había dirigido al Ministro y observó con sorpresa que el apellido Montenegro no calzaba en el recuerdo que de ellas tenía. Después de mucho cavilar recordó que en lugar de decirle Montenegro al aludido señor, le había dicho, cuantas veces tuvo oportunidad, Negrete. En esta forma se explicó sobradamente la frialdad de su interlocutor y el fracaso subsiguiente de su gestión.

2. Un señor de edad, persona de vasta cultura, periodista de profesión, tuvo que entrevistarse en cierta circunstancia con un industrial cuyo apellido era italiano y que olvidó poco después de que se lo dijeran. Al llegar a presencia del aludido industrial hizo esfuerzos inmensos por recordar cuál era el apellido que le habían dado, y no pudo encontrarse sino con el de Colombini, que no le satisfacía, pero que le parecía ser el verdadero.

Pero no era el verdadero, pues cuando lo pronunció, su interlocutor le dijo: «Perdón. Mi apellido es Cristofanini».

La equivocación se había producido, pues, por la cercanía insoluble que presentan Cristofanini y Colombini, especie de caricatura verbal de Cristóforo Colombo, el nombre genovés de Cristóbal Colón. En una persona culta, amante de la lectura, es una equivocación lógica y perfectamente explicable.

3. En otra oportunidad conversaban dos amigos sobre algunas amistades inglesas, y uno de ellos dijo que había conocido

en Valparaíso al gerente de un Banco cuyo apellido no pudo recordar de pronto. Luego dijo que le parecía ser Morton. Esta palabra produjo alguna extrañeza en su interlocutor, quien le interrumpió y le dijo que sería Salmón. La explicación es muy fácil: hay una marca de salmón Morton, de donde partió, por contigüidad, la sustitución.

4. En una oportunidad una señora le pidió a un caballero un libro, precisamente de Freud, del cual el segundo se había expresado con entusiasmo. El día que se lo llevó trataron ambos en la conversación de un asunto penoso que dejó en el caballero una impresión de vergüenza y de desaliento. Cuando la dama se fué, el caballero siguió pensando en el asunto durante un buen rato, hasta que llegó la hora en que acostumbraba retirarse de la oficina en que se hallaba.

Entonces, guiado como de una iluminación extraña, buscó el libro y encontró que durante la conversación «alguien» que tenía que ser él o ella, lo había colocado entre unos papeles y otros libros, de modo que no se veía. La motivación de este acto está, pues, perfectamente justificada.

5. El mismo caballero tuvo que concurrir a una reunión de una sociedad a que se había incorporado poco tiempo antes. La citación se la hizo verbalmente el secretario de esa institución, quien le indicó una galería comercial en el centro, precisándole además que estaba frente a otra que atraviesa enteramente una manzana. Confiando en su memoria, y teniendo presente que el nombre dado le era familiar por algún motivo que en ese momento no se formuló, no hizo apunte alguno.

Al día siguiente buscó en vano por dos calles de las que rodean la manzana aludida la galería de su interés. Después de mucho andar pudo convencerse de que su memoria le era infiel, y no pudo concurrir a la reunión. Al día siguiente se encontró con un consocio que le echó en cara su inasistencia. Por él supo cuál era la ubicación exacta de la galería que no pudiera encontrar, a pesar de sus pesquisas.

Pensando poco más tarde en el asunto, recordó que en esa galería se encontraba la oficina de un profesional a quien, por

cierto asunto pendiente entre ambos, no habría querido ver en ningún instante. El olvido total por repulsión encuéntrase aquí perfectamente caracterizado.

6. Finalmente, un señor que tenía la misión de hacer la lista de los asistentes a un establecimiento público concurrido por la alta sociedad, puso a continuación del apellido de soltera de una señora no el de su marido sino el de su amante. Se le reprochó agriamente esta equivocación que nadie creyó inconsciente o subconsciente, pero que era, como no escapa a un lector de Freud, la simple rebelión de un pensamiento reprimido que por un instante, brevísimo sin duda, ocupó la imaginación del atareado confeccionador de la lista de asistencia.

He allí algunos casos de experiencia directa que dicen relación con las doctrinas freudianas. Muchos podrían agregarse y cada lector podría hacer a su vez una serie de los que ha conocido.

La Grúa

(RECUERDOS DEL VIEJO VALPARAISO)

I

HABÍASE reunido la pandilla en aquel hoyo negro de la vieja grúa. Después de despellejarse a la baraja, cansados ya, resolvieron encender fuego y «contar historias». En unos cuantos minutos, provistos de fósforos y virutas acumulados en «la despensa» (así llamaban pomposamente una misteriosa grieta hecha en las rocas), agrupáronse uno tras otro, dispuestos a escuchar la lectura de un folletín policial. Leíalo el Cacao con voz eufónica. Era el jefe ostensible de la golfe-ría, el más respetado a causa de su saber, pues «entendía en letras» y hasta hablaba de política con mucha prosopeya, echando pestes contra «los burgueses» y el Gobierno.

Carepalo, que servía siempre de *loro*, debido a su extrema-da flacura, había regresado de mal humor al escondrijo, pues el frío le calaba los huesos.

—Lo mejor es,—dijo el *Pelicano*, un muchacho paliducho de grandes ojos celestes—que vayamos a correrla, pa espantar el frío.

—Hagamos una vaca,—respondió sentenciosamente *Carepalo*, deseoso de calentar el cuerpo con una taza de café.

En un instante la pandilla se desbandó por los malecones.

De a uno, de a dos, se tomaban de las manos, temerosos de toparse con el sereno del Resguardo, quien, soñoliento, agazapábase bajo el aportillado zinc de su garita.

Barranca abajo caían los residuos, y el agua fangosa escurriase avergonzada por los tajos tortuosos de los abiertos cauces.

El cerro rezumaba podredumbre, y el halo gris de aquel día de Junio se cernía sobre las callejuelas del Puerto diluido en una bruma deletérea y sucia. Hedía el vaho salobre de los tambos. Por los postigos de los cuchitriles asomaban, desgredadas, fatídicas, las prostitutas de la gleba.

Erguida al aire su clásica fachada de adobes y sus postigos de fierro repujado con caprichosos arabescos de estilo moro, su escueta escalinata de piedra y el férreo portón con su farol de vidrio de varios colores, veíase la histórica *Casa del Gobernador*, llamada ahora *Posada del Arrayán*, en donde pernoctaba la estirpe de los bajos fondos: ladrones, contrabandistas, alcohólicos, golfos y piratas.

Era costumbre que el cuarto más cómodo, con ventanillo al «Callejón Largo», lejos del alcance de los policías, fuera habitado por el cliente de «más pro».

Por el momento, tal privilegio favorecía al *Colibrí*.

Reunida en la discreta penumbra del zaguán pálidamente alumbrado por chonchones a parafina, una turba pintoresca y abigarrada, digna de la paleta de Goya, urdía un dificultoso ataque.

Colibrí daba detalles prolijos, y sobre la cubierta de una mesa de pino describía las líneas sinuosas de un cróquis.

Las miradas ávidas seguían los ágiles gestos del pirata. En los muros bañados de cal, la luz amarilla del lampadario proyectaba extrañas caudas de sombra, figuras grotescas y descalabradas, agudas barbas de faunos, simiescos pómulos y garras escalofrantes por la intensa tortura de la avaricia y la lujuria.

II

Deluca atendía en la cocina a sus clientes habituales.

Retirado de la vida azarosa del contrabandista, después de reunir un regular capitalito, habíase comprado la casuca en diez mil reales, instalando en ella, junto con la guapetona de la Rosalba, una «*Casa para alojados*».

Rosalba había sido criada de hoteles de baja monta. Conocía la historia de medio Valparaíso; pues, como buena portañá, era intrusilla y amiga de lios. Alta y fornida, de senos duros y caderas sólidas, daba la impresión de la perfecta hembra chilena, la clásica china jocunda y blanda, con mucho de carne de fruta jugosa y acre. Sus ojos negros chispeaban de vicio, y su cara mofletuda y rosada teñíase de grana ante cualquier equívoco.

El antiguo contrabandista encontró en ella el mejor de los socios: económica hasta la avaricia, poseía además un don inapreciable: era algo taumaturga; de un «deca» sacaba toda una pipa. ¡Misteriosos enjuagues de la química doméstica!

Deluca pagábase con su más valiosa moneda: hartándola, en la alcoba, de placeres bestiales, y cuando no, a puñetazos, que ella recibía, cálida y arrulladora, besando los rastros de su macho con íntima y grata sumisión de perra.

Deluca quería a Rosalba. Comprábala dijes robados a bordo; llenaba su ajuar con trajes de seda, pendentifs y grandes ajorcas de plata. Era su fetiche. Por los humosos cuartos de la posada se escabullía, de aquí y de allá, ágil y avizora, la patrona, cual una grotesca diosa de rito bárbaro.

No tenía más familia que el *Pelicano*, recuerdo de una de las tantas queridas de *Deluca*, muerta de sífilis en un hospital. Pero ni se preocupaba de él. Se había desarrollado solo, siguiendo sus aventureros instintos, entregado a la vida aviesa de la granjería. En los resquicios de los cauces, en la herrumbrosa grúa abandonada, juntábase con los galopines de su laya.

Allí pasaban las horas urdiendo planes para el futuro. Carne de sanatorio y de presidio, se estremecían con morbosos espasmos ante las hazañas más en boga de los criminales del biógrafo.

Carepalo tiritaba de frío, arrimado a la lumbre.

El Pelicano, muy abiertos sus ojos azules, miraba extasiado las temblorosas llamas de la hoguera, en tanto *el Cacao* proseguía la lectura con voz clara y ademán presto.

El Pelicano amaba a sus compañeros. Precisamente venía el apodo a causa de su buen corazón reconocido. Aprovechaba descuidos de su padre, ya que no de la sagaz Rosalba, para substraer dinero, cacharros y chirimbolos, que luego dádivosamente obsequiaba a sus amigos míseros.

Pero a quien prefería era a *Carepalo*, el más urgido de auxilio a causa de su mal incurable que le vedaba correr peligrosos albuces.

Cuando le sentía toser y llenársele los ojos de lágrimas, acercábase a él, y con piedad de hermano le enjugaba los ojos, despojándose de sus ropas para abrigarle.

En aquel hoyo de la vieja grúa, entre las piezas muertas corroídas por la herrumbre, había construido para el enfermo un cuartito confortable: algunos gangochos a manera de cobertores y encima, arriba del muro de calamina, dos o tres estampas de santos.

Se sentía bien el físico allí. *El Pelicano* le llevaba comidas y sorbos de café.

En las noches frías, cuando los temporales se desataban sobre los trágicos suburbios del puerto oliente a pescado y a prostíbulo, aquel hoyo servía de albergue a la pandilla. Unos y otros comunicábanse calor. La lluvia latigüea implacable la aportillada calamina, y a veces las olas del mar golpeaban furiosas el negro esqueleto de la vieja grúa.

El Cacao seguía su relato; en tanto los otros devoraban un mendrugo o la carne salobre de un crustáceo cocido en el rescoldo.

Aquella noche se habló de la hazaña de los niños de *Colibrí*.

Se trataba de un grueso contrabando a bordo de uno de los tantos transatlánticos que arriban a la bahía.

Se alababa la pericia del *Colibrí*, perfecto estratega del delito, conocedor a maravillas del «haber» y el «debe» de cuanto hombre de negocios habitaba el puerto; reconocíase su impavidez y se admiraba a aquel pirata que con su escuálido chinchorro sabía burlar a las autoridades. El aspecto bravío, peligroso y hasta bizarro del lance, seducía a la pandilla. Recordaban nombres de personajes del cine que tuvieran puntos de contacto con sus hazañas. ¡Qué hombre!

El *Pelicano*, con sus grandes ojos celestes en éxtasis, seguía ávido el desarrollo del relato; en su mentalidad obscura, el bandido adquiriría las proporciones de un héroe, casi de un dios.

Mientras tanto, *Carepalo*, entre acceso y acceso de tos, se hacía repetir los episodios más escalofrantes, poniendo el oído atento, con intensa y ávida acuciosidad.

—Con tal,—dijo intencionadamente el *Cacao*,—que un «galgo» no los pase a los «azules» o a los «zorros»... *.

—¡Psh! Es buena gente la del lio.

El *Cacao* dobló cuidadosamente el folletín y agregó entre dientes:

—Me da aquí—señaló el corazón—que irán a parar a la «cuerera» **.

La lluvia había cesado. En la noche negra, la grúa, con su enorme cuello tendido hacia el mar, parecía un gran pájaro agorero en pleno acecho.

III

Como un gusanillo se había arrastrado a lo largo de las escaleras, temeroso de que le notaran su padre o su madrastra. Abrió con sigilo la puerta, y ya más sereno se puso a obser-

* *Galgos*: espías o *escuchas*; *azules*: guardianes o policías del orden; *Zorros*, detectives de la Sección de Seguridad.

** Cárcel.

var a su torno. Parecía un museo de antiguallas, abalorios, joyas y trajes valiosos colgando de perchas y desparramados en pintoresco desorden sobre las viejas y empolvadas mesas de arrimo. Junto a unos toscos borceguíes de Rosalba un par de botinas Luis XV, de raso blanco, protestaban de tan disonante compañía.

El *Pelicano* pensó que con cualquiera de esos objetos podría comprar remedios a su amigo enfermo, aletargado tantos angustiosos días en su pobre lecho de la hospitalaria grúa. Se acercó a una consola con objeto de apropiarse de un reloj, pero, sorprendido, oyó ruidos en el pasillo. Escondióse bajo la cama, en los precisos instantes en que su padre, de puntillas, conducía a alguien de la mano.

—Esta noche a bordo del *Zenit*,—decía a media voz el *Pe-luca*.

—¿Y lo pescaremos?

—Irá disfrazado de marinero.

—Eso no basta.

—Imposible equivocarse.

—¿Por qué?

—El Colibrí es el más alto de la banda.

El niño sintió un súbito golpe en su corazón. Avido, febril, asomó la cabeza y vió a su padre junto al jefe de los pesquistas, los odiados «zorros».

—¡Delator!— se dijo entre dientes, mordiéndose los labios de cólera y vergüenza. Luego le vió recibir un fajo de billetes. Las manos peludas del viejo semejaban dos zarpas, en tanto sus ojos de pesados párpados brillaban de codicia. Encendió un candil y fué alumbrando a su huésped a lo largo del húmedo corredor.

—Esta noche le prenderán,—pensó el *Pelicano*, estremeciéndose. Sentía angustia. Un sentimiento de fulminante odio sintió para el autor de sus días.

—¡Delator! ¡Espía!

Hizo un gesto de asco. Incluyó la cabeza y se mesó con de-

sesperación los cabellos. Temblaba. Luego, saliendo de su escondite, sin temer a que le vieran, corrió escalera abajo.

Rosalba le divisó, aunque sin sorprenderse. Aquel granuja le importaba poco. Apenas si ocupaba en su imaginación el hueco de su gata *Cora*, o el de su papagallo *Don Zoilo*.

Pelicano siguió por la quebrada hasta desembocar en el plan, junto al viejo muelle.

¿Cómo saltar a uno de los botes? Entre la bruma vagamente azul, esfumado en la lejanía, un penacho de humo gris anunciaba el pronto arribo de un barco. Tal vez fuese el *Zenit*.

Miró ansiosamente aquella leve sombra que luego diseñaba los vigorosos contornos de un buque. ¿Cómo ir?

Un policía del resguardo le tomó violentamente de un brazo, dándole un empujón.

—Un aprendiz de punga... ¡Lejos de aquí!

Pero al ver que el niño volvía a mirar con angustia, poseído de una idea fija, la lámina azul del agua, le permitió situarse junto al húmedo perfil.

La carroña humana se acumulaba en el malecón. Turbas heterogéneas apiñábanse ávidas sobre las barandas del muelle, observando con ansias el anclaje.

Un negro de Jamaica, recostado sobre el maderamen de una aportillada chalupa, su cuerpo atlético mal cubierto por los harapos, cantaba en su dialecto una isócrona canción de su lejano país. En tanto, los granujas se divertían en lanzarle cascajos, que él recibía sin inmutarse, abstraído en sus pensamientos y sus ojos imperturbables en la clara inmensidad.

Vendedores de fritangas voceaban su mercancía. Prostitutas del hampa daban codazos lascivos a los marineros ebrios. Su desnuda cascarría era apetitoso señuelo para los zánganos de aquel enorme colmenar humano. Sobre los malecones vaciaba el puerto sus pestilentes detritus. El mar, con el monótono rezongo de sus olas, parecía lanzar un formidable bostezo.

Allá lejos distinguió el *Pelicano*, zigzagueando al empuje del oleaje, el escuálido chinchorro de los piratas. Montañas cristalinas parecían sepultarlo en el fondo de las aguas coléricas;

pero luego su quilla gris saltaba airosamente a flote, y el anguloso contorno del mísero barco se dibujaba nítido a flor de espumas.

Un grupo pasó junto al granuja. Reconoció al jefe de los zorros, embutido en un grueso redingote y un jockey enorme le tapaba los ojos; los rasgos de su cara se perdían tras el humo negro de su gruesa cachimba.

—Van a prenderle, pensó, a causa de la traición de mi padre.

Le pareció esto tan ignominioso que se tapó la cara a dos manos. Tuvo la visión de que todos le miraban burlescos y con desprecio. Hasta oyó que le gritaban a la sordina: «¡Cachorro del espía!»

Un guardián le dió un puntapié: «¡quita de aquí!» Pero el niño sentía que sus piernas se helaban, enterrándose, como dos raíces, en el piso terroso y sucio.

—¿Será idiota?—se preguntó el representante de la autoridad. Lo tomó de un brazo, y cuidadosamente, como a un enfermo, lo condujo a la vereda. Allí quedó un rato atontado, indeciso, sin voluntad, como una cosa inútil y abandonada. Hubiera querido morir, solo, cual un perro. Su corazón no cesaba de golpearle. Un gringo creyóle parálítico y le dejó caer algunas monedas, al pasar; y un pastor protestante, rengo y flaco, le miró con lástima, no queriendo aplastarle bajo la suela de sus enormes zapatos con crujideras. Luego sintió que los transeúntes le insultaban, señalándole los puños. Y hasta se apartaban de él para no mancharse con su contacto.

Ya las sombras de la noche caían, espesas y trágicas. Un vejete, con muchos anillos en las manos y flores en la solapa, le tomó suavemente de los brazos:

—¿Vamos...?

El Pelicano le siguió como un sonámbulo.

IV

Había sufrido aguda y espantosa crisis. Bien arrellanado en

aquella cama lujosa y fibia, con cobertores de seda roja, sentía ahora en sus nervios grata laxitud. Requeridos por *Peluca* los servicios del curandero, había diagnosticado un caso grave de embrujamiento, para lo cual eran precisas complicadas ex-torsiones y abultados emplastos.

Pero la fiebre no cesaba. En medio de sus desatados delirios, llamaba traïdor a su padre, «vendido a los malditos zorrros».

Peluca y Rosalba que habían recibido al niño de orden del comisario, mirábanse espantados ante sus misteriosas revelaciones. Ciertos de su sigilo, atribuían a brujería su insólito conocimiento de los hechos. Y entonces, llenos de supersticiosos recelos, optaron por cuidarle trasladándole Rosalba a su cama y colmándole de falsos mimos.

Después de largos días pudo el enfermo levantarse. A pesar de todo, no se habían disipado de su memoria los recuerdos trágicos. Especialmente *Carepalo* inspirábale inquietud.

Corriendo se dirigió a la grúa, en donde halló reunidos, como otras veces, a los de la pandilla. Pero ya no leía el *Cacao* su espeluznante folletín, ni las historias de raptos y adulterios congregaban a los granujas.

En cuclillas, silenciosos, cabizbajos, hacían rueda a un pequeño y mísero catafalco: en sendas botellas, cuatro velas de sebo desparramaban débil luz amarilla sobre el enjuto cadáver de *Carepalo*. La muerte había dulcificado sus facciones: su cara plácida se inclinaba sobre un hombro, como si escuchara, todavía, las palabras de sus compañeros.

El Pelicano se arrodilló a los pies del muerto, y por largos instantes recordó su cara triste y la sonrisa de cansancio con que trataba de ocultar sus sufrimientos.

El *Cacao* extendió un lienzo: en él colocaron los huesos del físico.

En seguida, con el montoncito al hombro, rompió la marcha: en fila, todos salieron en camino al cementerio, siguiendo los senderos de la solitaria playa. El mar entonaba, con el ronco son de sus olas, el preludio de un recóndito *Requiem*. Por fin

llegaron a lo alto del cerro. Sobre las tumbas de los niños, las crucecitas semejabán alas extendidas sobre las rejas en forma de cuna.

En uno de los hoyos, ¡tan chico!, quedaron los huesos del pequeño anónimo. Luego, uno a uno, salieron en silencio.

Pelicano se allegó a sus camaradas, ansioso de consuelo. Ya en la urbe, le abandonaron, como siguiendo una consigna.

La pandilla se disolvió. Por primera vez, el Pelicano se vió solo. A pasos lentos continuó la penosa jornada, zigzagueando los oscuros recovecos, hasta llegar al malecón. Afirmóse sobre los húmedos pretiles y luego rompió en un sollozo largo e histérico.

Desde entonces vagó por la playa, presa de la angustia. Varias veces encontró a sus ex-amigos.

Una vez alguien le contó la verdad: los diarios habían publicado detalles minuciosos acerca de la captura de un bote pirata y sus tripulantes. Y a renglón seguido elogiaban la actitud del «honrado comerciante» (alias *Peluca*), quien denunció a las autoridades el plan de los contrabandistas. Citaban, en cifras, el monto de la suscripción abierta por el comercio, con el fin de premiarle. Y una sociedad de socorros mutuos había querido honrarse, nombrándolo, ipso-facto, su «miembro honorario».

La pandilla se había disuelto, perseguida por los «zorros».

Entonces abarcó el *Pelicano* todo el desprecio de sus ex-camaradas. Era «hijo de espía» y hasta él alcanzaba el ludibrio. El peso de la acusación sentíalo como un llamarazo. Su oprobio era infinito. Le parecía que su vida, como la del escuálido chinchorro, era presa del naufragio final.

Una noche helada, rielaba la luna sobre las aguas coléricas del mar.

El Pelicano había llegado hasta la vieja grúa. Aun veíanse las botellas que a manera de candelabros sirvieran para velar el cadáver.

El granuja desató una cuerda; la anudó a su cuello, y en seguida, abrazado al arco de la grúa, se encaramó a lo más alto.

Cerró los ojos y se abandonó al vacío...

Al día siguiente, «un cadáver más» se lucía sobre las mesas de mármol de la Morgue.

Se trataba de un pequeño suicida: un niño de ojos claros y celestes. Su boca contraída parecía modular una postrera súplica. ¿A quién? ¿A los hombres?

No. A los gusanos piadosos. Tal vez para que concluyeran con él lo más presto...

Fernán Silva Valdés

Los Potros

Del libro «Poemas Nativos»,
en prensa en Montevideo.



ON cuatrocientos potros
trotando, trotando, trotando.
Van como una tormenta
hecha de un trueno largo
y de una nube parda;
los cuatrocientos potros—casi todos de pelos oscuros—
van como una tormenta
con relámpagos tordillos blancos.

Jinetes en caballos ha tiempo arrocinaos;
sacudiendo los ponchos de calientes colores,
mal doblados en pliegues y colgantes del brazo,
con silbidos y voces
los troperos los van azuzando.

Así marchan los potros
trotando, trotando, trotando...
cuando encuentran un río
lo vadean a nado,

y por unos momentos solamente se ven
las cabezas ansiosas a flor de agua boyando.
Al salir a la orilla,
jadeantes y empapados,
agachan las orejas, se sacuden las crines,
relinchan unos cuantos,
y en seguida, otra vez
son cuatrocientos potros trotando, trotando, trotando.

Cuando llegue la noche, cumplida la jornada,
—previendo una posible disparada de potros—
los troperos harán cuatro fuegos bien grandes
que arderán a la vez en las puntas del campo;
luego, mientras vigile quien se quede de ronda,
hombres y animales buscarán el descanso;

y los potros salvajes dormirán sin saber
que su albedrío ha muerto, y que lo están velando!

Misión en Bolivia

Informe presentado por los señores Enrique Molina y Pedro Prado al señor Ministro de Instrucción Pública.

Santiago, 9 de Septiembre de 1925.

Señor Ministro:

Tenemos el honor de informar a US. acerca del cumplimiento de la misión que, con motivo de la celebración del primer centenario de la República de Bolivia, se sirviera confiarnos en compañía de los señores Enrique Soro, Benito Rebolledo, Carlos Mori, Alfonso Urrutia y Enrique Molina Grandi.

El encargo que llevábamos, en conformidad a las instrucciones de US., de ser portadores de un mensaje de confraternidad espiritual de parte de Chile y de estimular las relaciones correspondientes a este propósito con los elementos educacionales, intelectuales y artísticos del país hermano, se vió facilitado en su realización desde un principio por la muy cordial y hospitalaria acogida de que fuimos objeto. Nos dispensaron desde el comienzo hasta el fin de nuestra permanencia, delicadas atenciones tanto el Gobierno de la República por medio de sus órganos más autorizados como todos los elementos de la sociedad paceña.

Fueron también para nosotros de inapreciable importancia la valiosa ayuda del Ministro de Chile señor Manuel Barros Castañón y la constante cooperación que nos prestara el profesor de la Universidad de Concepción señor Samuel Zenteno Anaya.

Las distinciones que recibimos no las hemos tomado como homenaje de carácter personal sino como pruebas del agrado con que fué acogida la naturaleza de la misión que llevábamos y como consecuencia de la sincera, franca y alta estimación de que gozan los chilenos entre los elementos cultos de aquella sociedad. Numerosas declaraciones y pruebas indirectas recibimos que corroboran la interpretación que hacemos del sentir de la población cultivada de Bolivia respecto de los chilenos.

Nuestros primeros pasos fueron presentar nuestros respetos a los señores Ministros de Instrucción y de Relaciones Exteriores, y al señor Rector de la Universidad de la Paz.

El Ateneo de la Juventud, principal centro literario de la metrópoli boliviana, celebró una sesión especial en honor de la Delegación, en que se brindó a los infrascritos oportunidad de dar conferencias que versaron sobre Literatura Chilena (Prado) y sobre el progreso y el Nacionalismo en Chile y en Ibero América (Molina).

En el mismo local dió poco después el señor Enrique Soro una conferencia sobre el Arte Musical en Chile. La conferencia, muy aplaudida, fué seguida de un concierto de piano y quinteto de cuerdas en que el maestro Soro ejecutó o dirigió la ejecución de muchas de sus mejores composiciones. Fueron tocadas también algunas piezas del señor Alfonso Leng.

El más completo éxito coronó la audición del maestro Soro.

El señor Benito Rebolledo Correa llevó a cabo en los salones del Club de la Paz una exposición de los cuadros que llevaba, la que fué asimismo un pleno éxito artístico.

La actuación de los señores Soro y Rebolledo ha significado una alta valorización de la cultura artística chilena.

Los estudiantes señores Carlos Mori, Enrique Molina Grandi y Alfonso Urrutia se pusieron en contacto con sus colegas bolivianos y con las delegaciones estudiantiles argentinas y peruanas que a la sazón se encontraban en La Paz. Su acción ha sido francamente benéfica para el cultivo de los sentimientos de confraternidad ibero-americana que perseguimos.

Al mismo tiempo entrábamos todos en comunicación con

educadores, literatos y periodistas. El señor Prado les obsequió muchas de sus obras. El señor Molina algunas también. Dejamos abierto el intercambio de libros, revistas y folletos para continuarlo desde Chile.

Cuando llegaron a La Paz los libros destinados por el Ministerio para ser obsequiados a las bibliotecas principales de Bolivia nos dirigimos nuevamente al señor Ministro de Instrucción Pública para hacerle entrega personalmente de ellos, junto con una nota relativa al acta, en que expresábamos el pensamiento de US. y el sentido del obsequio.

El señor Ministro nos agradeció mucho lo que él llamó «el valioso presente» y luego ratificó en una nota sus palabras de gratitud y afecto.

Para corresponder siquiera en parte a las múltiples atenciones de que había sido objeto, la Delegación ofreció en el Club de La Paz una recepción social, que se vió honrada con la asistencia de lo más representativo de la metrópoli boliviana. Esta fué una ocasión para que en pocas palabras expresáramos una vez más el fraternal sentir de los chilenos hacia Bolivia y nuestra admiración ante sus progresos y patriotismo.

La recepción fué seguida de un banquete de cuarenta cubiertos ofrecido también por la Delegación a destacadas personalidades de la Paz.

La franca cordialidad manifestada por los bolivianos hacia los chilenos no obsta a que ellos no pierdan en ningún momento de vista su anhelo de tener un puerto en el Pacífico y a que no dejen de expresarlo con toda claridad. Como tuvimos ocasión de decirlo entre ellos más de una vez, este representa un caso curioso del estado pasional de un pueblo. Cual acontece con todos los estados pasionales, el del pueblo boliviano significa por un lado una fuerza, pero por otro es una venda que tal vez le impide tener una clara visión de sus más inmediatos intereses. Dentro de lo que nos fué dado observar en los breves días que pasamos en Bolivia, nos ha parecido que tal prioridad de atención reclamarían quizás problemas como el afianzamiento de sus instituciones políticas y cívicas, la organi-

zación de la educación pública y la educación y asimilación de su crecidísima población indígena.

La aspiración de llegar al Pacífico toma diferentes formas entre los bolivianos. Unas veces es general. Hablan de la «reivindicación», de la «reconquista» del litoral y mencionan especialmente a Antofagasta como la finalidad codiciada. Otras veces se habla simplemente de la necesidad de tener un puerto en el Pacífico. Es de advertir que la primera forma sólo llega a tomar cuerpo en personas de temperamento exaltado o que, por su situación social, carecen de la ilustración y ponderación necesarias o no están bien informadas. Sin embargo, en el testero de las clases de las escuelas públicas, los muchachos tienen divisas despertadoras como las siguientes: «Niños, no olvidemos el litoral». «Niños, reconquistemos el litoral».

Nosotros invariablemente dijimos a amigos, directores de colegios, maestros y funcionarios, que hablar de reconquista o reivindicación del litoral y con él de Antofagasta, entrañaba un error, un error grave y peligroso; que el litoral y Antofagasta por sus actuales condiciones demográficas, formaban un territorio y una ciudad netamente chilenos. Reconocimos la existencia de un problema entre Chile y Bolivia, afirmando que este no era de ninguna manera de derecho sino de psicología del pueblo boliviano. Agregamos que Chile, animado de altos propósitos de confraternidad continental y admirador del patriotismo de los hijos de Bolivia, no dejará de prestar oídos a la solución de este problema, siempre que Bolivia tienda a obtener una inteligencia directa con él.

Para continuar esta obra de acercamiento fraternal entre los dos pueblos no tenemos en primer lugar más que corroborar la conveniencia de una idea ya manifestada por US. antes de nuestra partida, a saber, la de dar facilidades a los jóvenes y niñas bolivianos que quieran venir a educarse en Chile. Estas facilidades no podrían consistir sino en becas otorgadas a los establecimientos de instrucción secundaria, comercial, especial y superior y tal vez en ventajas para hacer con descuentos los viajes de ida y vuelta dentro del país, sea por mar o por tierra.

Hablando con el señor Rector de la Universidad de la Paz sobre el particular, nos expuso que las facilidades a que acabamos de referirnos vendrían a satisfacer una mayor necesidad sobre todo dándolas en el Instituto Pedagógico, Instituto Superior de Comercio, en la Escuela de Medicina, Escuela de Ingeniería y en escuelas técnicas e industriales.

No debemos silenciar a US. que muchas personas nos dieron a conocer un estado de marcado descontento por la desorganización en que, según ellos, se encontraba la instrucción pública de Bolivia en todos sus grados.

Dada esta emergencia, los servicios que los establecimientos chilenos de educación pudieran prestar por ahora a la sociedad boliviana serían doblemente estimables.

Pero no debemos tampoco dejar de hacer presente a US, que aquellos institutos chilenos que, por su vecindad a Bolivia debieran ser los primeros en poder servirla, no están de ninguna manera en situación de hacerlo.

Nos referimos a los Liceos de Hombres y de Niñas de Antofagasta y de Iquique.

El Liceo de Hombres de Antofagasta, por el edificio que ocupa, por el mobiliario, material de enseñanza e instalaciones de que dispone, es algo inverosímilmente, imponderablemente malo, indigno de ser considerado como un plantel de educación e indigno de la progresista y adelantada ciudad donde funciona, que es la verdadera capital del norte.

Tiene una matrícula de setecientos alumnos; podría tener un mil si fuera siquiera capaz de atender a las necesidades de la ciudad y de la pampa inmediata; pero ¿cómo va a ser capaz cuando sus actuales setecientos niños están embutidos en una casa que no cuenta sino con un patio donde apenas podrán jugar desahogadamente diez?

Del Liceo de Iquique, por lo mísero, vetusto e inadecuado de su edificio e instalaciones, se podría decir también lo mismo; pero es un poco menos estrecho que el de Antofagasta.

En ambos establecimientos no hay espacio para llevar a cabo labor de extensión cultural de ninguna especie.

Los Liceos de Niñas se encuentran en mejores condiciones que los de Hombres, pero tampoco corresponden a las necesidades de las ciudades en que funcionan ni a las de la región.

Por de contado que con lo dicho no tenemos ni la más remota idea de formular cargos a las direcciones de esos establecimientos. Ellos están a cargo de pedagogos y educacionistas distinguidos que seguramente han hecho todo lo posible para mejorar el estado de cosas mencionado, pero que hasta ahora no lo han conseguido.

Tanto en Antofagasta como en Iquique urge construir amplios y adecuados edificios para las dos clases de Liceos, buenos internados para jóvenes y niñas. Así podrán cumplir con su doble misión educadora y de atracción internacional de que hemos hablado.

Se nos ocurre también que mientras no se funden en Antofagasta algunas escuelas universitarias o escuelas técnicas superiores, deberían funcionar ahí con regularidad y constancia ramas de Extensión Universitaria, mantenidas por la Universidad de Chile. De esta manera se satisfecería una necesidad espiritual de esa metrópoli y se acentuaría el servicio cultural internacional que se debe radicar en ese centro.

Fuera de lo dicho nos permitimos proponer a US. como los medios más adecuados al cultivo de esa confraternidad que con tan elevados propósitos ha tenido US. en vista:

El intercambio de profesores;

La celebración de congresos internacionales de educación; y

La celebración de congresos estudiantiles latino-americanos.

El IV Congreso de esta clase debió haberse verificado en Santiago el año 1914, pero parece postergado indefinidamente. Nada se dice acerca de su realización próxima o lejana. Es una lástima desde el punto de vista de la mutua inteligencia internacional de que hablamos. En ellos se congregan las juventudes estudiosas de los diferentes países del continente. Ahí se tratan y se conocen los que van a formar más tarde seguramente la flor intelectual de la raza, los dirigentes de cada país; se aprecian mutuamente y, entrando en la vida pública con este

sedimento de afectos, contribuirán a resolver, sin duda, como gobernantes y diplomáticos, los más ásperos problemas lejos de los egoísmos exclusivamente nacionales, en sentidos favorables a los más nobles dictados de la solidaridad.

En la esperanza de haber desempeñado de la manera menos imperfecta posible la comisión con que nos honrara, y por la cual le reiteramos nuestros agradecimientos, nos es grato suscribirnos de US. como sus almos. y obsecuentes servidores. —

Pedro Prado. — Enrique Molina.

La locura de Ernesto

CUANDO ERNESTO ERA PEQUEÑO

CUANDO Ernesto era pequeño, su padre lo llevaba todos los Domingos a visitar a su madre que vivía recluida en el Manicomio de las monjas francesas. El Manicomio se hallaba en el campo y el viaje se hacía en coche. Ernesto—muchacho de la ciudad criado en una grave casa de médico, al cuidado de una de esas institutrices que no le enseñan al niño las historias del cielo o de las hadas para que se le forme desde temprano un cerebro sólido y no sueñe con los fantasmas—se entusiasmaba con los árboles y los verdes parajes del camino: con el galope que llevaba el coche a través de la fácil carretera; con los chalets de techos rojos que iban apareciendo como incrustados en las colinas o entre lindos bosquecillos de araucarias y magnolios. Los ojos de Ernesto veían cosas nuevas y distintas a las de su casa: a aquel salón de la consulta llenos de instrumentos médicos, de donde venían a veces quejas y gritos de los enfermos; y los pasos presurosos y los ojos atónitos de la enfermera infundían la alarma. Todo resplandecía ahora con la luz alegre del Domingo; en la cancha de una quinta rubias muchachas jugaban al tennis, pasaban animados coches de excursionistas que aprovechaban la soledad para cantar, para gritar a coro. Ernesto sentía ganas de averiguar sobre todas las cosas nuevas y extrañas que veía; miraba

a su padre sumido en el centro del coche, grave, silencioso, con su barba negra que entre el rostro pálido le comunicaba cierto aspecto de enfermedad y abandono.

Y no se atrevía a hablar. Su padre le inspiraba el temor de todos los hombres silenciosos. El hábito de verlo en la clínica como deslizándose a través de las salas de consulta: en el laboratorio horas enteras ensimismado en sus preparaciones, le hacían tener de su padre una visión fantasmagórica como si fuera un personaje de esos cuentos medrosos—que burlando la vigilancia de la institutriz había escuchado de labios de los criados. Nunca podría saber lo que su padre pensaba. Imaginaba a su padre como a un ser muy importante a quien mucha gente buscaba y que debía ser dueño de alguna ciencia oculta o de un secreto maravilloso. La gente reconocía esa superioridad cuando al verlo se tocaban el sombrero y le decían: señor Doctor. Pero Ernesto hubiera deseado que su padre fuera más accesible y familiar, semejante a otros padres que él había visto y que no debían valer tanto; semejante al padre de su vecino Paquito que todas las tardes paseaba con éste, y regresaban conversando por la calle como dos camaradas. En las caricias—en las raras caricias de su padre—notaba Ernesto que no había alegría: y le ponía la mano en la cabeza o le besaba la frente como para protegerlo de algún peligro. Los besos que se dan a las personas que ya han muerto pensaba Ernesto que serían así de tristes. Y su mente infantil intentaba explicarse el sentido de aquella frase que su padre usaba a menudo: ¡Pobre hijo mío!

Pobre, ¿por qué? Si a Ernesto lo pasearan como a los otros niños: tuviera un padre alegre como el de Paquito; le dejaran oír a gusto todas las historias maravillosas que cuentan los criados, satisficieran su curiosidad de ver y conocer todas las cosas bonitas, se sentiría contento.

Pero algo raro que no podía precisar lo separaba del mundo, de lo que podía ser el mundo para un muchacho de nueve años. Aquel gesto de piedad o de pena con que su padre lo acariciaba, también lo había visto en otras personas. Y cuando todo

reía: los árboles estaban verdes, en los jardines jugaban los niños y por la calle pasó la música del circo, Ernesto escuchaba la frase desoladora:

—¡Pobre hijo mío!

Ya se había acostumbrado y no le producía asombro el Manicomio. Su madre estaba en el pabellón de los enfermos tranquilos y casi entretenía a Ernesto el paseo por aquellos corredores donde los locos con sus gruesas blusas de cotona, tendidos en las sillas de brazos tomando el sol, se ocupaban en tareas simples e ilógicas como juegos de niños. Uno dibujaba en un papel las figuras más inverosímiles; una mujer intentaba sujetarse los pocos cabellos de su rapada cabellera con papeletitos de color que untaba en saliva; otro pretendía ser el Coronel de un extraño regimiento de locos que escuchaban atónitos sus órdenes militares. Recorría nerviosamente—como un jefe que inspecciona su tropa—un ala del corredor: los locos estaban sentados como soldados que esperan órdenes; él se cuadraba en medio, se atusaba los bigotes, se llevaba la mano a la cabeza como para tocar una visera imaginaria y lanzaba ante la indiferencia de los locos las voces de mando:

—Alto. Frente.

—Alaiz... Aladé... March...

Entre los locos había un joven rubio, pálido, como de veinticinco años, que se prestaba a ser el Ayudante de campo del extraño Coronel. Diríase que su debilidad buscaba amparo junto a aquel hombre velludo, fuerte, de voz marcial que era el otro loco. Paseaban juntos por el largo corredor como dos soldados que tienen que contarse la vida del cuartel y las peripecias de la campaña. Y era como una especie de intermediario entre el «Coronel» y su tropa. A veces cuando el «Coronel» no estaba presente se deslizaba entre las filas de locos y en voz baja, como contando un secreto o dando un consejo, les decía frases como estas:

—Hoy pasará revista el Coronel.

—Estad listos porque salimos para N.

—Sargento López: comparezca esta noche a la Comandancia.

A una de las monjas. a la buena y gorda Madre Soledad, la llamaba la Cantinera de la V Compañía. Y la madre Soledad se persignaba asustada, porque la idea de la cantina trae consigo otras malas ideas.

En el fondo del corredor, desdeñosa de la compañía de los demás locos estaba la madre de Ernesto. Su idea fija de entonces era que le iba a nacer un hijo y la sugestión le hacía sentir los dolores y las náuseas del embarazo. Negábase a comer algunos alimentos porque le harían daño a la criatura, y no quería moverse del mecedor temerosa de una caída. El patio se le antojaba lleno de escalones donde tropezaría: bordaba la canastilla del hijo en cuyas camisas—las camisas más disparatadas que cabe imaginar—había marcado con hilo rojo el nombre que tendría el pequeño. Era uno de esos nombres extraños leídos en las novelas—Agenor, Gualterio—desfigurados por la reminiscencia y aumentados o recortados de sílabas. La suelta imaginación de los locos forma así palabras: personaliza con ellas seres imaginarios y las repite insistentemente como palabras de cábala. La llegada de su marido era para ella la del médico que la venía asistir, y sin poder reanimar en aquel cuerpo amado ningún recuerdo, el padre de Ernesto sometíase a la tortura de ser el personaje de una dolorosa comedia. En vano él le mostraba a Ernesto que todo agazapado y medroso escuchaba el diálogo sentado en las saldas de una enfermera; le hablaba de la casa, de cómo progresaba Ernesto; intentaba descender en aquella mente oscurecida el velo de un recuerdo. Ella no recordaba ni comprendía nada. Escuchaba las palabras de su marido como si fueran dichas en un idioma distinto. Para ella el «hijo», era el que iba a nacer; el que esperaban sus anhelosas entrañas. Y con la incoherencia de los locos pedía al médico—al médico que venía a asistirle—más hilo para la interminable canastilla...

Al volver a la ciudad ya había cambiado el luminoso paisaje matinal que tanto alegraba a Ernesto. Oscurecía, y las sombras del atardecer vestían las cosas de meditación y fatiga. Los árboles parecían reposar: y de la floresta venía la música desacompasada y monótona de los grillos. Los paseantes que regresaban de su paseo al campo ya no cantaban las jubilosas canciones de la mañana: habían bailado, bebido o comido en abundancia: ahora se sentían tristes, el crepúsculo les hacía recordar y de los coches salían canciones melancólicas, con largas pausas entre las estrofas, que se perdían dolientemente entre los sauces oscuros.

Ernesto miraba a su padre y ahora que nada luminoso ni alegre le distraía podía mirarlo mejor. Ya no eran un enigma para él el rostro pálido ni el carácter de su padre. Coordinaba hechos, conversaciones oídas a los criados y a las personas extrañas; las relacionaba con lo que había visto, y todo lo comprendía.

En la noche medrosa en que las almas se buscan para acompañarse en la soledad, se entienden mejor los hechos pasados, se teme al porvenir incierto y oscuro como la noche, ¡cómo tenía sentido la frase con que su padre le acariciaba!

—Pobre hijo mío...

EL ÚLTIMO JUGUETE

En aquella edad, entre los trece y los catorce años, Ernesto se presentó ante nosotros con su último juguete. Era un violín cuidadosamente guardado en su caja pulimentada, al que no le faltaba ni la barrita de pez griega para frotar las cerdas del arco. Todos nosotros habíamos tenido diversos juguetes: taller-citos de ebanistería ante los que pensamos dedicarnos a las artes manuales; imprentitas de mano con las que quisimos editar un minúsculo periódico, ferrocarriles que andaban por entre una complicada red de rieles de hojalata y ascendían por frágiles viaductos que ponían a prueba nuestro ingenio y nuestra pericia mecánica. Así cada juguete despertaba en nosotros una afición

nueva: nos ponía en contacto con nuevas formas de la vida; tomábamos en serio nuestra flamante profesión que a los ocho días era sustituida por otra. Y en una vieja alacena de la casa se iban almacenando la bicicleta rota, y el convoy con las ruedas torcidas, y aquel inocente oso al que el hermanito menor le había sacado los ojos. Variables como el mundo odiábamos hoy lo que amamos ayer, y no existía un objeto suficientemente hermoso y suficientemente interesante que mantuviera nuestra curiosidad todo el tiempo. Destruíamos para conocer aquel mundo escondido que alimenta las cuerdas de los juguetes: el casquillo de imán que movía las figuras y aquel botoncito mágico que al oprimirse hacía parpadear a la muñeca como a una niña viva. Nos decían salvajes, y vándalos, y aficionados a destruir, y no comprendían que un instinto más alto—el de conocer y comprender todo—era el que ya obraba en nosotros. La tentación del árbol de la ciencia, por la que abandonaríamos la inconsciente felicidad y la ignorante llenura de todos los paraísos.

Así el violín de Ernesto sería un juguete más condenado a olvidarse y a perecer como la bicicleta, la imprenta y el álbum de estampillas. Nos daba ya lástima por la hermosa caja que dentro de unos días veríamos con las bisagras desprendidas: por el fino arco que pronto estaría roto y por el noble violín que de tan alta calidad acaso descendería a villano tambor de alguna exaltada e impía turba infantil.

Pero Ernesto mostraba por su violín un interés que no estábamos acostumbrados a verle por ningún otro juguete. Ernesto había sido hasta entonces uno de esos muchachos sobre quienes es imposible vaticinar su destino. Le llamábamos el muchacho sonámbulo porque siempre asistía a nuestros juegos como distraído y soñoliento: nada parecía interesarle. Cuando se discutía acaloradamente acerca de la última partida de barra o de balón, él estaba silencioso sin definir sus simpatías por ningún grupo. No tuviera unos dulces ojos azules ni inspirara la piedad de su madre enferma y reclusa por siempre en un manicomio, y ya nuestra violencia hubiera estallado contra aquel niño tímido que siempre parecía escuchar y no decía nada. En las clases

no descollaba: su pequeña figura se perdía entre la larga hilera de bancos en que se sientan tantos alumnos mediocres y vestidos de un mismo modo. Apenas su voz se notaba cuando al pasar lista, se ponía de pie, se quitaba la gorra y respondía pre-sen-te.

Ahora aquel violín que le veíamos a todas horas, que trataba con tanto cuidado, nos hacía pensar si en vez de su último juguete no sería su primer objeto serio.

Y parecía que todos nosotros estuviéramos esperando o presintiendo algo tan maravilloso como el violín de Ernesto. Porque con la edad—dije que estábamos entre los trece y los catorce años—nos habían venido pensamientos y deseos extraños: ya no nos bastaba el juego de barra y soñábamos con cosas tan imposibles como escribir una novela, explorar algunas islas desiertas que debe haber en el Océano Pacífico o enamorarnos de María Beatriz, la muchacha más linda del pueblo a quien veíamos los Domingos en misa de once. Este último era el deseo más unánime. Tenía varios adoradores que se miraban entre sí como fieras. En los folletines franceses habíamos aprendido el significado de la palabra «rival» y nosotros éramos «rivales». Es una palabra que trae siempre la idea de duelos y matanzas o cuando menos de puñetazos. ¡Qué cosa más seria y más notable tener un rival! No se puede salir a la calle a ciertas horas: hay que andar con precaución; se nos espía y es preciso resolver este grave problema económico de comprar una pistola. Mutuamente y valiéndonos de terceros averiguamos lo que cada uno hace: sabemos que Francisco se ha hecho amigo de Lucila para acercarse por intermedio de ésta a María Beatriz; Carlos posee un ejemplar del «Lenguaje de las Flores», que es indispensable a los enamorados; Felipe intenta hacer versos. Felipe que hasta ayer era un fornido muchacho criado en una hacienda, fuerte para el trapezio y el balón, rehacio a la Ortografía, cerrado a la Gramática; ¡escribiendo versos! Diríase un elefante bailando cuadrilla. Tales burlas gastan el amor y la alocada adolescencia.

Estas cosas vagas tuvieron su idioma en el violín de Ernesto

quien recogía para nosotros las músicas que andan por la calle: los románticos y lentos valeses «Tesoro Mío», «Danubio Azul», que finas señoritas tocan al piano en las casas burguesas; o simples juegos de cuerdas desprovistos de toda lógica y engarce musical, vagos e inasibles. Combinaciones que se forman por acaso: sólo se oyen una vez y traducen un estado de alma; salen del fondo de la caja tan naturalmente como un suspiro o una carcajada. Y a veces el violín parece que nos hiciera cosquillas. O bajo el arco torpe que tropieza es un viejo caduco y friolento que está estornudando. O las cuerdas desafinadas producen un ruido semejante al cigarrón con que espantábamos a don Buenaventura, el viejo bedel del colegio:

Rum... rum...

Como un maestro, Ernesto está en medio de los muchachos atónitos. De tiempo en tiempo siente la necesidad de descansar: el arco está muy duro, es preciso ablandarlo, frota las cerdas con la providencial barrita de pez griega que lleva en los bolsillos.

El patio de juegos está casi solitario. Hemos emigrado las personas serias, las que constituíamos la «Liga de Deportes», y ahora nos dedicamos al arte; y sólo se ven pequeños grupos de mocosos, de entremetidos mocosos de los cursos inferiores, que quieren remedar impotentemente nuestras «barras» y nuestros «balones».

EN LA ROJA ADOLESCENCIA

En la roja adolescencia los muchachos que habíamos salido del colegio, nos reuníamos todas las noches en la plaza, a comunicarnos los inauditos descubrimientos que hacíamos en el arte y en la vida. Ya se nos presentaba la Vida como una doncella hermosa y ardiente: ya se abrían nuestros sentidos para gustarla y caminábamos ahora como por un mundo maravilloso de sensaciones e ideas desconocidas. Abrazábamos en una misma pasión a la virgen y a la prostituta: todas eran formas, bellas y ágiles formas que resplandecían bajo el sol; del árbol

de la vida como de un encantado árbol de las Mil y una noches pendían frutos de todos colores y nos nacían sentidos nuevos, habilidades insospechadas, ambiciones tan bastas que nos ahogaban. Era estrecho el cuerpo para soportar tanta fuerza: diríase que se había perdido el fuego del mundo y nosotros lo llevábamos. Eran los adolescentes confiados y audaces que iban a incendiar el mundo.

Nos internábamos en la selva confusa de las literaturas exóticas: tratábamos de tú a los genios; tirábamos de la barba a los viejos maestros y en todo quedaba el desorden de un campo devastado. Anduvimos siglos en un día. Como Fausto—pero con más razón que Fausto porque estábamos jóvenes—pedíamos la vida, la vida total: la que rueda en este presente vertiginoso y la que hincha los vientres del porvenir. Eran como un delirio, como una orgía de locos aquellas conversaciones en que se habla de todo y febrilmente. Los primeros cigarrillos nos excitan; tropiezan en nuestra boca los proyectos, vamos de la Historia Universal al Arte Moderno y del Arte Moderno a los ojos grandes y a la cintura cimbreante y a todas las delicias que ondulan y se quiebran en el cuerpo de aquella muchacha que nos mira desde un balcón. Somos ángeles y demonios: los sueños nos suspenden hasta sitios tan altos donde ya sólo reinan la pureza y la paz: es el espíritu espiritualizado; la llama desprendida del vaso, pero caímos pronto porque nos provocó el racimo de uvas que comía el sátiro; por sus barbas chorreaba la miel; en su flauta cantaba turbadoras canciones y en los hombros le quedó engarzado un oloroso cabello de mujer.

Cada quien contaba sus visiones y hasta sus alucinaciones: y lo raro, lo extraordinario, la constante disposición de la aventura era allí lo normal. También en nuestro grupo se detenía Ernesto, pero este muchacho crecido solo, de labios pálidos para gustar los rojos frutos del mundo, ya tenía su vida interior nebulosa, donde nos extraviaríamos como en un paisaje de invierno. Diríase que la vida, la vida que a nosotros nos enardecía y nos hacía andar, a él lo hubiera fulminado y lo dejara como el que cayó con el cuerpo rendido, la barba restregándose en

el polvo y los grandes ojos abiertos sobre el camino. Ahora inclinaba más los oídos para escuchar las músicas misteriosas que le venían del fondo de la tierra, y todo su cuerpo se movía como balanceado y doblegado de música. ¡Qué conversaciones más extrañas! Usaba un lenguaje que parecía haberlo aprendido en los cuentistas medrosos, en los fantasmagóricos románticos del siglo pasado. Como en ellos las cosas tenían espíritu: vivían una vida aparte de los seres; una sutileza enfermiza le hacía descubrir afinidades y correspondencias entre los objetos más diversos. Para nosotros, muchachos más sensuales, más apegados a la realidad, esta actitud de Ernesto nos parecía el efecto de una temprana y confusa saturación literaria, de una contemplación exagerada o cualquiera de esas perturbaciones que producen en el adolescente el excesivo estudio, la falta de ejercicios o la castidad que se rebela. Le mirábamos con esa piedad que inspiran los niños precoces o las personas turbadas. Alguno le preguntaba por qué estaba tan pálido. Y queríamos leer en su rostro el proceso de algo que venía fatal como la muerte, regular e implacable como la vida.

Cuando fuimos a realizar esos proyectos de la adolescencia—fundar un grupo, propagar una teoría—alguien habló de Ernesto. Se le reconocían grandes cualidades. Pero otro dijo como si leyera en el porvenir:

—Acaso Ernesto no pueda.

Y todos quedamos pensativos.

LA LOCURA DE ERNESTO

Se me esclarece ahora la locura de Ernesto. De pronto, como si temiera que ya le llegara y lo iba a sorprender delante de nosotros y a darnos el espectáculo de su vencimiento, proyectó un viaje y fué uno de los pocos proyectos que realizó este espíritu tornadizo. Mucho nos preocupaban entonces nuestros asuntos: nuestros estudios universitarios, la fundación de un periódico que iba a ser órgano del grupo y la conclusión de la novela de Francisco en que estaban concretados los sueños

y aspiraciones de nuestra generación, para darle toda la importancia que merecía, al viaje de Ernesto. Así, hubo pocos compañeros en la Estación el día de la partida, y éstos en vez de interesarse por su salud le hacían excéntricas recomendaciones.

Más que Ernesto mismo nos interesaba en ese momento lo que Ernesto iba a ver. Le comprometíamos a escribirnos, a contarnos todo. Resignábamos en él todos nuestros sueños y ambiciones que no podía viajar.

Ernesto vacilaba como aquel en que se pusieron muchas esperanzas y no puede cumplirlas. A todos nuestros encargos respondía con un «sí» débil. Pero esto no lo notábamos nosotros entonces. Ernesto siempre tuvo este temperamento apagado. Difería tanto de los otros muchachos bulliciosos. Hablaba por su violín. Y cuando no hablaba, parecía estar recogiendo músicas que sólo a él eran perceptibles.

Precisamente—pensábamos nosotros—a Ernesto le convenía el viaje. Su talento pecaba por timidez. Era de esas personas que necesitan esperar que otras las revelen. Europa le enseñaría a valerse por sí mismo, a ser audaz. Y el tiempo nos devolvería un Ernesto hecho hombre, con la cara tostada por la nieve de otros inviernos, con la frente y los ojos serenos del que encontró para su vida los pensamientos definitivos.

Entre buenos votos de éxitos y triunfos le dejamos en aquel tren como quien abandona una cosa al destino. Quien sabe cómo le irá. Los días obrarán por sí mismos y lo llevarán al través de verdes campiñas o de túneles negros.

Pero no se lanza un inexperto muchacho al tumulto de la gran ciudad. Allí le harán falta los familiares cuidados que hasta ahora han conseguido que se mantenga como una planta demasiado inerte: han alejado los gérmenes morbosos, lo rodeaban y defendían contra las sombras. Cuidados que van desde la compostura de una camisa hasta la cariñosa reconvención la noche que llegó tarde. En la ciudad lejana se le ofrece libre y

a sus anchas el reino de los sueños. Puede pensar lo que se le antoje. Realizar los proyectos más absurdos. Perderse una semana del hotel y aparecer una noche con el rostro pálido, el traje ajado, los pasos inciertos, como si viniera de algún grave suceso. Seguir a una mujer—a una misteriosa mujer—al través de confusas callejas donde viven gentes de mala vida, aventureros y apaches: leyó la novela romántica que todo hombre sueña en los ojos de aquella mujer; le interesó por algún detalle de su cuerpo—por el kool que llevaba en los ojos, porque se parecía a una pintura antigua, porque le sugería qué de cosas alucinantes,—y se entregó a una pasión disparatada y febril por aquella mujer. Nos escribía largas cartas deshilvanadas en que latía la enfermiza pasión de los alucinados y los insomnes: la angustia de una fría noche de invierno en que se regresó tarde a la casa; se bebió te en abundancia, se reanimó la yerla voluntad con un vaso de aguardiente, se le preguntó una dirección al vigilante nocturno que velaba junto al fuego; se entró a un cabaret delirante a esa hora de la madrugada; sin saber qué hacer, sin voluntad para hacer regresó a la casa y se puso a escribir. En la mañana, cuando la criada entraba el café, estaba calenturiento. Dormía toda la mañana. ¡Qué extraño el despertar a medio día con la cabeza pesada y los ojos encendidos: ante las personas y las cosas tan animadas a esa hora; la gente que almuerza y habla en el comedor y lee los periódicos, el bullicio que hay en la calle, los grandes sucesos del día que vocean los vendedores de periódicos. Se es un ser bajado de la Luna.

A veces una luz de esperanza, un sueño de vida tranquila, de arte puro y casto como el de un monje contemplativo de la Edad Media animaba sus cartas: «Vive en este hotel una dulce muchacha que me estimula como una hermana. Ante ella todas mis malas pasiones se encauzan y me dan ganas de trabajar, y constituye mi ideal artístico, no nuestro tempestuoso y sombrío arte moderno, sino el de los sencillos maestros cantores de la vieja ciudad de Nüremberg. Sería un vecino que pagaba la contribución; tendría mi taller en los portales, cerca de una iglesia

y habría compuesto en mis ratos de ocio una misa para que se ejecutara el día de mi entierro. También un lied que tenía como tema «la rosa y el caballero».

Pero eran efímeras sugerencias de un momento estos buenos deseos. Y volvía la lucha del alma rendida, desesperada y jadeante contra el destino.

Es domingo. Ha vuelto a la casa de locos. También en este manicomio de una ciudad extranjera los locos se agruparán en pabellones. Y habrá un «Coronel» que pasará revista a su regimiento de hombres rasurados, que toman el sol tendidos en las sillas de brazos. Llevan camisas largas como los niños, sólo que más fuertes. Hacen muecas como los niños. A veces se quedan dormidos y sólo los pasos de un loco, del «Coronel» resuenan en el corredor. El «Coronel» no duerme. Como buen soldado hace guardia. Otra vez una monja gorda, la madre Soledad, la «Cantiner» —como la llama el Coronel— pasa rozando sobre el pavimento sus hábitos almidonados. Cada hora suena una campana.

Él es un loco tranquilo. Le basta su papel de música fijo sobre los ojos. Su imaginación llena de notas los pentágramas vacíos. Silba muy quedo. Antes le prestaban un violín, pero los locos se congregaban a su lado: reían, gritaban, y uno se abalanzó a quitárselo y a blandirlo contra la cabeza de otro. Desde entonces —¡se aprende tanto en estas casas!— él aprendió a simular un violín con los brazos; el derecho es el arco, el izquierdo la caja. Contra su camisa frota la mano derecha como para ablandarla con pez. Y tiene sus conciertos largos, insistentes, de toda la tarde, hasta que oscurece y una gran sombra se acuesta en el centro del patio y se empiezan a cerrar unas puertas y a abrir otras; y la madre Soledad pasa haciendo tintinear su mazo de llaves y viene el olor de la comida, y las celdas cerradas toda la tarde se han abierto, y se han precipitado so-

bre el corredor e invitan hondas, frescas, oscuras como nichos. La noche es pacífica en esta casa tan grande, lejos de la ciudad. A veces un grito de mujer que recorrió desgarrado los pasadizos oscuros. Pero ya viene la enfermera con la medicina bromurada. Se enciende una luz, se apaga. Después el silencio. El ruido de la brisa entre los árboles, la delgada respiración de la noche.

Hombres, ideas y libros

Don Benjamín Vicuña Mackenna

SU VIDA, SUS ESCRITOS Y SU TIEMPO (1831-1886) POR RICARDO DONOSO. SANTIAGO DE CHILE.

DON Ricardo Donoso nos ha dado del gran hombre público de la segunda mitad de la pasada centuria una voluminosa historia y a la par llena de interés y saludables enseñanzas.

Arduo trabajo de investigación ha sido el del señor Donoso. Ha estudiado minuciosamente, escrupulosamente, la vastísima bibliografía de su héroe y casi todo lo escrito con relación a él. El señor Donoso nos presenta al final de la obra un cuadro completo de esa bibliografía, dividida en lo que podríamos llamar obras mayores y obras periodísticas. La enumeración de la primera comprende ciento noventa títulos y abarca veinticinco páginas del libro. La de las segundas se dilata en más de cien páginas.

Sin duda el señor Vicuña Mackenna fué un benedictino para el trabajo y su historiador ha debido serlo relativamente también para estar a la altura de su héroe. Así el señor Donoso ha seguido paso a paso la vida del señor Vicuña Mackenna a través de sus numerosas páginas de memorias, diarios de viajes, impresiones, informes, historias y polémicas.

¡Qué noble vida es la de Vicuña Mackenna y cómo ha sido conveniente presentarla a la vista de los chilenos y aún de los americanos en toda la riqueza de su generoso dinamismo!

Vida múltiple, de actividad infatigable y de fecundidad asombrosa. Siempre vemos al señor Vicuña conducirse como un patriota en el más elevado sentido de la palabra. Siempre desinteresado y casi siempre pobre. Enamorado del ideal sin desfallecimientos ni recriminaciones abúlicas, lucha por todo lo que considera encaminado al progreso y a la libertad. Las intranquencias del clero y de la Iglesia le sublevan, y defiende la libertad de cultos. Defiende y practica la libertad de pensamiento y de expresión: cinco o más veces es acusado ante jurados de imprenta por las audacias de su pluma. Fueron a este respecto famosas sus polémicas con don Antonio José de Yrisarri, don Manuel Bilbao y don Francisco de Paula Rodríguez Velasco. Las acusaciones de este último fueron provocadas por los juicios que formulara Vicuña, adversos al tan zarandeado ministro de O'Higgins, Rodríguez Aldea. Dos o más veces es arrastrado a la cárcel y sufre en duros calabozos por haber sabido defender públicamente la necesidad de las reformas constitucionales y por haber reclamado el respeto a las garantías de que debe gozar todo ciudadano en un estado democrático. Por razones análogas padeció también deportaciones. Se comprueba una vez más que la cárcel y el destierro no envuelven nada de afrentoso cuando los impone la tiranía que teme a los defensores del derecho.

Viajero acucioso y observador, recorrió Vicuña Mackenna detenidamente tres veces los principales países europeos, estuvo dos veces en los Estados Unidos, vivió en el Perú y en la Argentina. En numerosos libros ha dejado consignados sus estudios e impresiones. ¡Y cuánto más escribió! Cabría preguntarse sobre qué no escribió el señor Vicuña Mackenna. Tal vez sólo no tocó con su curiosa pluma los problemas de la teología y de la metafísica. Casi de todas las demás materias que pueden interesar al espíritu humano se encuentran huellas en su copiosa bibliografía. Fué ante todo el historiador entusiasta, casi lírico, y, por lo mismo poco crítico, de nuestra vida nacional desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico. Fué el biógrafo de innumerables personajes, que, dado su tem-

peramento, los hacía objeto de verdaderos panegíricos. Fué el cronista lleno de arte de Santiago y Valparaíso. Escribió además sobre agricultura, minería, climatología, geografía, inmigración, derecho, educación pública, política, problemas internacionales. A veces trabajaba veinte horas diarias. Con razón decía: «la vida es una faena».

Fué un gran intendente de Santiago. A él se debe, entre otras cosas, la maravillosa transformación del Santa Lucía. La concepción de ese paseo tiene todos los realces de una verdadera creación poética, «El señor Vicuña Mackenna, decía *El Ferrocarril*, ha traído a la administración local una actividad que levanta asombros, pues raya en maravilla. Ha hecho de su gabinete de intendente una verdadera tienda de campaña. Ahí se saluda a la aurora y se está en el trabajo hasta la media noche».

Análoga actividad entusiasta e incansable gastó en sus campañas de candidato a la presidencia de la República y desde los bancos de diputado y senador que ocupó varias veces.

La vida del señor Vicuña Mackenna ha sido ejemplar, noble paradigma de demócratas y aristócratas.

El señor Donoso, al historiar la vida del señor Vicuña Mackenna, ha hecho obra de ciencia histórica, de justicia y de cultura cívica. Don Benjamín Vicuña Mackenna no ha sido hasta ahora bien conocido de los chilenos. Sus libros apenas se leen. No es sólo el cantor de las glorias del ejército como se halla grabado en alguno de sus monumentos. Es mucho más que esto. Es un espíritu sano, recto, luchador, patriota en el más eficiente sentido de la palabra, y siempre bien inspirado.

El señor Donoso ha sabido presentar a su héroe en toda la amplitud de su magnífica y fecunda actividad. El señor Donoso quiere a su héroe y esto es esencial en trabajos de esta naturaleza. Sin embargo, no le escatima las censuras cuando las merece, por ejemplo cuando critica la falta de solidez de algunas de las obras históricas del señor Vicuña, que tenía el defecto de dejarse arrebatar demasiado fácilmente por el entusiasmo, la

verbosidad, y de no prestar mucha atención a las exigencias de los métodos científicos de la historia.

La narración del señor Donoso es interesante y animada. A veces se resiente de exceso de detalles. Tal vez no ha habido para qué, pongo por caso, ir dando el nombre de cada hotel en que el señor Vicuña se iba alojando en los pueblos europeos.

La descripción parece así casi un itinerario,

En este como en otros puntos, el señor Donoso podría haber aplicado un poco más los procedimientos sintéticos.

De todas maneras el señor Donoso ha prestado un inmenso servicio a nuestra colectividad, tanto desde el punto de vista de su historiografía y de sus letras como asimismo por lo que se refiere a su cultura cívica.

E. M.

Grieg

(Conferencia leída en el Festival Grieg, el Lunes 3 de Agosto en el Teatro Imperio.)

 O no voy a hacer aquí una biografía. La creo inútil y un tanto fastidiosa. Rara vez los detalles corrientes de la vida de un grande hombre adquieren esa transcendencia que el mundo busca y cree debe encontrar por el hecho de haber sido ejecutados por un hombre superior. La manera de vivir, las costumbres, los entretenimientos de los sabios y de los genios, suelen no ofrecer nada de particular ni de interesante. La señora de una eminencia musical o intelectual es a veces en su vulgaridad tan parecida con la señora de un simple hijo de vecino, como una gota de agua a otra gota. Así, por un D'Annunzio o un Oscar Wilde, hay miles de notabilidades que sólo interesan a través de su obra.

Ahora bien: la vida de Grieg es sencilla, sencillísima y su espíritu tan sencillo como su vida es difícil de definirlo literariamente. Wagner en su inquietud de semi-dios; Schuman, Beethoven, Chopin, con su melancolía enfermiza, son caracteres firmemente delineados; sobre todo el primero, que es como algo grabado en piedra. De Grieg sé que sólo podría coger y representar su espíritu, dando esa nota de poesía casi subjetiva que constituye su amor a la naturaleza, envuelto en el más profundo sentido de la armonía.

Grieg ha tenido la maravillosa cualidad de que siendo universal es genuinamente local. Ningún otro como él, ha dicho un escritor, «ha sabido evocar la Noruega a nuestros oídos».

Grieg es el espíritu mismo de sus tierras, de sus lagos, de sus fiords. Ningún otro marco le habría servido. Él lo ha dicho: «yo no soy un exponente de la música escandinava, sino únicamente de la música noruega». Tal vez sintió la influencia de otros músicos, cual todos la han sentido, unos más otros menos; así, por ejemplo, el concierto en *la menor* que compuso en Roma, los críticos están acordes en que está inspirado por Schumann; pero en su esencia Grieg es profundamente original.

Los primeros que lo tacharon de tal fueron los propios noruegos. Es sabido que Grieg fué un innovador. Junto con Kjerulf y con el violinista Ole Bull luchó por imponer a los suyos su nuevo concepto de la música, lucha en la que se unieron, extendiéndola a todas las artes, Nordraak, al que Grieg dedicó una marcha fúnebre que es una de las creaciones más admirables de su genio; Magdalena Thoresen, el poeta Vinji y los dos dramaturgos Björnson e Ibsen.

Este luchar empezó con su juventud, la que antes no había tenido más incidentes que su ida desde Bergen, su ciudad natal, al Conservatorio de Leipzig en 1858. donde su naturaleza independiente se acomodó mal con el espíritu de éste, el que, como dice un comentador de Grieg, era como todos los Conservatorios del mundo. Parece ser que la ayuda moral del viejo maestro danés Niels Gade alentó su espíritu un tanto decaído, dándole verdadera conciencia de su talento.

Grieg fundó en Copenhagüe una Sociedad Musical destinada a propagar únicamente la música nacional. Se casó con su prima la señorita Nina Hagerup, una cantatriz de gran talento que se dedicaba a popularizar los *lieder* noruegos, escandinavos, y especialmente los de Grieg, que dicen cantaba con notable expresión.

Es curioso conocer la opinión de la suegra de Grieg, respecto a su yerno: «Es un nadie, decía, no tiene nada y escribe una música que ninguno se da el trabajo de escuchar».

Grieg y la señorita Hagerup una vez casados se dedicaron a viajar y a dar conciertos; la fama de Grieg se fué acentuando

más y más. El interés de Lizst por su obra y la ejecución que hacía de sus composiciones contribuyeron a extenderla.

A su vuelta de Roma escribió varios trabajos inspirados en obras de Björson, el célebre novelista, y realizó una de sus más grandes aspiraciones: colaborar con Ibsen.

Recibió una carta de Ibsen pidiéndole escribiera música inspirada en los pasajes del *Peer Gynt*. Esta es tal vez la parte más conocida de la obra de Grieg. «La danza de Anitra», «La danza de los gnomos», «La canción de Solveig», «La muerte de Aase», han sido popularizadas por bailarinas y cantantes. En cambio no se ha dado nunca aquí la interpretación completa de la obra ibseniana arreglada para la música de Grieg, tal como se dió en el Teatro de Cristianía. Fué uno de los éxitos artísticos más notables.

Sin embargo, fuera de Escandinavia el tono filosófico del poema dificultó el éxito y en algunas partes, por ejemplo en París, la música agradó, pero el poema no fué entendido. En Berlín este último fué un fracaso.

Grieg consideraba el *Peer Gynt* la mejor obra de Ibsen e Ibsen quedó muy satisfecho con la orquestación de Grieg. En verdad, Grieg supo interpretar fielmente la poesía, el sentido y aún los detalles de la obra.

Hay una parte del *Peer Gynt* en la cual Solveig, la amada de Peer, está sentada frente a la cabaña esperándolo, ya mucho años. Peer la ha abandonado porque no encontró el camino recto para llegar hasta ella. Habría tenido que dar la vuelta como le aconsejaba la Curva, personaje legendario con que Ibsen simboliza el espíritu de hipocresía. Gozosos construían su cabaña, pero apareció por el camino una mujer triste y gastada llevando un niño de la mano. Peer recordó y pensó que hay cosas que ya rotas no se componen nunca y se fué... Solveig quedó esperándolo.

El poema dice:

«Día de Verano en el Norte. Cabaña en el bosque. La puerta abierta está provista de gran cerradura, y hay encima de ella cuernos de ciervo. Pastan cabras en los alrededores de la casita.

Ante la cabaña, una mujer, ya madura, rubia y bien parecida, hila sentada al sol. Mira hacia el camino y canta:

— «Te esperaré aquí un otoño más, un invierno también y una primavera y un verano. Volverás algún día del año y habré sido fiel a la promesa que te di. ¡Dios guarde tu cariño! ¡Dios dirija tus pasos! ¡Dios bendiga tu mano! Si vuelves aquí, te esperaré sin quejarme. Si me esperas allá arriba, iré a reunirme contigo».

Y este es el origen de la canción de Solveig. ¿Y no es verdad que ese sentimiento que va más allá de la vida, ese esperar del acontecer triste y resignado está todo entero en la canción de Grieg?

Sería demasiado largo enumerar siquiera una parte de su obra. Es numerosísima: orquestal, de cámara, para violín, piano.

De sus viajes regresó más noruego que nunca. Su retiro era Trolldhagen, un pequeño dominio en medio de las montañas, a media hora de Bergen, al borde de un pequeño lago; un rincón en medio de un bosque de encinas y abetos. Era ahí en esa atmósfera de calma y serenidad donde a él le gustaba esconderse. Los habitantes del país, dice un escritor, encontraban ese rincón tan armonioso que decían: «La naturaleza parece cantar la canción de Solveig».

Amaba las montañas. Un amigo suyo decía: «el que no ha visto a Grieg en medio de las montañas salvajes, no lo conoce. Es ahí donde su carácter genial, libertado de sufrimientos corporales, encuentra toda su expresión».

La gente le molestaba. A alguna distancia de su casa se hizo construir una casucha o cabaña tan pequeña que sólo cabían su piano y algunos libros. Ahí componía. Los campesinos que se detenían al pasar y los pájaros en las ramas de los árboles que la rodeaban, eran su auditorio.

Los sueños de Grieg no quedaron en las azules montañas de Bergen, ni su obra en la memoria de los hombres que pasaron. Todo ha vivido, todo es de hoy.

Su ser entero ha quedado expresado en su música. Para

aquel que no la comprenda, Grieg no es nada. Su genio es unilateral.

Yo he buscado afanosa en los escasísimos libros que existen sobre él, por lo menos en Chile, otras manifestaciones de su espíritu, y no he encontrado nada. No sé qué ideas tenía, qué pensaba ni del amor ni del dolor, esos temas que rara vez artista alguno ha dejado de tocar. No es que la suerte no haya querido se ocupe de él ningún buen escritor. Existe uno escrito por H. T. Finck, que es bastante completo. Pero entonces ¿es que Grieg no sintió, ni expresó inquietud religiosa, ni ansias del espíritu, traducidas en filosofar sobre las cosas? Indudablemente las sintió, pero no necesitó el lenguaje de todo el mundo para expresarse. Para él, este aparecería rudo y salvaje. Tenía el suyo casi divino. He ojeado afanosa sus cartas, con la nerviosidad del que nada encuentra. Hay una en que agradece el envío de unos melones, otra en que habla de sus dolores reumáticos...

Tal vez perteneció Grieg a ese tipo de artista que a veces ha cruzado por el mundo, silencioso, enmudecido, la mirada lejana como animada de resplandor místico. No nos da toda la sensación de su talento en sus expresiones, pero en silencio casi evocador se siente el aleteo de todas las ideas, el comulgar con todos los amores. Pisa las hojas frescas de la primavera y las secas del otoño, indiferente a la noción del tiempo y del espacio. Todo el mundo exterior no es sino algo que sirve para el libre juego de su fantasía. Los ojos puestos en la dorada montaña y en el lago azulado no descubren tanta belleza como la que lleva dentro. Tiene el alma encantada, como dijera Romain Rolland. Y esa alma, que es una ilusión y ese espíritu que es un soplo, contienen más fuerza que la cósmica. Crean. Nace la vida. Ese soplo electrizado hace que a su vez cada ser sienta nacer en sí algo intangible en que cada uno pone el anhelo de la aspiración más alta: Dios, verdad o belleza.

Grieg llevó su belleza en sí escondida, y nos la dejó en su

música. Pero no le exijamos más por creer que en los genios debe haber conceptos generales extra-humanos.

En su manera de amar las mañanas, de vibrar con el ruido de los bosques, de sentir la belleza de los lagos, él ha cantado lo divino de la naturaleza y es ahí donde debemos buscarle. Esta naturaleza que algunos sienten impasible, casi dura ante la indiferencia por los dolores de los hombres, tiene para otros el secreto de todos los misterios, un dulce acento acogedor para todos los pesares.

Estos últimos sabrán más que ninguno encontrar el espíritu de Grieg, pues el cuerpo que sepultaron los noruegos bajo una roca a la orilla de un lago de Bergen, envolvió, en mi concepto, un alma profundamente panteísta.

MARTA VERGARA.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Funciones de una Universidad moderna

Tal es el tema desarrollado en su reciente conferencia de extensión, por el Director de nuestra Escuela de Pedagogía, don Samuel Zenteno Anaya.

A continuación publicamos un resumen que contiene la exposición de las principales ideas y conclusiones de la disertación del profesor señor Zenteno.

EMPEZÓ el señor Zenteno refiriéndose a la evolución actual de Chile y a los muchos y graves problemas de orden político y social que han surgido en los últimos tiempos, debido a los recientes sucesos relacionados con el gobierno del país y a la inquietud de las masas obreras por obtener una mejor situación. Cree que esos problemas han sido encarados con un criterio amplio de renovación, gracias al poderoso y vigilante dinamismo de que está dotado el pueblo chileno y a que sus clases dirigentes han tenido clara visión de los deberes que les impone la tendencia reformista de la hora presente, y confía en que el fruto de esta evolución renovadora será que Chile figure en un futuro no lejano entre las naciones más prósperas y mejor organizadas del mundo, teniendo por base un gobierno realmente democrático y una organización social concorde con los principios de justicia y equidad. Este augurio no le parece utópico en vista de que las reformas políticas y sociales que se implantan al presente irán acompañadas de una adaptación apropiada de la educación. Aplauda, con tal motivo, la resolución del

gobierno de reformar integralmente la enseñanza. Concluye esta primera parte de su disertación refiriéndose al fenómeno, tantas veces probado por la Historia, de que las modificaciones institucionales que no se apoyan en una educación correspondiente no pasan de ser propósitos pasajeros, reacciones espasmódicas prontas a ser ahogadas por los intereses profundamente arraigados o por las fuerzas atávicas invisibles pero fatales que actúan en toda sociedad.

Teniendo en cuenta que cada etapa de la vida de un pueblo se caracteriza por algún ideal dominante que influye en la orientación educacional, el señor Zenteno busca ese ideal en Chile, y encuentra que el problema social es hoy la cuestión capital con todas sus graves derivaciones tanto en lo político, como en lo económico y moral.

Dice, a este respecto, que ningún pueblo de nuestra América concibe en estos instantes con tanta realidad y tan seriamente las reivindicaciones sociales como el chileno, en especial como los asalariados chilenos, para quienes los recientes cambios en el gobierno del país deben traer como resultado, no sólo un nuevo régimen social basado en una mayor justicia para con el proletariado. La educación que, cual un organismo vivo, debe evolucionar de acuerdo con las realidades cambiantes del ambiente, no puede desentenderse de ese fenómeno que afecta al presente y porvenir de la nación, y de ahí el deber de revisar sus orientaciones fundamentales y de ponerlas en armonía con las nuevas necesidades.

Esas orientaciones no pueden ser otras que las que se derivan de la eficiencia social, fin, aceptado por todos los países que hacen de la educación un proceso verdaderamente consciente, cuya oportunidad para Chile proviene de su carácter esencialmente socializador, es decir, de que es el único capaz de formar el espíritu social, en cuanto este significa deseo de servir, represión del egoísmo y buena voluntad para la cooperación. Asignar a la educación como fin último la eficiencia social significa formar individuos que no sean una carga para la sociedad, que estorben lo menos posible el esfuerzo productivo

de los demás, y que pongan de su parte, consciente y persistentemente, todos los esfuerzos de que sean capaces en favor del progreso y bienestar de la colectividad. Termina el señor Zenteno este segundo punto de su conferencia haciendo la crítica de los diferentes fines que parecen haber guiado hasta hoy a la educación chilena, como el utilitario que aspira sólo a preparar individuos ganavidas, el cultural que no hace otra cosa que ahondar las divisiones sociales creando valores puramente convencionales, el de la adquisición de conocimientos que sólo da un barniz de enciclopedismo y el del desarrollo armónico de las facultades y de la formación moral del hombre que por su vaguedad tampoco pueden ser un guía seguro.

Concretando esas reflexiones a la enseñanza superior, entra a analizar los fines especiales que debe perseguir una universidad de acuerdo con el ideal de la eficiencia social, advirtiéndole que aquellos deben estar subordinados a éste. Con tal motivo da a conocer las funciones características de las universidades inglesas, francesas, alemanas, y norte y latino-americanas.

Nos parece muy oportuna la crítica que hace de la tendencia centralizadora y burocrática de la universidad francesa, que desatiende las funciones propiamente universitarias de suyo complejas y fecundas, por no abandonar la dirección de las otras ramas de la enseñanza. Lamenta, asimismo, el espíritu estrecho y simplista de que han estado dominadas las universidades latino-americanas hasta hace poco, debido a que sus actividades no iban nunca más allá de la formación de profesionales y de la concesión de grados académicos. Hace el elogio de las universidades alemanas, que orientan las cualidades de paciencia, método y amor al estudio de la raza hacia la investigación científica y el cultivo de la ciencia pura. Habla, por último, de las universidades norteamericanas que realizan mejor que ningunas otras, el ideal de la eficiencia social, porque para ellas lo esencial no es saber sino utilizar de modo más perfecto este saber en el mejoramiento común. De ahí que en Estados Unidos de América las universidades tengan como rasgos distintivos poner las ciencias y las artes al servicio de las necesidades colecti-

vas, marcar los nuevos rumbos de la vida nacional, y anticiparse, por intermedio de sus profesores, en el estudio de las iniciativas de que ha menester el progreso de la sociedad. Con esos antecedentes, pasa el señor Zenteno a fijar el concepto moderno de una Universidad diciendo que él engloba tres funciones primordiales: la *docente*, que consiste en impartir los conocimientos en su más amplia expresión; la *científica* de ensanche de los conocimientos estimulando la investigación, y la *filosófica* que sintetiza y coordina las ciencias particulares. Todas deben correlacionarse sin que ninguna predomine. Si se sobrepone la función docente hay el peligro de generar un espíritu rutinario y libresco, como ocurre todavía en algunos países de nuestra América; si se desarrolla en forma absorbente la función científica se perjudica a la sociedad que también reclama profesionales competentes y diestros; y se cumple mal la función filosófica si no se hace derivar ella del ejercicio de las otras funciones, ya que la tarea de sintetizar y coordinar las ciencias parciales requiere la enseñanza y cultivo previo de ellas.

Refiriéndose a la función docente hace ver la amplitud que ella ha tomado en las universidades modernas hasta abarcar no sólo los cursos destinados a preparar profesionales sino además todas las otras actividades que, como la extensión universitaria, las revistas, las oficinas de consultas, las traducciones de libros al idioma nacional, etc., sirven de instrumento para hacer llegar los beneficios de la enseñanza universitaria al mayor número posible de personas con prescindencia de la condición económica y social de ellas, y también para tornar permeable el espíritu de cada colectividad al ambiente científico y cultural que es necesario para su progreso. Por lo que hace a la actividad estrictamente docente, o sea a la enseñanza dada en los institutos o escuelas universitarias, da a conocer los cambios e innovaciones introducidos por el espíritu moderno. Empezando por el concepto mismo de la enseñanza, ésta ya no consiste en la transmisión de los conocimientos de una ciencia sino del espíritu de ella para disciplinar a los alumnos en una

categoría determinada de fenómenos y sembrar en su mente problemas o motivos que los impulsen a una actividad productiva creciente. Siguiendo con el método, él ya no se reduce a la audición por parte de los alumnos de las conferencias o lecciones orales del profesor sino que agrega los seminarios, donde profesor y alumnos se convierten en obreros que trabajan con ayuda de los laboratorios, talleres, bibliotecas, museos y demás intermediarios de los métodos activos, en la solución de los diferentes problemas, de tal manera que la técnica y capacidades empleadas por ellos acompañen a los jóvenes durante toda su vida para resolver las incógnitas que ésta le presentará a cada momento.

Pasando a la función científica que consiste en la investigación para ensanchar y conquistar nuevas verdades, el señor Zenteno reconoce la gran trascendencia e importancia de ella en el progreso humano y en el bienestar de la sociedad, y observa que la investigación científica tiende a prevalecer sobre la labor docente o de difusión en las universidades alemanas y norteamericanas, especialmente en estas últimas, donde, según la expresión de uno de sus profesores, «es el sistema nervioso de la Universidad que estimula y domina toda otra función». Según el conferenciante, la actividad investigadora no puede en países nuevos como los latino-americanos, alcanzar por ahora hasta el grado de descubrir verdades de valor universal, por lo cual nuestras universidades deben conceder más importancia a los problemas locales o simplemente americanos, sobre todo a aquellos que se relacionan con el descubrimiento de las fuentes de riquezas y manera de explotarlas, tal como acontece en la Universidad de Concepción, cuyos alumnos y profesores realizan investigaciones sobre temas como éstos: Investigación y dosaje de alcanfor en la especie cultivada en Chile.—Análisis total de los extractos curtientes secos del ulmo y quebracho.—Cultivo de algunas plantas medicinales.—Contribución al estudio de la *Erithrae Chilensis*, vulgo cachanlagua.—Influjo de la habitación en el crecimiento de los niños de Concepción, etc., etc.

Esta limitación no quiere decir que esta Universidad no em-

prenda investigaciones de mayor aliento. Recientemente el profesor de la Escuela de Medicina señor Wilhem ha obtenido un premio en el Congreso Dental de Buenos Aires por sus investigaciones sobre la influencia de las glándulas de secreción interna en el proceso de la dentición, investigaciones que se hacen por primera vez.

Por otra parte cree el señor Zenteno que la exageración en la función científica envuelve el peligro de descuidar el aspecto cultural, en cuanto este se refiere al desarrollo y perfeccionamiento de la personalidad humana mediante normas de conducta, altos ideales y una elevada concepción moral de la vida. No niega que la ciencia y la técnica científica reporten grandes ventajas a la humanidad y constituyan uno de sus mayores bienes, pero agrega que una civilización está viciada en sus bases y sujeta a los más graves errores, si la ciencia y la técnica científica en lugar de ser uno de los medios de expresión del hombre, se convierten en un fin y constituyen el único criterio para la vida. A fin de evitar este fenómeno, propone que la Universidad cuide, y con especial interés, del cultivo de las artes, letras y de aquellas disciplinas que se refieren a los valores verdaderamente humanos, pues sólo así se podrá contrarrestar el practicismo, la ideología sistemáticamente racionalista y esa orientación exagerada al mundo de las cosas que vician la actual civilización.

Done fin el Sr. Zenteno a su conferencia hablando de la función filosófica de las universidades modernas, que consiste en vincular entre sí las escuelas e institutos creados para el estudio de las ciencias generales, mediante un organismo coordinador y sintetizador del trabajo universitario, en fijar principios, direcciones, ideales que permitan organizar la cultura en servicio de la sociedad, y en elevar la preparación de los futuros profesionales hasta los principios generales y el conocimiento del desarrollo histórico de la ciencia en su conjunto.

El Sr. Zenteno da especial importancia a esta función, haciendo extensas reflexiones al respecto. Afirma que sin ella queda mutilado el concepto de universidad, quedando reducido

a unas cuantas escuelas dispersas, sin ningún vínculo que las una, sin un alma común que evite la especialización exclusiva, este temible enemigo de las ideas. Si la Universidad aspira a ser el órgano vivo de la conciencia colectiva, si ha de ser algo más que una simple fábrica de abogados, médicos, dentistas, etc. no puede prescindir de un sistema de ideas generales, obtenidas de las ciencias parciales con el fin de formar la atmósfera ideológica de cada civilización. El instrumento para realizar esa función de síntesis y coordinación es la Facultad de Filosofía, que debe constituirse, no con una finalidad profesional, sino con la altísima misión de servir de coronamiento de los estudios especiales o técnicos y de centro donde se verifique en forma más perfecta la suprema integración doctrinaria; Facultad que, comprendiendo las secciones de filosofía propiamente dicha, ciencias y letras, guarde relación con todas las Facultades: con la de Medicina por medio del cultivo de las ciencias naturales; con la de Leyes por el de las ciencias históricas, económicas y sociales y así, sucesivamente, con las demás hasta convertirse en la más liberal y humanística de las Facultades por su universalidad.

Tal supremacía de la filosofía proviene de la naturaleza creadora de esta disciplina, que es la ciencia de las ciencias, la metafísica de ellas, la teoría de las cuestiones supremas de la realidad y del conocimiento. El Sr. Zenteno cree que dentro del organismo universitario las distintas escuelas o facultades realizan tarea filosófica cuando estudian los aspectos generales de las ciencias que profesan respectivamente, pero este espíritu filosófico que rodea a las ciencias abstractas, sean las Matemáticas, o las Físicas, o la Biología, o la Sociología, no agota el contenido de la Filosofía general, como síntesis suprema de aquella, pues, esta subsiste como algo propio y substantivo ya que hay numerosos problemas a los cuales las ciencias no han respondido. Esto no quiere decir que haya un divorcio entre ciencia y filosofía, ni que esta sea una pura metafísica inútil para el progreso humano. La filosofía moderna difiere de la metafísica tradicional en que su misión es plantear de nuevo

los problemas de la vieja filosofía sobre las ciencias y no fuera de ellas y formar un sistema de hipótesis fundado en los principios obtenidos por aquellas. Así concebida, la filosofía toma un significado trascendental, porque se convierte en instrumento de mejora común, de perfeccionamiento espiritual y colectivo y de útiles orientaciones en la vida de los hombres.

Pero, según el Sr. Zenteno, la función filosófica de una Universidad abarca aún otra labor no menos trascendental y útil que la señalada anteriormente; y pasa entonces a hablar del deber que tiene aquella institución de completar la preparación de sus alumnos, sean estos de medicina o de leyes, de ingeniería o de cualquier otra Facultad, mediante una cultura que pueda elevar su inteligencia de la mera especialidad técnica hasta las ideas generales. Si la Universidad se preocupa sólo de formar profesionales, es decir técnicos en cada especialidad, es posible que consiga dar a la sociedad excelentes expertos en leyes, medicina, ingeniería, etc., pero nunca hombres verdaderamente cultos, es decir, hombres capaces de conocer mejor a la humanidad y al mundo en que ella vive y de inducir orientaciones útiles a su mayor bienestar. El Sr. Zenteno atribuye a ese especialismo exclusivista y estrecho el egoísmo y comercialismo de ciertos profesionales a quienes les falta esa cultura espiritual que da origen al deseo de servicio como opuesto al propósito exclusivo de ventaja personal. El medio de remediar este especialismo es implantar la práctica que ha establecido la Universidad de Concepción, o sea la de que el dentista, el farmacéutico o el ingeniero que aspiren al título profesional, concurren a ciertos cursos generales como el de Filosofía. Elogia el Sr. Zenteno esta tendencia de la Universidad de Concepción, porque con ella se quiebra la rigidez del tecnicismo, se logra una vinculación mayor entre todos los estudiantes mediante ciertos ideales comunes y lo que, todavía es más valioso, se obtiene en los futuros profesionales ponderación, serenidad, idealismo, tolerancia y demás virtudes que nacen de una cultura verdaderamente humanista. Advierte el Sr. Zenteno que para conseguir esos frutos, los cursos citados

deben ser guiados de tal manera que los profesores antes que preocuparse de dar ideas a los estudiantes se han de empeñar en preparar la inteligencia de éstos para que puedan adquirir propias y por sí mismos; es, pues, condición indispensable tener presente que esos cursos antes que proporcionar conocimientos, deben crear en los alumnos una actitud, una práctica, una norma intelectual.

Del Curso de Antropología Pedagógica.

A continuación publicamos una parte del estudio hecho por la alumna del curso de Antropología Pedagógica del profesor señor Zenteno, de la Universidad de Concepción, señorita Aída Larraguibel.

Contiene dicho estudio el resultado de experiencias y deducciones que creemos de interés reproducir.

INTRODUCCIÓN

ERA un deseo de nuestro profesor de Pedagogía señor Samuel Zenteno que los alumnos del curso de Antropología, tomáramos unas cuantas mediciones con el fin de comprobar, en lo posible, la relación que existe entre la estatura de los niños y el factor vivienda.

Con el fin de tomar las mediciones necesarias que habían de ser el material de estudio para este trabajo, fuí, acompañada de los señores Víctor Villouta y Oscar Skewes, a las escuelas superiores de hombres N.º 8, ubicada en calle Freire 114, que comprende el radio Carrera hasta Bio-Bío, Hipólito Salas Bilbao, y a lo largo del Río; en ella tomamos 70 mediciones, a niños de 8, 9 y 10 años.

A la escuela N.º 11, ubicada en la calle Prieto 285, que comprende el radio, Rengo, Carrera, Línea Férrea y Pajonal; en esta escuela tomamos 157 mediciones en niños de la misma edad.

Y a la escuela modelo Manuel Bulnes, N.º 40, ubicada en la

calle Bulnes 760, que comprende el radio Rengo, Castellón. Barros Arana, Pajonal y que funciona en local moderno ad hoc.

ESTATURA

«La estatura es la medida que se refiere a la altura del animal en posición bípeda». En nuestro caso, es la altura del niño de pie, estando libre de todo obstáculo que impida a su cuerpo la posición erecta.

EL APARATO

Para efectuar nuestras mediciones se nos entregó el Antropómetro del Doctor Martin.

LA TÉCNICA

Para tomar las mediciones procedimos de la siguiente manera: Después que hubimos armado cuidadosamente el antropómetro, un profesor nos trajo los alumnos en grupos de acuerdo con su edad; sirviéndonos para agruparlos del libro de matrícula que se puso a nuestra disposición.

Pedimos a los niños que llevaban calzado nos hicieran el favor de quitárselo. Colocamos a los niños, ya descalzos, en posición derecha, con los talones juntos, las puntas separadas, los hombros derechos colgantes y la cabeza orientada, esto es con la vista fija en un punto u objeto dado que quedara derecho a sus ojos.

Una vez que el chico que se medía estaba en posición correcta, apoyamos el extremo inferior del Antropómetro en el suelo por detrás del niño. Con ayuda de la regla horizontal del soquete móvil, tomamos la distancia conveniente desde la parte superior de la cabeza del niño a la regla graduada; hecho esto bajamos el soquete hasta tocar el cuero cabelludo y al punto obtuvimos el resultado exacto de la medición.

Después de efectuada la medición y de tomar la debida nota del número que arrojava, llamamos al chico que se había

medido para conversar con él, tratando que depositara en nosotros su confianza y no escatimando alguna golosina para que contestara de mejor agrado. Les pedimos detalles acerca del oficio de su padre, de su madre, de la casa en que vivían y si vivía en conventillo, el número de personas que con él habitaban en la misma pieza; si no recordaba haber estado alguna vez en el hospital o enfermo de algo grave. También le preguntamos acerca de sus adelantos en la escuela y del curso que estaba.

ESTADISTICA

Tomadas las medidas con esta técnica, alcanzamos a un total de 368 mediciones en las tres escuelas: De estos 368 niños de 8, 9 y 10 años, objetos de nuestra experimentación 174 vivían en casa y 194 en conventillo. Estos 174 niños que vivían en casa, los que en este trabajo podríamos llamar ricos puesto que hemos de compararlos con chicos que escasamente tienen techo, están muy lejos de ser opulentos; sus padres son en la mayoría empleados, comerciantes y muy pocos de ellos obreros; todos pertenecen a la clase media.

Los padres de los 194 niños pobres son obreros y gañanes.

Con el fin de que los datos de este trabajo puedan ser analizados en parte y con mayor detención, levantaremos un estado de cada escuela y después haremos una exposición del conjunto, es decir, de la inferencia total de estas 368 mediciones.

EN LA ESCUELA SUPERIOR NUMERO 8

Como dejo dicho al empezar, la escuela superior número 8 está ubicada en la calle Freire 114, frente al Conservatorio de Música Enrique Soro y en un barrio muy central y comprende el radio Carrera hasta Bio-Bio, Hipólito Salas Bilbao y a lo largo del río.

La impresión es desalentadora desde el principio: funciona esta escuela en una casa-habitación vieja, húmeda, sin luz ni ven-

tilación, de consiguiente, sin comodidad ninguna para 200 y tantos niños que es el término medio de asistencia diaria, dato que nos fué dado por el señor Sepúlveda. También fuimos informados por el mismo señor Sepúlveda que la casa no pertenecía al Fisco sino que era arrendada. Las salas de clase son estrechas, bajas, y con los pisos semi-hundidos. Hay pocas bancas en relación con los niños, de modo que deben sentarse de a 3 o 4 alumnos en cada una; tampoco se acomodan las bancas al cuerpo del niño, siendo ellos los que se deben acomodar a las bancas.

Se nos trajeron los niños de 8 años, pero fuimos advertidos por el señor Director que el dato de la edad no puede ser tomado muy rigurosamente, dada la misma ignorancia de las madres de los niños que siempre que vienen a matricular sus hijos y se les pregunta la edad responden: «Este ha de tener 8 o 10, etc.». En fin si esto es así, es más probable que digan años de menos e iría más en favor de lo que nos proponemos establecer: que los niños de familias pobres son mas retrasados en el crecimiento.

De los 30 niños de 8 años que nos trajeron había algunas almitas con los pantaloncitos que de tal no tenían sino el nombre y otros más o menos bien vestidos.

De estos 30 niños, 15 vivían en conventillos ocupando una pieza en la que vivían 5 o 6 personas como término medio. Había 3 de ellos enfermos de escoliosis y 2 con síntomas de debilidad extrema. De estos 15 había 11 niños en 1.º año y 4 en 2.º año. La mayoría de los padres eran obreros. Una vez terminadas las mediciones, la suma total de ellas nos dió un término medio de 114,44.

De los 15 que vivían en casa había 1 enfermo de las glándulas tiroideas; 6 de ellos había en 1.º año, 7 en 2.º, 1 en 3.º y 1 en 4.º. Como se ve estaban más adelantados en sus estudios que los niños que vivían en conventillo.

Los padres eran empleados, en su mayoría. El término medio obtenido fué 120,5 casi 7 cm. más que los niños de conventillo.

9 AÑOS

Hicimos 19 mediciones; 17 niños vivían en conventillo y 2 en casa.

De los 17 de conventillo, ocupaban 1 pieza que era habitada por 3 personas el que menos y por 13 personas la que más.

De estos 15 niños había 5 enfermos de escoliosis y 1 de lues (este dato nos fué dado por el mismo niño, que repetía lo que había dicho a su madre el médico del dispensario). Había 10 niños en 1.º año y 7 en 2.º. Los padres eran en su mayoría, trabajadores al día.

Obtuvimos un término medio de 118,7.

Los 2 niños que vivían en casa estaban en el 2.º año; sus padres eran empleados.

El término medio fué 119,8.

10 AÑOS

Efectuamos 21 mediciones; de estos niños 13 vivían en conventillo y 8 en casa.

De los 13 de conventillos había 4 enfermos de escoliosis y 2 de lues (dato dado como en el caso del niño de 9 años, por los mismos niños). De estos vivían el que menos de a 3 personas en 1 pieza y el que más de a ¡9 personas! Había 3 en 1.º año, 6 en 2.º, 3 en 3.º y 1 en 4.º. Los padres eran empleados en su mayoría.

El término medio fué 121,58.

De los 8 niños que vivían en casa había 2 en 2.º año, 5 en 3.º y 1 en 4.º. Los padres eran en su mayoría agricultores.

El término medio fué 128,87.

EN LA ESCUELA SUPERIOR NUMERO 11

Esta escuela está ubicada en la calle Prieto 285, en un barrio apartado del centro y comprende el radio Rengo, Carrera, línea férrea y Pajonal.

La impresión no es tan triste como en la escuela número 8, pero el señor Saintzana nos informó que era excesivamente húmeda y estrecha para una asistencia de 460 niños como es la de esta escuela. Se nos dijo que el local había sido adaptado en 1891, que ese edificio fué primero Lazareto, en seguida caballeriza y por fin escuela.

En esta escuela efectuamos 157 mediciones entre niños de 8, 9 y 10 años.

NIÑOS DE 8 AÑOS

Parece que aquí los chicos eran los más pobres, pues el señor Saintzana nos informó que diariamente se desmayaban de hambre 10 a 15 niños.

Efectuamos 64 mediciones; de estos 64 niños 33 vivían en conventillo y 31 en casa.

De los 33 que vivían en conventillo habitaban en una pieza el que menos de a 3 personas y el que más de a 6. Había 8 enfermos de escoliosis. Todos estaban en 1.º. Los padres eran en su mayoría obreros.

El término medio era de 115.02.

De los 31 que vivían en casa, todos estaban en 1.º año y los padres eran en su mayoría comerciantes.

9 AÑOS

Efectuamos 34 mediciones, de estos niños 13 vivían en conventillo y 21 en casa. De los 13 que vivían en conventillo, vivían en una pieza 2 el que menos y 9 el que más. Había 3

enfermos de escoliosis. Había 6 en 1.º año y 7 en 2.º. Los padres eran en su mayoría obreros.

El término medio fué 120.63.

De los 21 que vivían en casa había 1 enfermo de escoliosis. Los padres eran empleados en su mayoría. Había 14 niños en 1.º año, 6 en 2.º y 1 en 3.º.

El término medio fué 122.39.

10 AÑOS

Efectuamos 59 mediciones.

De estos niños 19 vivían en conventillo y 40 en casa.

De los 19 de conventillo vivían 6 personas en una pieza, cuando más. Había 8 enfermos de escoliosis, 13 niños estaban en 1.º año, 3 en 2.º y 3 en 3.º. Los padres en su mayoría eran obreros.

El término medio fué 124.62.

De los 40 niños que vivían en casa 2 eran enfermos de escoliosis; había 15 en 1.º año, 13 en 2.º, 6 en 3.º y 6 en 5.º. Los padres eran en su mayoría comerciantes.

El término medio fué 126,7

EN LA ESCUELA SUPERIOR NUMERO 40

Ubicada en la calle Manuel Bulnes 760, comprende el radio Rengo, Castellón, Barros Arana y Pajonal. Funciona en un local moderno, con grandes salas bien ventiladas, bancos cómodos, tiene patios extensos, buenas galerías, mucho sol. En fin es un edificio que satisface todas las necesidades del niño. Tiene una asistencia media de 500 niños. Fuimos atendidos por su Director señor Durán. En ella efectuamos 141 mediciones en niños de 8, 9 y 10 años.

NIÑOS DE 8 AÑOS

Efectuamos 46 mediciones de estos niños 35 vivían en conventillo y 11 en casa.

De los 35 de conventillo vivían como máximo de a 8 personas en 1 pieza. Había 2 enfermos de escoliosis, 4 de debilidad general y 3 con nubes en los ojos, talvez signo de debilidad. De estos niños 27 había en 1.º año y 8 en 2.º. Los padres eran en la mayoría obreros.

El término medio fué 113.83.

De los 11 que vivían en casa había 1 enfermo de raquitismo. Había 2 que estaban en 1.º año y el resto en 2.º año. Los padres en la mayoría empleados.

El término medio fué 115.84.

9 AÑOS

Efectuamos 24 mediciones; de estos niños 14 vivían en conventillo y 10 en casa.

De los 14 de conventillo vivían como máximo 5 personas en 1 pieza. De ellos 1 era enfermo de debilidad general, 9 estaban en 1.º año, 3 en 2.º y 2 en 3.º.

El término medio fué 120.44.

De los 10 niños que vivían en casa había 3 en el 1.º año 3 en el 2.º y 4 en el 3.º. Los padres en la mayoría empleados.

El término medio fué 122.31.

10 AÑOS

Efectuamos 71 mediciones; 35 niños vivían en conventillo y 36 en casa.

De los 35 de conventillo vivían como máximo de a 8 per-

sonas en 1 pieza. Había 4 enfermos de escoliosis, 3 de debilidad general y 4 con nubes en los ojos. 14 niños estaban en 1.º año, 12 en 2.º y 4 en 3.º. Los padres en la mayoría obreros y trabajadores al día.

El término medio fué 124.04.

De los 36 que vivían en casa, había 1 enfermo de escoliosis y 1 de debilidad general. 3 estaban en 1.º año, 17 en 2.º, 10 en 3.º y 6 en 4.º. Los padres en la mayoría agricultores y comerciantes. El termino medio fué 128,69.

He aquí un cuadro que contiene el termino medio total de estatura de los 368 niños objeto de nuestro trabajo; tomando en cuenta la edad y la vivienda.

8 AÑOS		9 AÑOS		10 AÑOS	
Conventillo	Casa	Conventillo	Casa	Conventillo	Casa
114.42	118.56	119.86	122.21	123.73	126.62

Como ha podido verse hasta aquí, el término medio de la estatura de los niños que viven en conventillo es muy inferior al de los niños que viven en casa. Casi siempre la diferencia, oscila entre 3 y 4 cm. Para ilustrar más estos datos diremos que hemos aplicado al método Biométrico simple de las curvas de frecuencia.

EL RESULTADO

El resultado que hemos obtenido en nuestro trabajo ha sido favorable a nuestros propósitos que eran establecer la posible relación que existe entre la estatura de los niños y su desarrollo mental, en relación con la vivienda y oficio de los padres.

Pero el resultado respecto al niño es desfavorable, más aún, es alarmante.

Quetelet ha levantado estadísticas respecto a la altura de los niños franceses en relación con la vivienda.

He aquí la tabla de Quetelet.

Edad	Ricos	Pobres
7	120 cm.	116
8	126 »	122
9	129 »	123
10	134 »	128
11	135 »	134
12	140 »	138
13	144 »	140
14	150 »	146

La hemos comparado con nuestro resultado. Helo aquí:

Edad	Casa	Conventillo
8	118,50	114.4
9	122.21	119,83
10	126.62	123.73

¿No son éstos datos que asustan? Mientras un niño pobre francés de 7 años mide 116 un chileno de 8 años mide 2 centímetros menos que el de 7; por consiguiente, está retrasado en 1 año, y talvez en 2.

Mientras un niño pobre francés de 9 años mide 123, un chileno de esa misma edad mide 119.83. Mientras un niño pobre francés de 10 años mide 128 un chileno de esa misma edad mide 123.73 es decir, una diferencia de 8, 4 y 5 cm. en contra del niño chileno. Y si comparamos los niños que viven en casa con los franceses ricos de Quetelet existe siempre la misma diferencia notable en contra del niño chileno.

Podría alegarse que no hay comparación posible entre fran-

ceses y chilenos, pero somos como los franceses de raza latina. Además, el pueblo francés tendría en su contra el pertenecer a una raza gastada por muchos siglos de civilización mientras que nuestro pueblo es de ayer. Además Francia es un país que está congestionado de habitantes, de consiguiente el niño tiene menos aire libre que el niño chileno, y sin embargo supera en estatura a nuestro niño. ¿Y ésto a que se debe? A que en Francia no existe el conventillo, a que la buhardilla francesa está a muchos, muchísimos codos sobre esa especie de panteón que es el conventillo chileno.

¿No es para apenar el horror con que hemos tropezado al efectuar este trabajo? ¡Casi todos los niños anormales en su crecimiento! De 16 de los de 9 años, 5 enfermos de escoliosis y 1 de lues. De 19 mediciones 8 escoliosis, de 13 niños 4 enfermos de escoliosis y 2 de lues, casi un 50% de futuros hombres, cuya existencia es perdida para la raza o en el mejor de los casos, futuros padres que ya llevan en sí el germen de nuestra degeneración y muerte racial.

Porque en general, rubor da decirlo, pero es la verdad, la madre proletaria es más activa que el padre. En general las madres de casi todos los niños pobres que hemos medido son lavanderas, costureras, o la que menos trabaja en una fábrica ejecutando labores pesadas hasta el mismo día que nace su niño y dos o tres días después ya ha vuelto a sus faenas. ¿Y que se dice de la habitación? 8, 9 y hasta 13 personas que viven en una misma pieza. ¿No sería posible que alguna autoridad velara por los chicos que viven en esa estrechez? Hay que imaginarse lo que debe ser estudiar y estar hambriento, no tener luz y ni siquiera una mesa para afirmar su plana. Además casi todos los padres que viven en conventillo son obreros que no ganan lo suficiente para mantener su familia y pagar su arriendo, de consiguiente, nuestro escolar, aunque inteligente si no está bien alimentado es natural que no progrese y jamás tendremos de ese niño un obrero ingenioso ya que el hambre y la miseria no le permitieron desarrollar sus cualidades mentales, pues es sabido que todo lo que pasa al cuerpo

repercute en el alma. ¿Con cuántos niños no nos hemos encontrado que se nos informó eran anormales, retrasados para su edad sin ser tildados de tontos? Casi con un 20 o 30 por ciento, y nos pudimos dar cuenta de esto por la manera como contestaban las preguntas más sencillas que les hacíamos.

Pensábamos con los señores Skewes y Villouta una vez que hubimos terminado nuestro trabajo que sería un ideal continuar en esta clase de investigaciones y completar estas mediciones con más niños para que la estadística pudiera ser más completa.

He oído hablar muchas veces de un proyecto del don Luis Tirapegui que consiste en la petición que este profesor ha hecho al Gobierno para dotar a cada departamento o al menos a cada provincia de un Gabinete de Antropometría con el fin de efectuar las mediciones necesarias que tendrían al Gobierno sobre aviso de los progresos o de las necesidades de nuestra raza. Ahora más que nunca he deseado que este proyecto del Sr. Tirapegui sea acogido, porque he visto en qué miseria viven sumidos nuestros niños que estudian y he pensado que todos los defectos de decadencia física son las consecuencias naturales de la falta de higiene y de alimentación, agravadas con muchas otras causas de orden moral. Y que no es pobre el que le falta dinero sino el que vive privado, de buena salud, aire libre, abrigo, y sobre todo de mucha atención y amor, cosas que faltan por completo a nuestros niños proletarios que estudian.

A. LARRAGUIBEL

Poemas Breves por Jorge Gustavo Silva

SEGURAMENTE, Jorge Gustavo Silva no será admitido en las capillas artísticas donde actualmente los genios del futuro elaboran los monumentos literarios de un mañana más o menos remoto, con retazos de las más viejas ocurrencias humanas. Sin embargo, el autor de estos «Poemas Breves» es moderno, porque liberado de toda imposición de círculo escribe sobre lo que le interesa y en la forma que más le acomoda, sin necesidad de renunciar para ello a la inteligencia. Cree que el verso es esencialmente rítmico; y usa, sin temores, el verso rítmico, no obstante que los poetas actuales escriben en prosa y sólo conservan, por rutina deplorable, la forma tipográfica del verso. Cree que el lenguaje es un conjunto de signos convencionales para designar las cosas y comunicar las impresiones que ellas nos producen; y escribe en el idioma corriente, exponiéndose a que le entiendan los hombres de hoy, lo cual no es precisamente el ideal de las escuelas más avanzadas. Piensa que el mérito artístico y el talento no están en pertenecer al grupo tal o al grupo cual, sino que poseer una sensibilidad y vaciarla en el molde infinitamente movable de las imágenes; por eso, desentendiéndose de usar los trajes que podrían darle los pasajeros atractivos de la moda, se esmera en encontrar la expresión sencilla y clara en la que ha de poner la sonora vibración de su espíritu.

Durante muchos años, contuvo Jorge Gustavo Silva las tendencias de su espíritu soñador. Por herencia, en una familia de intelectuales y artistas, tenía en lo subconsciente el poderoso fermento del ensueño. Pero el autor de «Poemas Breves» pare-

cía temer el que se le tuviera por un hombre de sensibilidad. Nacido en una época en que abundan los éxitos de los llamados «hombres prácticos» quiso también ser—tal vez para imponerse una humillación voluntaria—esa cosa sin espíritu y sin iniciativas creadoras que se denomina un hombre práctico. Sin duda, el hombre práctico lucra; pero él no ha producido las ideas que le permiten su ganancia y no podría producirlas; el hombre práctico no piensa, o piensa lo menos posible; otros, los llamados idealistas o ensoñadores, ya pensaron por él y le dieron la posibilidad de hacer su riqueza. Mas el hombre práctico cuando ve el oro en su mano tiene la ilusión de que es él quien lo ha creado. ¡Tiene una ilusión! No se la quitemos porque por ser capaz de sentir una ilusión merece el título de hombre. Jorge Gustavo Silva no pudo ser un hombre práctico: es decir, no pudo acallar la inquietud creadora de su espíritu. Durante ese tiempo, una grave neurosis puso en su espíritu angustias mortales y desalientos infinitos. ¿Se debió su mal a la violencia que debía hacerse a cada momento para volver a hundir en lo inconsciente el continuo afloramiento de sus ensueños? Acaso el poeta tocó la verdadera raíz de su mal cuando dijo: «soy un contemplativo macerado en el yunque de la acción».

En la primera parte de «Poemas Breves», denominada «Elegías íntimas», se revela el doloroso proceso de su dolencia desesperante. La astenia abate su organismo, rompiendo su voluntad e inmovilizándole en la inacción. En vano, como se ve en «Astenia», pág. 29, se pone ante los ojos del poeta el magnífico esplendor de la Naturaleza, con sus cielos azules y sus campos floridos; en vano desfilan a su vista los regimientos envueltos en el brillo de las músicas marciales, bajo los recios cascos empenachados, resonantes de medallas los pechos enhiestos y al aire la gloria multicolor de las banderas; en vano una orquesta derrama en el ambiente dorado de luces la sensualidad de una danza moderna y las parejas se agitan febrilmente entre el ensueño de los perfumes y el brillar misterioso de los ojos y de las joyas. A todas esas sollicitaciones, el poeta sólo tiene fuerza para responder con fatiga: «no puedo; no puedo». Igual

sensación de hastío y laxitud revela «Heroico Saludar», composición en la que puede apreciarse el punto a que llega el deseo de inercia en el paciente cuando hasta el simple hecho de tener que saludar en la calle le parece un acto heroico, que exige energías especiales. En «Tren en la noche» asistimos a uno de esos pavorosos insomnios afiebrados en que la conciencia y los sentidos flotan en un semi sueño que deforma y agranda los ruidos y los contornos de las cosas. En la alta noche, el rumor multiforme del tren—que según Víctor Juan Guillot, «lleva cautiva una tormenta debajo de los coches»—y el ladrar agitado de los perros, sorprendidos en su reposo nocturno, hacen decir al poeta, con admirable acierto: «prosigue el tren la marcha como si fuera escapando de la furia de los perros que ladran».

Sin duda alguna, es una tarea difficilísima el fijar en imágenes estados espirituales negativos como los que provoca la asntenia. Desde luego no pueden ser trasladados inmediatamente, pues bajo la garra de la enfermedad lo que se desea con mayor vehemencia es no tener actividad alguna, a causa de la fatiga que trae cualquier esfuerzo por pequeño que parezca. La memoria misma no se halla en situación de recordar puntualmente las posibles asociaciones de ideas que pudo tener el paciente en un momento determinado, pues se encuentra también afectada por la pérdida de fuerza. Tampoco la enfermedad se caracteriza por un estado de hiperideación que pudiera facilitar y dar un desarrollo especial a esas posibles asociaciones; por lo contrario la referida dolencia es constituída por la pérdida de la energía orgánica en todas sus formas. El poeta necesita hacer, por tanto, un esfuerzo verdaderamente considerable para dar vida a aquellos estados que se caracterizan precisamente por una disminución de la vida. Esta dificultad es ya bastante para malograr los empeños de quien no posea una sensibilidad capaz de registrar escrupulosamente hasta los más leves movimientos sensibles; y debe añadirse todavía la que resulta de la natural resistencia que presenta un hecho anormal o patológico para ser claramente entendido e interpretado desde el punto de vista de una conciencia ya normalizada, Jorge Gustavo Silva ha logrado supe-

rar esos obstáculos, alcanzando su objeto sin alarde de complicaciones ni rebuscamientos. Tan sencillo en su forma que quienes están acostumbrados a sentirse tocados únicamente por aquello que se presenta de un modo llamativo y artificioso pasarán sin sentir por sobre la emoción que corre silenciosamente bajo la imperturbable serenidad del verso.

La vida moderna complicada y múltiple, ruidosa e inquieta, mecanizada y comercial repercute también el espíritu sonoro del poeta. «El Avión» y «La ciudad luminosa» dicen su preocupación por la actividad y el progreso modernos. Su verso despliega allí las más brillantes galas de su melodía; y la palabra corre fluida y flexible tras los caprichos de la fantasía.

Por último, todavía el poeta nos descubre un nuevo aspecto de su sensibilidad en las estrofas que agrupa bajo el poético rubro «La glorieta de los madrigales». Nada hay más peligroso que el escribir galanterías, entre otras razones, por la facilidad y sencillez con que se puede llegar a lo ridículo absoluto. La mayor parte de las veces sería mejor no dejar constancia escrita de las ocurrencias que se han tenido bajo el influjo de agentes perturbadores; y que se crearon para decirlas en voz baja y olvidarlas lo más rápidamente que se pueda. Sin embargo de estos numerosos peligros, Jorge Gustavo Silva ha esquivado hábilmente las dificultades, sujetando en versos ágiles y frescos el leve temblor de una sonrisa o el imperceptible destello de unos ojos detrás de un abanico perfumado.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Arcoiris por María Rosa González

HACE cinco años, María Rosa González escribía poesías de un tono tan distinto del actual que habría sido imposible calcular en ese entonces la orientación que tomaría en un período cercano. Sus versos de 1920 tenían el aire característico de las composiciones—si así se las puede llamar—destinadas a producir sensación en las academias de señoritas escolares. Por todas partes abundancia de castillos, pajes, bufones, castellanas, algunos pastores melancólicos y sobre todo bastante palidez de luna. Dos años después, hacen una violenta irrupción en esos versos una serie de faunos algo impetuosos y ninfas, bacanalistas entusiastas. Pero esta decoración griega de sensualismo mitológico desaparece rápidamente y a penas si deja una huella en dos o tres composiciones de su libro «Éxtasis». Sin embargo, su orientación última en «Samaritana» y «Arcoiris» corresponde a la dirección manifestada brevemente por estos símbolos de significación sensual, en contraposición al romanticismo de los demás trabajos que se presentan en la misma obra «Éxtasis». Faunos y ninfas en su sorpresiva incursión aparecen a modo de avanzadas de las tendencias posteriores que muestran tener más arraigo en su sensibilidad. De todos modos, en aquel entonces, 1922, estos motivos griegos quedan abrumados por el sentimentalismo romántico, que salvo dos o tres excepciones, tiñe todo los trabajos fechados en 1923. Tal vez se halla la autora en un momento, no diré de transición puesto que todos los momentos lo son respecto del que les sigue, pero si de indecisión. Sus sentimientos son vagos; experimenta la angustia de deseos a los que no da forma pre-

cisa; y, presintiendo probablemente su violencia futura, se afana por calmarlos con melancolía romántica. Pero, en general, en este periodo su amor no tiene la viva intensidad que adquiere más tarde. Es entonces un sentimiento suave, regalón e ingenuo. En los versos de ese tiempo se encuentran todos los síntomas del verdadero amor, según modelo de 1830: angustia precordial, palpitaciones violentas, parálisis de los centros motores de la palabra y, a veces, temblor de las extremidades. Se experimenta la necesidad impostergable de reclinar la cabeza sobre el pecho o las rodillas del amado; y, en todo caso, se precisa que el ser amado le alise suavemente la cabellera, mientras ambos reciben en sus rostros el beso lejano pero luminoso de las estrellas... Mas, en fin, ya sabemos que «nada es pueril en amor».

Ahora bien, ¿cómo pasa María Rosa González desde esta forma de sentir el amor a la manera como lo siente en «Samaritana» y «Arcoiris»? Diversas influencias contribuyen a operar este cambio que a primera vista parece sorprendente. De un modo especial, como ya lo ha hecho ver varias veces la crítica, ha sido Juana de Ibarbourou la que ha soplado en su espíritu la palabra quemante y la ha contagiado con sus vehemencias pasionales. Al amor romántico iluminado por la tranquila claridad de la luna, ha sucedido un apasionamiento que estalla en forma incontenible alumbrado por la llama roja y devastadora de los sentidos. Lejos de mi ánimo el reprocharle que manifieste influencias muy conocibles en la mayor parte de la obra que lleva realizada. Las influencias son absolutamente inevitables para cualquier artista, que las recibirá ya del medio ambiente general, ya de ese otro medio ambiente reducido e íntimo que se forma cada cual con sus lecturas o preferencias. En el arte como en la naturaleza no se puede concebir la generación espontánea. Pero, indudablemente, la premura con que María Rosa González ha estado publicando sus obras no le ha dejado tiempo todavía para presentar una perfecta asimilación de las influencias espirituales recibidas, transformando los elementos ingeridos en algo absolutamente personal. Esos elementos no han sido aún

desintegrados y se les puede aislar sin gran esfuerzo. En ciertos pasajes nos salen aún al encuentro la mayor parte de las imágenes y expresiones ahora muy en boga en la literatura femenina. Allí están una vez más esas expresiones adoptadas con la uniformidad de un molde oficial: «mi vaso está colmado, bebedme!»; «tengo ansias de arañar la tierra húmeda y sentir cómo sangran mis dedos»; «bocas llagadas»; «deseos de morder corazones» y «desgarrar venas»; «frutos palpitantes», «llamas vivas», etc.

Sus estados afectivos o emocionales no adquieren todavía en «Samaritana» una forma precisa, como puede comprobarse en diversos trabajos que esa obra. En ellos no hay propiamente una creación artística, sino un estado de ensoñación que no logra condensarse en imágenes para hacerse visible al lector. Entre ellas podrían citarse: «Mi alma está de duelo», «Primitiva», «El buen instante», «Prodigio» y otras. En «Primitiva» expresa su estado emocional de la siguiente manera:

En cada vena mía se esponja un ansia nueva.
¡No está lejano el día en que habré de florecer!

En cada vena mía se esponja un ansia nueva,
exquisita y malsana, agria y dulce a la vez.

Cada gota de sangre me grita la alegría
triumfal de florecer.

Me sacude un anhelo precursor de otro anhelo,
una avidez salvaje que me llena de gozo...

Ese grito de cada gota de la sangre lo oye la autora indudablemente, pero no puede oírlo el lector porque no hay ninguna imagen que lo traslade de un espíritu a otro. Del mismo modo, esas ansias que, según la autora, son exquisitas y malsanas, agrias y dulces a la vez, no las puede gustar tampoco el lector porque en ningún momento salen fuera de su espíritu y no tienen, por tanto, ningún valor artístico.

En «El buen instante» ocurre igual fenómeno. La autora nos asegura que está muy contenta, infinitamente contenta, que es muy dichosa y que todas las cosas le parecen bellas debido a que su amado le dió un beso. Sin desconocer la importancia que este hecho de recibir un beso pueda tener para la producción de un estado de intensa alegría, es seguro que nadie podrá formarse una idea siquiera aproximada del trastorno emocional que ha provocado en el poeta si éste se limita a asegurarnos repetidamente que se siente feliz. La afirmación de que se está contento o triste, o de que el mundo le parece a uno bello o desagradable, no constituye por sí sola una labor poética o artística.

«Samaritana» se aparta de «Extasis» tanto por la forma o técnica literaria como por la aparición de un aspecto de la sensibilidad de la autora que no había sido desarrollado en aquella primera obra, escrita cuando María Rosa González se llamaba románticamente «Miss Colombine». «Arcoiris» mantiene en el fondo la continuidad con «Samaritana», sin perjuicio del cambio de ambiente y de una modificación de la forma. Los temas principales se desarrollan ahora sobre un fondo de decoración marítima que les da un aspecto de mayor vitalidad; la frase se contrae y la composición entera toma un sesgo que hace recordar a Pablo Neruda. Las imágenes son ahora más precisas que en sus obras anteriores; pero su efecto suele perderse a consecuencia de una sujeción tal vez exagerada a determinadas corrientes literarias. El procedimiento empleado por María Rosa González para dar a sus composiciones un aspecto tal que si ocultaran profundos y sensacionales hallazgos de sensibilidad parece seguir un camino inverso al preconizado por los suprarrealistas. En el desarrollo de un asunto suprime las asociaciones intermedias para presentarnos aquí y allá islotes de imágenes que asoman su cabeza en el oscuro mar de las sensaciones. Con mucho acierto dijo ya Omer Emeth que estas composiciones daban la impresión de una acumulación de materiales listos para hacer con ellos una obra de arte. En muchas ocasiones la autora de «Arcoiris» consigue este efecto con un sencillo

cambio de puntuación de las frases. Así, por ejemplo, en un pasaje de «Remolino» se lee:

Tus dedos lo acorralan (se refiere al pensamiento).
Tienes la obstinación del niño
que caza mariposas.

¿Para qué?

Me buscas.

Mientras descienden los crepúsculos sobre tu rostro.
Con las manos perdidas en el aire.
Pequeño caprichoso.

Déjalo que se vaya amarrado a los vientos.

Desde luego, el interrogante ¿Para qué? puede colocarse como término de la primera estrofa citada y decir: tienes la obstinación del niño que caza mariposas. ¿Para qué?; o bien suprimiendo los puntos finales que van al término de cada verso, decir: ¿Para qué me buscas, mientras descienden los crepúsculos sobre tu rostro, con las manos perdidas en el aire? Pequeño caprichoso, déjalo que se vaya amarrado a los vientos. La expresión «pequeño caprichoso» puede aparecer como un vocativo que se refiere a la persona que anda como un niño encaprichado en busca del pensamiento de la amada; en tal caso podría quedar como lo acabo de indicar, o ser agregado al final de la primera oración, a saber: «¿para qué me buscas mientras descienden los crepúsculos sobre tu rostro, con las manos perdidas en el aire, pequeño caprichoso? Déjalo que se vaya amarrado a los vientos». Pero también la frase «pequeño caprichoso» puede ser considerada como que se refiere al pensamiento perseguido por el amado y sacada la frase de su forma elíptica diría más o menos: ¿Para qué me buscas, con las manos perdidas en el aire, mientras caen los crepúsculos sobre tu rostro? El pensamiento que persigues es pequeño y caprichoso;

no vale la pena alcanzarlo. Déjalo que se vaya amarrado a los vientos.

En otra parte, «Circo», escribe:

anfiteatro de arena. Manos tendidas hacia el mar.
Brazos de curva cerrada. Collar de cuentas de vidrio.

Las playas circundan el agua verde
como una ronda de niños.

Sin duda que escritos de este modo parece que tuvieran esos versos más contenido poético que si se dijera simplemente: Las playas, anfiteatros de arena, manos tendidas hacia el mar, brazos de curva cerrada, collar de cuentas de vidrio, circundan el agua verde como una ronda de niños.

En la misma composición dice:

Voy remando mar adentro. Se triza el espejo claro.
¿Qué voz me ha gritado un nombre desde su fondo llagado?

De cara al sol que me sigue como un hombre enloquecido.

Juguete rubio en las olas.

Los puntos finales colocados al terminar los dos últimos versos parecen levantar entre ambos una muralla de misterios que se desvanece, sin perjuicio alguno para la belleza de la imagen contenida en el primero de ellos, si se escribe así: «De cara al sol, que me sigue como un hombre enloquecido, soy como un juguete rubio en las olas».

No obstante las observaciones que he dejado anotadas, «Arco iris» marca, en conjunto, un progreso considerable sobre las obras anteriores. En efecto, aunque el asunto principal de sus composiciones es también en este caso el amor, como en «Ex-

tasis» y «Samaritana», aparecen además otros temas de carácter más amplio que demuestran que su sensibilidad comienza a interesarse por otros fenómenos fuera de los del amor. Sin duda, la autora no ha hallado todavía su camino; pero tiene por delante tiempo de sobra para hallarlo; y, a más de tiempo, tiene talento y riqueza imaginativa bastante para dar forma visible a las sensaciones que agitan su espíritu de poeta. No sería prudente hacer pronósticos acerca de su probable orientación futura, tomando como base los antecedentes hasta ahora producidos. Un espíritu como el suyo, lleno de vitalidad, puede darnos una sorpresa en cualquier momento.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Ex-Libris

DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS, por G. Davy y A. Moret. Versión castellana de Antonio de la Torre. Editorial Cervantes. Barcelona, 1925.

La Editorial Cervantes acaba de publicar el tomo VI de la Biblioteca de Síntesis Histórica LA EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD, que, como los precedentes, nos da idea de la importancia de esta colección, que se publica al mismo tiempo en París, Londres, Tokio y Barcelona. Se titula *De los clanes a los imperios (La organización social entre los primitivos y en el Oriente antiguo)*, y son sus autores el eminente sociólogo G. Davy, decano de la Facultad de Letras de Dijon, y el ilustre historiador orientalista A. Moret, catedrático de la Universidad de París. La obra ha sido admirablemente traducida por el catedrático de la Universidad de Barcelona Dr. Antonio de la Torre.

El objeto de este libro es describir las más antiguas sociedades humanas, encontradas en el Oriente remoto, en el Egipto prehistórico y en Caldea. Primeramente se revela una sociedad organizada por clanes, anterior al año 4000; más tarde surgen las divisiones territoriales, y, siglos después, Menes funda la monarquía egipcia centralizada y de derecho divino. Antes del año 3000 Caldea aparece dividida en «ciudades de monarquía». En el estudio de los no civilizados, la primera organización social no es la familia, sino el clan. En este punto resulta interesantísimo el libro de los señores Davy y Moret, y quisiéramos disponer de espacio para exponer, aun a la ligera, la evolución de estos clanes hasta llegar a la monarquía, concentrada en un solo individuo, para todo un país, absorbiendo el rey en este caso

el poder, la fuerza mágica y la riqueza de los dioses. Con el rey-dios surgen los grandes choques entre pueblos, la rivalidad de Egipto y Mesopotamia. Menfis y Babilonia son los grandes centros de atracción, y las ambiciones de faraones y patesis iniciaron la política de expansión militar y comercial. Semitas, egipcios y arios se disputan puertos y vías comerciales. Los Hammurabi, los Amenofi, los Salomón, crean métodos e instituciones que han subsistido a través de los siglos. Se ve en esta obra la influencia que en el Oriente antiguo alcanzaron pueblos como los hetitas, cassitas e hicsos que, incapaces de toda organización, aniquilaron las sabias construcciones de Babilonia y Egipto. La concepción mística del clan es todavía la vida espiritual de estos poderosos imperios de Babilonia, Asiria, Mittani y Katti, tras los que surgen, recogiendo la herencia de Ramsés, los admirables pueblos indo-europeos, los persas, griegos y romanos.

EL SOL DE AYACUCHO, poema dramático en tres actos y en verso, de *Francisco Villaespesa*.—Edit. Nascimento, Santiago, 1925.

Fruto de la reciente visita del autor de «El alcázar de las perlas» a nuestro país es la primera edición de la aplaudida obra dramática en que un gran espíritu hispano exalta la gloria del libertador. «El sol de Ayacucho» se desenvuelve en torno a uno de los numerosos episodios galantes de la vida de Bolívar y está escrito en verso con esa soltura, esa distinción y esa elegancia de entonación y de giro que distinguen a Villaespesa.

La primera edición de esta obra del reputado poeta andaluz está hecha con arte sobrio y elegante en un volumen de 222 páginas impreso en los talleres de la Editorial Nascimento.

DIVAGACIONES DE UN DESTERRADO, por *Pierre Loti*. Traducción de *Vicente Clavel*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1925.

Los infinitos lectores de Pierre Loti tienen un nuevo motivo de deleite y de refinado goce espiritual con la publicación de

su nuevo libro *Divagaciones de un desterrado*, joya de este artifice del estilo a quien sus deberes de oficial de Marina y su afición a los viajes llevaron a través de todos los mares y de todos los continentes.

Conocido el superior valor literario de toda la producción de este ilustre académico francés, la crítica queda relevada de ensalzar el mérito de sus libros que van apareciendo en español, sugestivos y encantadores.

Este nuevo volumen contiene narraciones de fascinadora belleza, como «Una escala de tres horas», «Mahé de las indias», «Obock» y «Pagodas subterráneas», y, entre otros trabajos, un precioso cuento de corte sentimental, «Un viejo», que bastaría por sí solo para cimentar la fama de un escritor.

Divagaciones de un desterrado, tiene una artística cubierta de Arturo Ballester, y está muy bien traducido por Vicente Clavel.

ESBOZO DE UNA FILOSOFÍA DE LA DIGNIDAD HUMANA, por Pablo Gille, Editorial Cervantes, Barcelona, 1925.

En la Biblioteca de actualidades Políticas, que publica la Editorial Cervantes, acaba de aparecer un libro que merece la detenida atención de los aficionados a los estudios filosóficos, sociales y políticos. Se titula *Esbozo de una filosofía de la dignidad humana*, y su autor es el sabio profesor del Instituto de Altos Estudios de Bélgica, M. Pablo Gille, apóstol de generosos ideales venerado por todos los amantes de la justicia.

Este libro, conciso y substancial, escrito en un lenguaje claro que lo hace asequible a todos, propone una concepción sintética del Mundo y de la Vida, en armonía con las corrientes energéticas que se imponen más cada día al pensamiento científico. Prescindiendo del espejismo de la Metafísica, el autor plantea en forma nueva y original los grandes problemas filosóficos y expone las actuales aspiraciones de la ciencia positiva. El problema de la libertad, especialmente, centro de toda filosofía, así como de toda cosmogonía y de toda moral, es estudiado tanto desde el punto de vista filosófico como del sociológico, con magistral amplitud.

Libros recibidos

EMILIO ORIBE: *La Colina del pájaro rojo* (poemas), Agencia General de Librería y Publicaciones, Montevideo, 1925.

ENRIQUE PÉREZ COLMAN: *El tinglado de la farsa* (novelas), Editorial Tor, Buenos Aires.

AIDA MORENO LAGOS: *Dolidamente* (poemas), Tipografía La Industrial, Montevideo, 1925.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA, MÉXICO: *El Libro y el Pueblo*; IV, 4-6; 1925.

ALICIA PORRO FREIRE: *Savia nueva* (poesías); Máximo García, Editor; Montevideo, 1925.

RAFAEL CORONEL G.: *La tristeza del patio* (poemas). Lib. e Imp. Barcelona, Antofagasta.

MARÍA ROSA GONZÁLEZ: *Arcoiris* (poemas). Editorial Nascimento, Santiago de Chile.

ROBERTO IBÁÑEZ: *Olas...* (poesías). Editorial «El Crisol», Montevideo, 1925.

GLOSARIO DE REVISTAS

Las obras inéditas de Eça de Queiroz

En Agosto de este año publicó «La Nación» de Buenos Aires, en uno de sus suplementos dominicales, un interesante artículo del crítico portugués Agostinho de Campos en que se hacía alusión a las obras inéditas de Eça de Queiroz, que se comenzarían a publicar pronto en su patria. Estas obras habrían sido encontradas por los herederos del escritor en una vieja maleta y serían dadas a la publicidad más con el propósito de poner en claro algunos puntos de interés en la historia de la obra queiroziana que pretendiendo acrecentar el renombre de Eça *.

Ahora hemos podido leer, en un número reciente de «La Nación», un extenso artículo de José María Eça de Queiroz hijo. Este artículo, en realidad, es el prólogo que llevarán los siete volúmenes de obras inéditas que se han comenzado a

publicar en Lisboa. De este prólogo extraemos algunos datos fundamentales sobre las obras aludidas.

El hijo del novelista se preocupa de explicar primeramente por qué durante más de veinticinco años han permanecido ignoradas estas obras. Dos son las razones principales. La una es el destierro en que han vivido los hijos del novelista lusitano, obligados a viajar de un país a otro, sin reposo para nada estable. La otra es que la maleta que encerraba estos tesoros, si bien había sido abierta muchas veces con ánimo de trabajo, había espantado siempre por el enorme volumen de su contenido, por su desorden, por la dificultad de leer—descifrar, dice el hijo de Eça—la pequeña letra de los originales, muchos de ellos escritos a lápiz y desteñidos ya por el tiempo.

Pero un día José María y Alfredo, los hijos de Eça, «ponen el hombro» a la magna

* Así nos lo advierte luego el hijo del novelista en el prólogo de las obras inéditas de Eça, siguiendo las palabras de su propio padre.

tarea y ordenan «las dos mil y tantas páginas de la obra póstuma». Los siete volúmenes que ahora empiezan a publicar comprenden algunas obras de las cuales nos ocuparemos luego y otras que pueden ser mencionadas más someramente. En un volumen de «Páginas olvidadas» se juntarán trozos inéditos que pertenecen en estricta lógica a algunos libros de Eça ya publicados: «Prosas Bárbaras», «Cartas de Inglaterra» y «Espistolario de Fradique Mendes». En otro se juntarán nuevas «Notas de viaje», de las cuales dice José María Eça de Queiroz hijo que son «visiones luminosas de Oriente, impresiones apuntadas de prisa, notas tomadas sobre la rodilla entre las ruinas milenarias de un templo, ante la dulzura de un paisaje evangélico o en medio de la confusión multicolor de un bazar del Cairo». Otro volumen, en fin, reunirá las cartas de Eça a algunos de sus más íntimos amigos y compañeros.

Respecto de las obras novelescas que comprenderá esta colección de inéditos, el hijo del novelista nos proporciona datos de bastante interés. Apoyado en numerosos documentos (especialmente cartas de su padre y dirigidas a éste), en anotaciones dispersas y en conjeturas lógicas, reconstruye el curso de elaboración de tales

obras desconocidas para el público y de otras que se han publicado ya.

Hacia fines de 1877 Eça de Queiroz, que era cónsul de su patria en Newcastle, alberga el propósito de escribir una serie de pequeñas novelas que resumirán, en su opinión, los más importantes aspectos de la vida portuguesa. En una carta fechada el 5 de Octubre de tal año y dirigida a su editor Chardron, Eça dice: «Tengo una idea que pienso daría excelentes resultados. Es una colección de pequeñas novelas o narraciones que sin exceder de 180 o 200 páginas, fuesen la pintura de la vida contemporánea de Portugal; Lisboa, Porto, Provincias, políticos, negociantes, fidalgos, jugadores, abogados, médicos, todas las clases, todas las costumbres entrarían en esta galería. La cosa podría llamarse «Escenas de la vida real», o cualquier otro título genérico más pintoresco. Cada narración llevaría, además, su título propio. Como usted comprenderá, deberían ser cortas, condensadas, todas de efecto, y no pasar de doce volúmenes. Los personajes de una reaparecerían en la otra, de modo que la colección formaría conjunto...»

Más adelante sabemos cuáles son los planes de algunas de esas obras: «Ya tengo el asunto de tres narraciones y una casi concluída. En una de

ellas pintaré el juego y los jugadores. En otra, el libertinaje. La última es un horrible drama doméstico.» En estas obras cifra el autor grandes efectos. No parece querer hacer algo muy meditado, sino algo que coja de golpe y cause sensación. «El encanto de estas novelitas—dice—, más difíciles de hacer que una novela larga, es que en ellas no hay digresiones, ni declamación ni filosofía; todo es interés y drama, y rápidamente contado; se lee en una noche y la impresión dura una semana.»

Ahora bien, una de las novelitas de la serie se habría llamado, según la misma carta de Eça, «El infortunio de la callejuela Caldas» o «El caso atroz de Genoveva» (entre ambos títulos vacilaba el autor). Pero más tarde el mismo episodio se convirtió en «La tragedia de la calle de las Flores». Acerca de esta novela contiene el prólogo de las obras inéditas algunos datos que conviene no silenciar. En un comienzo, conforme la carta que hemos transcrito en parte, esta obrita debía haber tenido hasta doscientas páginas. Pero luego la vemos pasar con mucho de esta dimensión y llegar, después de mayor trabajo, a convertirse en «Los Maías», obra que tiene más de mil páginas y que comprende, además, «La Capital», libro cuyo manuscrito primitivo se publicará ahora,

por el hijo de Eça, en la colección de inéditos.

Por su parte «La Capital», que había sido concebida en un principio como otro relato de la misma serie y que por lo tanto no debía tener más de doscientas páginas, se había convertido en Agosto de 1878 en una novela hecha y derecha, con sus cuatrocientas páginas. Pero en Octubre del año siguiente las cuatrocientas habían pasado a ser seiscientas...

Entretanto la idea de la colección, como es lógico, también había sufrido modificaciones. Si en un comienzo, como hemos hecho saber, Eça había pensado denominarla «Escenas de la vida real», acaso siguiendo el ejemplo de sus maestros Balzac y Zola, luego la vemos reducirse a ser sólo «Crónicas de la vida sentimental». Una metamorfosis final del título, que corresponde ciertamente a una transformación de la concepción de la serie misma, nos indica que Eça había dado una mayor importancia a su trabajo al mencionarlo «Escenas de la vida portuguesa».

Desde la ciudad inglesa de Newcastle Eça de Queiroz escribía a su editor Chardron en Junio de 1878 una extensa carta. En ella trataba nuevamente del asunto que tenía entre manos. Confesaba en esta epístola que su intención no podía realizarse en el límite tan es-

trecho de páginas que había fijado al principio, y se refería también al título genérico, cuyas etapas hemos registrado. Al fin decía: «He aquí los títulos de los cuentos, si Dios quiere que todo marche bien: I. La Capital. II. El milagro del valle de Reriz. III. La linda Augusta. IV. El contrabajo. V. El buen Salomón. VI. La casa número 16. VII. El Gorjón, primera dama. VIII. La ilustre familia de Esturreja. IX. La asamblea de la Foz. X. El conspirador Matías. XI. Historia de un grande hombre. XII. Los Maias.»

Esta carta tiene para el crítico que estudie el desarrollo de estas intenciones novelescas en Eça de Queiroz una decisiva importancia. El hijo del novelista nos hace saber que en ella aparece por primera vez la mención de «La Capital», a la cual alude en otro pasaje el autor como arreglada ya, acaso lista para ser entregada a las prensas. No aparece en esta nómina la famosa «Tragedia de la calle de las Flores» y en cambio se habla por primera vez de «Los Maias», que en aquel tiempo era apenas un germen en el cerebro del novelista y que luego, pasados algunos años, se había de convertir en la magnífica obra que todo el mundo ha leído. También insinúa el hijo de Eça que en aquella obra titulada, en la lista, «La Ilustre

familia de Esturreja» estaría el primer pensamiento de «La ilustre casa de Ramírez». Cosa semejante dice de la «Historia de un grande hombre», primera forma de la biografía del «Conde d'Abranhos» que ahora se publicará entre los inéditos.

A continuación el señor Eça de Queiroz hijo copia diversos fragmentos de cartas cambiadas entre el novelista y su editor Chardron. Por ellas vemos que la desmesurada extensión que iba adquiriendo «La Capital» fué el origen de gran número de dificultades entre editor y autor. Estas diferencias trajeron acaso como resultado directo la no publicación de la obra. Al mismo tiempo Eça trabaja en «El crimen del padre Amaro», y ese doble trabajo le parece demasiado fatigoso, insostenible para su naturaleza.

En esa misma carta encontramos un plan de publicaciones que es un fiel espejo de la intensa producción de esa época de la vida de Eça de Queiroz. «Ahora tenemos—dice— «El primo Basilio». Bien. Después de una tregua, para fines de Noviembre (la carta está fechada el 12 de Octubre de 1878), lanzaremos el «Padre Amaro». Haremos entonces una pausa más larga, como cuando se quiere producir sensación y le tiraremos con «La Capital». ¿No le parece que esto es más razonable? Los pliegos ya impresos

de «La Capital» pueden quedar algún tiempo almacenados, esperando.» Por donde venimos a saber que este libro, que había comenzado a imprimirse, no fué dado a la circulación. El texto que ahora publicará el hijo del autor contiene fundamentales modificaciones hechas por Eça sobre las pruebas mismas.

Por esta época Eça de Queiroz se interesó sobre manera en la idea de un nuevo libro que no fué escrito, aun cuando hay, sí, un cuento que parece ser el resumen de su pensamiento. Se habría llamado esta novela «La batalla de Caia», según carta de Eça fechada en Diciembre de 1878, y en ella tenía puestas el novelista grandes esperanzas e ilusiones. El hijo del autor posee el plan de la obra. Por él se sabe que ella habría sido guiada por la intención patriótica de hacer nacer en el Portugal la energía y la decisión de su misma derrota y de las humillaciones sufridas por el país bajo la dominación extranjera.

Este libro no se hizo pero su idea «no fué del todo inútil, porque de ella nació más tarde un cuento extraño, en partes casi profético, «La catástrofe».

Respecto del «Conde d'Abranhos» hay una carta interesante de Eça datada en Junio de 1879. En ella dice el novelis-

ta que ese libro es «la biografía de un individuo imaginario escrita por un sujeto imaginario». Y más adelante: «El conde d'Abranhos es un estadista, orador, ministro, presidente del Consejo, etc., que bajo esa apariencia grandiosa es un bribón, un pedante y un burro. El libro es, además, de la crítica de nuestras costumbres políticas, la exposición de las pequenezas, estulticias, pillerías y simulaciones que se ocultan en un hombre que un país entero proclama *grande*, Zagallo, el secretario (en la obra aparece como el autor del relato), es tan necio como el ministro y lo «piquant» del libro es que, tratando de hacer la apología de su amo y protector, el imbécil de Zagallo nos presenta en su cruda realidad la nulidad del personaje.»

Y a pesar del entusiasmo que demuestra Eça por la obra, ella no se publica, tal vez debido a las diferencias, ya referidas, entre el editor y el autor. En la colección de inéditos que ahora se comienza a editar vendrá este famoso «Conde d'Abranhos» en quien el conocedor de la obra queiroziana habrá podido encontrar enorme parecido con el Pacheco de Fradique Mendes.

En esta época la vida de Eça de Queiroz está absorbida por el trabajo literario. Los diversos temas y planes que hemos visto aparecer han tenido

nacimiento, algunos—muy pocos—desarrollo y casi todos muerte en el espacio de unos cuantos años. Así no es difícil explicarse por qué el novelista deje un proyecto para entregarse a otro sin que logre terminar ninguno, o casi ninguno, y sin que pueda avanzar acaso en otra cosa que en dos o tres novelas y en sus artículos literarios. Obvio es decir que la atención de su consulado no parece provocarle dolores de cabeza ni desvelos al admirable escritor.

He aquí, pues, en breve esquema, el origen y el complicado desarrollo de los libros que ahora ven la luz. Eça de Queiroz, muy joven todavía, puso en ellos algunas de las mejores cualidades que distinguían a su espíritu. Son obras primerizas las que se publican ahora; no tienen seguramente el sabor acendrado y complejo de las otras, de las que han dado al autor de «La reliquia» tan alto prestigio. Pero en ellas se ve algo, mucho tal vez, de esa alma genial.

No aguardemos encontrar en ellas un nuevo título para pedir una admiración rendida y entusiasta por el novelista lusitano. Pero en cambio veremos cómo aquel hombre persiguió la perfección, cómo no evitaba esfuerzos para dejar en sus palabras ese aliento de vida eterna que hemos aspirado en

las obras suyas que ya conocemos.—S.

Diccionario de la lengua francesa

«La Academia Francesa prepara una nueva edición de su Diccionario» es una frase con la cual han divertido al público, durante muchos años, los gacetilleros. Y es que jamás la Academia ponía término a su iniciado trabajo, ingente es cierto, pero en todo caso encuadrado dentro de las posibilidades humanas...

Hoy parece que la cosa va en serio, pues al menos así lo dicen con rara unanimidad los diarios y las revistas franceses. En un reciente número de «Lectures pour tous» encontramos una reseña más o menos completa de las características de la obra. Resumámosla.

En 1694 publicó la firma editora Coignart la primera edición del *Diccionario de la Academia*. Cuatro nuevas ediciones en el siglo dieciocho y sólo otras dos en el diecinueve son todas las que ha tenido tan importante obra. Desde 1878 la Academia guarda un impenetrable silencio que se rompe de vez en cuando para hacer saber al público, ansioso de noticias, que «se prepara una nueva edición»... que nunca llega.

El trabajo del Diccionario ha sido encomendado por los

cuarenta inmortales a una comisión especial de seis personajes. La forman René Doumic, en su calidad de secretario perpetuo de la docta corporación, Paul Bourget, Henri Lavedan, René Bazin, Jean Richepin, Joseph Bédier y un secretario especial, Alfred Rébelliau.

Esta comisión se reúne todos los Jueves a las dos de la tarde y trabaja. «Eliminar las viejas palabras que ya no tienen uso, dar carta de ciudadanía a las expresiones, a los giros de sintaxis nuevos, introducidos en la lengua después de la última edición; comprobar los cambios de sentido; registrar, en fin, la evolución de la lengua, las transformaciones de la vida de las palabras de nuestro vocabulario, es el programa que se ha impuesto a la comisión.»

Cada una de las modificaciones que ésta estudia es sometida luego a la consideración de la Academia que, en pleno, debe resolver sobre ella mediante discusiones y encuestas.

Entre los miembros de la comisión se significa especialmente, por su amor a todas las palabras que contribuyan a enriquecer el caudal de las voces autorizadas, el poeta Jean Richepin. No le importa que las palabras propuestas vengan del arroyo o hayan sido extraídas a las lenguas muertas o hayan tenido su origen en los círculos comerciales. Si

tienen una importancia semántica, si representan una positiva adquisición, él las ampara. Es lo que ha sucedido con *interlude* que él en su entusiasmo ha empleado para titular un volumen de sus versos.

El aspecto más complejo de la elaboración del Diccionario es la aceptación de palabras que rejuvenezcan la lengua y la hagan apta para traducir la vida de hoy, tan complicada, tan varia. ¿Qué criterio seguir con las heterogéneas palabras que dan las colonias, la política, el maquinismo, la metalurgia, la electricidad, la fotografía, el automovilismo, la navegación aérea y submarina, la telefonía sin hilos y tantos otros aspectos de la vida actual?

Cuando se presenta una palabra de esas nuevas—es decir, cuando se propone la «candidatura» de una palabra—la comisión hace encuestas y consulta especialmente a los miembros de las otras secciones del Instituto, o sea de las otras Academias. Es interesante anotar que en su nueva edición el Diccionario de la Academia Francesa admirará las palabras *garage*, *garagiste*, *grivoiserie*, *grouse*, *haut-parleur*, *haveneau*.

Pero no se crea que el liberalismo de la comisión del Diccionario de la Academia llegue a permitir que entren a la nueva edición aquellas palabras netamente bárbaras que

harían perder a la lengua francesa algunas de sus cualidades de armonía y de flexibilidad. Ha impedido, por ejemplo, que pase el término *wattman* con que se acostumbra vulgarmente designar en Francia al maquinista del tranvía.

También ha sido motivo de intensas discusiones el capítulo de las palabras que da la jerga popular, especialmente rica por el aporte de la guerra. Pero más importante aún es lo que se relaciona con el cambio de sentido de las palabras.

Mièvre significaba antiguamente lo que tiene vivacidad y malicia. En adelante, según el diccionario, que responde en este caso al uso popular, será lo afectado y mimoso. *Truculent*, etimológicamente significa cruel pero para los románticos ya era sinónimo de rico y poderoso, al tratarse de cuadros o de estilo literario.

Muchas otras son las transformaciones que registrará el nuevo Diccionario que ha sido trabajado con un excepcional interés y con no menor detenimiento por los inmortales franceses. Tanto ha sido el detenimiento, en efecto, que en los años que van corridos desde la última edición sólo se ha llegado para la redacción nueva a la letra N. Actualmente el trabajo que falta se hace con extraordinaria rapidez.

La Academia ha anunciado ya oficialmente que la publicación de la edición nueva se comenzará a hacer el primero de Mayo próximo. Aparecerán dos fascículos por año y se estima que estará terminada en 1930, fecha en la cual naturalmente se emprenderá la labor de preparar una nueva edición.—S.